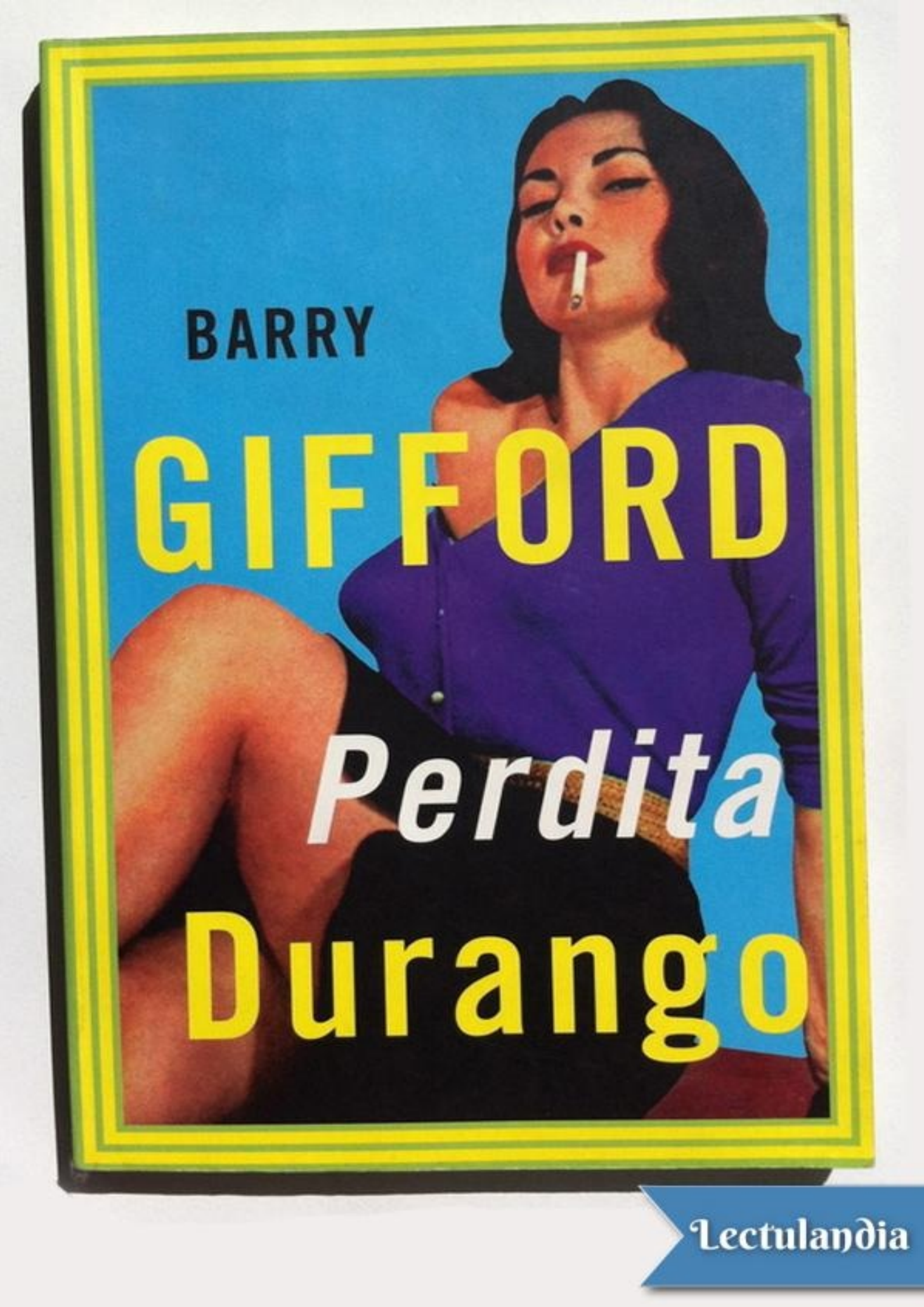




BARRY

GIFFORD

Perdita

Durango

Lectulandia

Perdita tiene veintitrés años, es hermosa, inteligente y desalmada, y cree que los únicos placeres verdaderos que les quedan a los humanos son los del sexo y la muerte (o mejor dicho, el asesinato). Aliada con el no menos bello y perverso Romeo Dolorosa, adepto a una particular rama de la «santería» que realiza sacrificios humanos, raptarán a una pareja de jóvenes estudiantes americanos en la frontera con México, les obligarán a presenciar una ceremonia en la que Romeo sacrifica a un niño mexicano y devora su corazón, harán de los dos jóvenes sus esclavos sexuales, y todos juntos se lanzarán por los caminos de América en una frenética jornada de sexo, crimen y horror.

Lectulandia

Barry Gifford

Perdita Durango

Sailor y Lula - 2

ePub r1.1

Alfred Borden 19.06.15

Título original: *59° and Raining. The Story of Perdita Durango*

Barry Gifford, 1991

Traducción: Martín Lendínez

Retoque de cubierta: Alfred Borden

Editor digital: Alfred Borden

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado
a la memoria de Larry Lee
1942-1990

El placer que se desvanece, se desvanece para siempre... Vienen otros placeres, que no reemplazan nada.

ROLAND BARTHES

A TODA MÁQUINA

Perdita conoció a Manny Flynn en el bar restaurante del aeropuerto de San Antonio. Él engullía *fajitas*^[1] de pollo y ella estaba fumando un cigarrillo, con un vaso vacío delante, en la mesa contigua a la suya.

—¿Quieres otra? —preguntó Manny.

Perdita le miró. Gordo pero pulcro. Se secaba los delgados labios azulados con una servilleta de papel. Se acercó una camarera.

—Cariño, tráeme otra cerveza Bud y sírvele a esa chica lo que quiera.

—Ya me gustaría que alguien me ofreciera a mí algo así —dijo la camarera—. ¿Qué va a ser, guapa?

Perdita dio una larga chupada a su Marlboro, soltó el humo y apagó el cigarrillo en un cenicero.

—Coca-Cola —dijo.

—¿Light?

—En absoluto.

La camarera miró aviesamente a Perdita durante un momento, luego escribió algo en la nota de Manny Flynn.

—Una Bud, una Coca-Cola —dijo, y se alejó deprisa.

Manny se metió en la boca el último trozo de *fajita*, volvió a limpiarse la boca con la servilleta, se levantó y se instaló en la mesa de Perdita.

—¿Vives en San Antone? —preguntó.

—No exactamente.

—Tienes un pelo negro precioso, vaya que sí. Casi me veo reflejado en él.

Perdita sacó otro Marlboro del paquete de encima de la mesa y lo encendió con un Bic a rayas rosas y negras.

—¿Vas a coger uno o esperas? —preguntó Manny.

—¿Un qué?

—Un avión. ¿Vas a algún sitio?

—Han cancelado mi vuelo.

—¿Y adonde piensas ir?

—Ahora a ninguna parte. ¿Y tú?

—Voy a Phoenix. A una convención de empresas de informática, cuatro días. Vendo software. A propósito, me llamo Manny Flynn. Medio judío, medio irlandés. ¿Cómo te llamas tú?

La camarera trajo las consumiciones, las dejó rápidamente encima de la mesa sin mirar a Perdita, y se fue.

—Perdita Durango. Medio texana, medio mexicana.

Manny se rió, cogió su cerveza y bebió directamente de la botella.

—Un nombre precioso para una chica preciosa. No estarás casada, ¿verdad?

Perdita miró directamente a los ojos de Manny Flynn y dijo:

—¿Quieres que vaya a Phoenix contigo? Págame el viaje, invítame a comer, tráeme de vuelta. Haré que tengas dura la polla los cuatro días. Mientras asistes a la convención, yo me ocuparé de mis cosas. Habrá muchos tipos en el hotel, ¿no crees? Cincuenta pavos por enseñarles las tetas y chupársela. Rápido y limpio. Te daré la mitad de lo que gane. ¿Cómo lo ves?

Manny volvió a dejar la botella en la mesa, luego la cogió otra vez y tomó un trago. Perdita miró hacia otro lado y dio una calada a su cigarrillo.

—Me tengo que ir —dijo Manny. Dejó unos billetes encima de la mesa—. Con eso llegará para lo tuyo y lo mío.

Se puso de pie, cogió una cartera de mano y se marchó. La camarera se acercó.

—Mi turno termina ahora —le dijo a Perdita—. ¿Ha acabado usted?

Perdita la miró. La camarera, de unos cuarenta y cinco años, era alta y delgada, tenía mala dentadura y un cabello de un rojo sospechoso, y tan rizado que parecía estropajo. Llevaba un anillo, un camafeo negro con un escorpión de marfil, en el dedo medio de la mano derecha. Perdita se preguntó cómo serían sus tatuajes.

—Sí, casi —dijo Perdita.

La camarera recogió el dinero de Manny Flynn. Perdita asintió con la cabeza.

—El caballero dijo que se quedase con el cambio.

—Agradecida —dijo la camarera.

Perdita siguió sentada y fumó su Marlboro hasta que la ceniza llegó casi al filtro.

—Soplapollas de mierda —dijo, y dejó caer la colilla dentro de la Coca-Cola.

HERMANAS

—Mamá dice que el tipo tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él.

—¿Por qué trabaja entonces? Sigue trabajando, ¿no?

—Sí, pero porque es muy avaro, por eso. Mamá dice que trabaja para tener algo que hacer, lo que no tiene ningún sentido. Para mí, por lo menos. Me refiero a que el tipo tiene acciones y cosas de ésas, terrenos por todo el país. Es tan miserable que no lo puedo soportar. Tampoco mamá puede.

—Entonces, ¿por qué sale con él?

—Para pasar el rato, creo, hasta que encuentre a un hombre que le guste de verdad. Por lo que yo sé, tal vez la tenga como un senegalés. Mamá siempre ha sentido debilidad por las pollas grandes. Me lo dijo ella.

—¿Te dijo eso? Mi madre siempre hace como si a los niños los trajera la cigüeña.

—¿Te refieres a que los dejan caer por la chimenea?

—Sí, más o menos.

Las dos chicas se rieron.

—Nunca me habla de sexo. Una vez le pregunté si había támpax cuando ella era pequeña y me dijo: «Cuando llegue el momento, señorita, discutiremos ese tipo de cosas.» Luego, cuando tuve el periodo, en marzo, ¿te acuerdas?, una semana antes de mi cumpleaños...

—Me acuerdo.

—Me dio un paquete de compresas y un bote de spray para el coño y dijo: «Encontrarás más de esto en el segundo estante de tu armarito del cuarto de baño.»

—¿Nunca te explicó nada?

—De qué vas. Mi madre se quedaría tiesa si se enterara de la mitad de las cosas que he hecho.

—La mía también, probablemente, aunque ella sea tan puta.

—Vámonos, necesito unas botas que hagan juego con esa falda vaquera que me regaló Kristin.

—Buena idea. Ah, oye, ¿tienes tarjeta de crédito? Mamá me ha castigado a un mes sin la mía y podría ver algo que me gustase.

—Sí, no hay problema.

Perdita contempló a las dos chicas cuando éstas salían de la cafetería. Ninguna tendría más de doce años. Las dos tenían el pelo rubio y largo, llevaban falda negra corta y ceñida, blusa con pinta de ser cara y grandes aros de oro en las orejas. Durante un momento a Perdita le apeteció apuñalarlas docenas de veces en la espalda, el pecho, la garganta. Imaginó su sangre chorreando, negra, por sus suaves piernas doradas. Casi simultáneamente, dejó de apetecerle, y se olvidó de ellas.

Aquella tarde, cuando Perdita iba conduciendo por Tres Sueños, vio a dos niñas, de unos ocho o nueve años, sentadas en el portalón trasero bajado de una camioneta que estaba aparcada. Acariciaban a un peludo cachorro marrón. Una de las niñas tenía

el pelo largo y negro con flequillo; le recordó a sí misma cuando tenía su edad. Verlas entristeció a Perdita, porque le hizo pensar también en su hermana gemela, Juana, que había muerto. A Juana la había matado de un tiro su marido, Tony, que estaba borracho, durante una discusión. Tony mató luego a las dos hijas de ambos, antes de meterse la pistola en la boca y saltarse la tapa de los sesos. Perdita echaba de menos a Juana, y también a sus sobrinas, Consuelo y Concha. Suponía que siempre sería así. En cambio, hubiera podido pasarse muy bien sin Tony.

EN NOMBRE DE LA CIENCIA

Cuando Perdita vio a Romeo Dolorosa por primera vez, pensó que era muy feo. Estaba tomando un batido de papaya en un puesto de bebidas callejero de la calle Magazine, en Nueva Orleans. Ella pidió un zumo de naranja grande y evitó mirarle, clavando la vista en un Shoetown del otro lado de la calle. Cuando se dio la vuelta para pagar, el encargado del puesto, un hombre jorobado, de tez gris oscuro y edad y raza indeterminadas, dijo:

—Ya ha pagado el caballero, guapa.

—Hoy es su día de suerte, señorita —dijo Romeo—. Y puede que también el mío.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso? —preguntó Perdita—. No me hace falta un nuevo amigo.

Romeo se rió.

—Oh, ya lo creo que sí —dijo él, y se volvió a reír—. Tiene usted unos modales encantadores, señorita Cascarrabias. ¿Es usted hija de Lupe Vélez? Me llamo Romeo Dolorosa.

Perdita miró con mayor atención a Romeo. La verdad es que era bastante guapo, y tenía un pelo negro largo y ondulado, la piel marrón oscuro y ojos azules; no llegaba al metro ochenta, pero era un tipo sólido. Tenía buena pinta y unos brazos muy musculosos, que asomaban por las mangas cortas de su camisa hawaiana azul y roja. Era raro, pensó Perdita, que su primera impresión de él hubiera sido tan desagradable. Se preguntó qué habría visto en Romeo para que así se lo pareciera.

—No sé de qué me está hablando —dijo—. Gracias por las naranjas. Me llamo Perdita Durango. ¿Quién es Lupe Vélez?

—Mejor, mucho mejor —dijo Romeo—. Lupe Vélez era una actriz, una estrella de cine mexicana de hace unos sesenta años, que se hizo famosa por su fogoso temperamento.

—¿Por qué se la recordé yo? Usted no me conoce.

—Trataba de romper el hielo. Por favor, te pido disculpas por mi comportamiento tan impertinente. ¿Vives en Nueva Orleans, Perdita?

—Acabo de llegar esta misma tarde. Ando callejeando.

Romeo asintió con la cabeza y sonrió ampliamente. Tenía unos dientes muy grandes y muy blancos.

—Si me dejas que te invite a cenar —dijo—, me encantará enseñarte la ciudad.

Mientras sorbía la naranja con una pajita, Perdita alzó sus negros y arrebatadores ojos hacia Romeo, sonrió y asintió lentamente con la cabeza.

—Bueno, por fin nos entendemos —dijo él.

En Mosca's, aquella noche, Romeo le preguntó a Perdita si sabía lo que era un «resucitador». Ella negó con la cabeza.

—Hace más de cien años —dijo Romeo—, los médicos de las facultades de Medicina pagaban a hombres para que profanaran las tumbas, por lo general de los

cementerios de los negros, y les proporcionaran cadáveres a fin de que los estudiantes los diseccionaran. Los médicos ponían los cuerpos en remojo, en whisky, para que se conservaran. No fue sino hasta casi el siglo veinte cuando las leyes cambiaron y permitieron hacer la disección de cadáveres humanos.

—¿Por qué me cuentas eso? —preguntó Perdita, lamiendo del tenedor el aliño de su ensalada.

Romeo hizo una mueca socarrona.

—La ciencia lo es todo —dijo—. En cualquier caso, es lo más importante. Muchas veces, para hacer un descubrimiento, hay que ir en contra de las creencias comunes. Yo pienso en las cosas de ese modo, científicamente. No hay nada que no estuviera dispuesto a hacer por la ciencia.

—¿Y qué pasa con los que vieron a la Virgen María en Tickfaw? —preguntó Perdita—. ¿Y con la mujer de Lubbock que sacó una foto a san Pedro ante las puertas del cielo? ¿Cómo se las arregla la ciencia con cosas así?

—Necesita dinero para las investigaciones —dijo Romeo—. Como los mil novecientos veinticinco dólares de los que se apoderó sin permiso uno que buscaba fondos esta mañana en el First National Bank del condado de St. Bernard, en la calle Friscoville de Arabi. La ciencia exige dinero, lo mismo que las demás cosas.

—¿Me estás diciendo que eres un ladrón de tumbas o un atracador de bancos? No termino de aclararme.

Romeo se rió y clavó su tenedor en su barbo relleno.

—Los científicos también tienen que comer —dijo.

LA BUENA VIDA

—Una vez conocí a un tipo que se llamaba Bobby Perú —dijo Perdita—. Ya sabes, igual que el país. Siempre pensé que era un mal elemento, y lo era. Podría habernos ayudado en esto, supongo, pero le mataron.

—¿Sabes lo que me tranquiliza? —dijo Romeo.

Perdita se rió.

—Claro, seguro que lo sé.

—Eso también —dijo Romeo—. Pero lo que me gusta es leer la información meteorológica en el periódico. La de sitios distintos de donde estoy. «Veintitrés bajo cero con borrascas de nieve en Kankakee.» «Quince grados y lluvia en Tupelo.» Nunca falla. Me calma.

Perdita Durango y Romeo Dolorosa estaban sentados uno frente al otro en una bañera llena de agua grisácea que despedía vapor, en el Del Río Ramada. Romeo estaba fumando un H. Upmann New Yorker y dejaba caer la ceniza en el agua del baño.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Perdita.

Romeo rió.

—¿Por qué no? Aleja a los malos espíritus, ¿no crees?

Se volvió a reír, mostrando sus perfectos dientes de Burt Lancaster.

—¿Cuánto tiempo supones que esos tipos se tragarán esa mierda de vudú, Romeo? No todos son tan estúpidos.

—¿Que te hace decir eso? Podrían serlo. Además, ni siquiera se trata de vudú. *Santería, chiquita*. Es un truco de poca monta, al estilo latino. Pero tienes razón, vamos a tener que hacer algo para que presten más atención.

—Sé cómo conseguirlo —dijo Perdita.

—¿Sí?

Perdita asintió, y sus finas y negras cejas se desenrollaron como cobras.

—Matar a alguien y comerlo.

—¿Como los caníbales, quieres decir?

—Claro —dijo ella—. No hay nada más horrible que eso. Se les quedará clavado en el cerebro.

Romeo rió y dio una chupada a su puro.

—Apuesto a que sí, seguro —dijo—. Y también pegado a las costillas.

Perdita sonrió y le hizo cosquillas al pene de Romeo por debajo del agua con el dedo gordo del pie derecho. Las cobras de su frente se aplanaron como reptiles en una piedra al sol.

—Sabes cómo hacer que un hombre lo pase bien con la mente y el cuerpo, *mi corazón*. Es lo que me gusta de ti. Esto sí que es buena vida, claro que sí.

—Hagámoslo mañana —dijo Perdita.

PENSAMIENTOS NOCTURNOS

Romeo se despertó a las tres y media de la madrugada y encendió la mitad del puro que había dejado en el cenicero de la mesilla de noche. El humo despertó a Perdita.

—¿Qué te pasa, cariño? —dijo—. ¿No puedes dormir?

—Estaba pensando.

—¿En algo en concreto?

Perdita tenía los ojos cerrados; su largo pelo negro casi le tapaba la cara.

—Una vez leí que justo antes de terminar la guerra de Secesión, los soldados rebeldes enterraron el tesoro de la Confederación a unos cien pasos de las vías del tren, entre McLeansville y Burlington, en Carolina del Norte.

—¿Por qué no lo desenterró nadie?

—Buena pregunta. Eran monedas de oro metidas en ollas de hierro. Un campesino encontró una, pero al parecer todavía quedan unos cincuenta millones de dólares allí enterrados. Da que pensar.

—Puede que nos ocupemos de eso cuando terminemos aquí.

Perdita se volvió a dormir. Romeo terminó casi por completo el Upmann, imaginando que controlaba a un grupo de compinches suyos que desenterraban las ollas con el oro cerca de las vías del tren, junto a un campo de tabaco. Luego podría liquidar a los compinches de un tiro y enterrarlos en los agujeros. No era imposible, decidió.

UNA NUEVA MAÑANA

Perdita se despertó y puso la radio. Siguió tumbada en la cama oyendo las noticias con los ojos cerrados.

—Y para terminar —dijo el locutor—, de China nos llega la noticia de que diecisiete criminales fueron condenados a muerte y ejecutados delante de treinta mil personas en un estadio de la ciudad de Guangzhou, en el sur del país. Los juicios y ejecuciones en público se llevaron a cabo, según el diario *Legal Daily*, «con objeto de que las masas celebraran el Año Nuevo lunar chino bajo el signo de la estabilidad». ¿Qué les parece la justicia del sur, amigos?

Perdita la apagó. Miró a Romeo, que seguía dormido. Tenía la boca abierta y el bigote caído sobre el labio superior, y los largos pelos negros se agitaban al roncar. Romeo podría ser chino en parte, pensó Perdita. Los lacios pelos de su bigote no eran como los de los mexicanos. Ni español, se recordó a sí misma. Romeo insistía en considerarse español, en que por sus venas no corría ni una gota de sangre de esos indios que se arrastran por el polvo. Perdita hizo una mueca. Daba igual lo que dijera Romeo, no parecía blanco. A veces hasta hablaba igual que un chino, tan deprisa que no se entendía lo que decía.

Regresarían hoy al rancho, lo cual estaba bien. Perdita necesitaba construir un nuevo altar para el sacrificio. Sería algo diferente, especial de verdad. No como con los pollos, las cabras y los perros. Romeo se lo montaba bien, sabía cómo pasar el material por la frontera, cómo ganar dinero. Perdita sonrió, pensando en la vez en que el propio Romeo había tratado de fumar marihuana. Se mareó y tuvo que tumbarse hasta que se le despejó la cabeza. Por nada del mundo volvería a probarla. Tanto mejor, se dijo. La droga no debía interferir en los negocios. Perdita tomó nota mental de que necesitaba comprar más velas, casi se le habían terminado. Y alcohol de granos. Y también podrían usar una almádena nueva.

Perdita metió el dedo índice de su mano derecha en la boca de Romeo y le apretó la lengua. Él sintió náuseas, tosió con violencia, y se sentó.

—¿Qué? ¿Qué cojones pasa? —dijo, e hizo esfuerzos por aclararse la garganta.

—Vámonos —dijo Perdita—. Hoy tenemos un montón de cosas que hacer.

UNA CARTA DE CARIBE

Caribe, 14/2/1989

Hola Romeo:

Sólo estas pocas líneas para que sepas que en tu casa todo va bien. Bueno Mr. Dolorosa por aquí corre el rumor de que quieres vender la casa. La jente me pregunta sobre la venta de la casa pero lo único que pude acer fue darles tu número de teléfono para que puedan llamarte y ablar contigo del asunto. Bueno espero que bolverás cualquier día aunque sólo sea para que la jente deje de dezir tantas tonterías. Mr. Romeo esta temporada tube unos días malos porque en diciembre se me averió el bote así que ni siquiera podía salir a pescar y la mayor parte de las veces sólo tenía para comer una vez al día. De modo que el mes pasado la señora de Caribe Keys que me compra el pescado me mandó su bote para que pudiera ganar algo de dinero pero la primera semana que salí a pescar me fue bien pero gané poco dinero. Ella se queda con la mitad del dinero y la otra mitad nos la repartimos entre yo y otro. Fíjate los primeros 4 días vendimos 1500 dólares de Caribe y después no pudimos salir por culpa de los vientos los vientos han sido de 10 a 20 nudos del estenordeste y del este durante casi dos meses y no pudimos salir a pescar. He estado algo enfermo estas últimas semanas de modo que fui a un medico norteamericano de aquí y me dijo que estaba agotado de modo que me mandó tomar un tonico y medicamentos y estos últimos días me encuentro mejor. Pero Nelmy ha estado con sus dolores de cabeza. Ayer empezó el colegio para los niños pero Alix nos ayudó mucho con ellos les dio casi todo lo que necesitan. Kenny incluso quiere venir de modo que podría ir a pescar unos días con él aunque no sé que acer si este viento no para necesito salir a pescar por lo menos una semana más antes de que vuelvas. Mr. Romeo Nelmy me dice que te manda recuerdos y te diga que espera que estés bien y quiere que saludes a Perdi de su parte. Y no te olvides de su televisor. Mr. Dolorosa no estoy seguro pero algunos dizen que mandaron a Rocky James a la cárcel condenado a 20 años y que si Reggie San Pedro Sula vuelve a Caribe lo mandarían 15 años a la cárcel. Bueno al principio la gente decía que tú y Mr. San Pedro Sula iríais a la cárcel en cuanto tú bolvieras de Estados Unidos pero Mr. Reggie lleva por aquí como una semana y no tubo ningún problema. Mr. Romeo si yo fuera tú me mantendría lejos de Reggie San Pedro Sula asta que todo se vuelva a normalizar. Virgil Fredrex anda un poco jodido porque Woody Hall le robó todo el material de su cuarto de la colina y lo llevó a su casa es todo por hoy asta otra Mr. Romeo cuídate Besos de mi familia Nelmy Danito Chonge Nansy Branny y mi hermana y mis hermanos mamá y papá Tu buen amigo.

DANNY MESTIZA

PLANES DE VIAJE

—¿Crees que algunas personas nacen con ganas de viajar? —preguntó Romeo—. ¿O supones que es algo que te viene después?

—Quieres decir si se lleva en la sangre —dijo Perdita.

—Más o menos.

Iban dando tumbos en el Cherokee por la polvorienta carretera entre Zopilote y el Rancho Negrita Infante. Perdita había comprado todo lo que necesitaba en la ferretería del Del Río y estaba excitada. La constante cháchara de Romeo normalmente le ponía nerviosa, pero hoy no le importaba escuchar, proporcionándole el feedback que necesitaba para desarrollar sus pensamientos.

—Sabes, cuando era niño, en Caribe —dijo él—, mi familia solía ir al puerto cuando mi tío Roberto salía al mar. La primera vez que lo recuerdo con claridad yo tenía siete años. Había un gran barco gris amarrado en el muelle. Era el *Margarita Cansino*, con el nombre pintado en gigantescas letras negras. Y debajo ponía el puerto de origen, *Panamá*. Habíamos ido allí a dar un abrazo a tío Roberto y desearle un buen día de trabajo, cosa que hice, por supuesto. Pero quedé tan impresionado por el tamaño del barco y el hecho de que pudiera navegar por el océano más allá del golfo, más allá de Caribe, que la idea de viajar empezó a formar parte de mis sueños. A partir de ese momento supe que viajaría por el mundo, muy lejos de Caribe.

Perdita, que iba al volante, hacía lo que podía por evitar las rodadas y las grandes piedras de la carretera. Encendió un Marlboro con el encendedor del salpicadero.

—Sin embargo aquí estás —dijo—, no demasiado lejos de allí.

—He vuelto, desde luego. Después de todo, éste es mi país. Ya te he contado que viví en Nueva York, en París, en Los Ángeles. También estuve en Buenos Aires y en Montevideo. En Caracas, Miami, La Paz. Algún día iré a Egipto, a China, a Madagascar a ver aquellos fabulosos monos. Ya tengo veintisiete años, pero me queda mucho tiempo para viajar. Pronto tendremos el dinero suficiente para viajar cuando y a donde nos apetezca.

—Me encanta que me incluyas en tus planes —dijo Perdita.

Romeo rió.

—¿Y por qué no? Eres perfecta para mí. Cuatro años más joven, guapa, lista, fuerte. Cualquier día tendremos hijos.

—Supongo que me informarás cuando llegue el momento adecuado.

—Claro que sí, *mi amor*. Serás la primera en saberlo, después de mí.

—*Bueno, jefe*. ¿Y qué otros planes tienes para nosotros?

—Por ahora me basta con terminar el asunto que tenemos entre manos.

—He estado pensando en eso, Romeo. Creo que lo mejor sería coger a alguien de la calle. A un anglo.

Romeo miró a Perdita a través de los cristales marrones de sus gafas Body Glove.

—¿Un anglo? —repitió.

—Causaría más impresión.

Romeo volvió la cabeza y miró al desierto por la ventanilla abierta. La caliente brisa originada por el paso del jeep le pegaba el negro pelo a la frente.

—Un secuestro —dijo.

—¿Qué? —dijo Perdita—. No te he oído.

Romeo hizo rechinar los dientes y dejó que el viento le golpeará en la cara. Puedes creerlo, se dijo a sí mismo, la vida con esta mujer tendrá que ser a tope.

COLOR LOCAL

Perdita detuvo el Cherokee a la entrada del Rancho Negrita Infante. Apagó el motor y se apeó, dejando abierta la puerta del conductor. A unos cuantos metros del jeep se puso en cuclillas, se recogió la falda y meó en la arena. Romeo observaba a Perdita desde el asiento del pasajero y esbozó una sonrisa socarrona.

—Siempre me ha gustado que no lleves bragas —dijo cuando Perdita volvió a subir.

—Así es más fácil. Antes las llevaba, pero un día dejé de usarlas. Creo que ya no me queda ni una.

Perdita volvió a poner en marcha el jeep y se dirigió hacia las edificaciones. Le gustaba aquel camino, el polvo y el sol blancos. Era como estar en otro planeta.

—Sabes, nunca te he preguntado por qué se llama así el rancho —dijo Perdita.

—Se cuenta que a una mujer del pueblo la dejó embarazada un soldado negro norteamericano, y cuando nació el bebé, una niña, también era negra. Unos cuantos aldeanos, les llaman «*los zarrapastrosos*», cogieron a la niña y la mataron, y enterraron el cuerpo por aquí, en una tumba sin lápida ni señal alguna.

—¿Por qué hicieron una cosa así?

Romeo se encogió de hombros.

—Por vergüenza, imagino. Lo que me sorprende es que no mataran también a la madre y las enterrasen juntas.

Perdita se secó el sudor del labio superior y se apartó el pelo de los ojos.

—Dios mío, no sabes cómo odio a ese tipo de retrógrados de mierda.

LA CAUSA

Había un edificio principal, una especie de cabaña en realidad, de unos ocho metros por diez, hecha de papel alquitranado y madera. Las ventanas eran toscos cuadrados pensados para alojar unas tablas movibles, pero éstas estaban clavadas. Bajo un simple agujero para el humo había un caldero negro, que en aquel momento contenía el cerebro hervido de un cerdo, una concha de tortuga, una herradura, la columna vertebral de una cabra, y sangre seca. En las paredes, por toda decoración, colgaban estampas baratas de la virgen de Guadalupe y Jesucristo. En el suelo, junto al rústico altar, había un *Libro de ritos* de la Iglesia Lukumi Babalu-Aye.

—Deja la puerta abierta, cariño —le dijo Romeo a Perdita—. A ver si nos libramos de este pestazo.

—Tenemos que limpiar este sitio, Romeo. Haz que vengan tus chicos con unas escobas, que saquen la basura. Dejan sus jodidas botellas y latas por todas partes.

—Sí, señorita. Me ocuparé de ello inmediatamente.

Romeo se rió y, cogiendo a Perdita, la atrajo hacia sí y la besó. Ella le apartó y se puso a sacar las velas de las bolsas.

—Oye, *santero*, antes haremos esto, ¿vale?

Romeo y Perdita limpiaron la cabaña por sí mismos, y luego él cargó los desperdicios en el jeep. Los tiró en una zanja que sus hombres habían cavado a cosa de kilómetro y medio de distancia. Un polvo grisáceo se arremolinó en el aire pardo. Aquello le recordó a Romeo el día de agosto en que volvió a Tampa después de pasar un año destinado en el Líbano con los marines. María José, su abuela, le había preguntado:

—¿Te dejaron visitar el Jardín del Edén?

Adolfo Robles apareció conduciendo su Dodge del 50 y se asomó por la ventanilla.

—¿Qué plan hay, Romeo? —preguntó—. ¿Qué tenemos preparado para después?

Romeo se sacó un pañuelo negro del bolsillo de atrás y se quitó el sudor y la suciedad de cara y cuello.

—Algo grande, Adolfo. Reúnete conmigo en la casa.

Adolfo asintió y sonrió, metió la primera y luego se alejó lentamente. Romeo echó con el pie algunos desperdicios a la zanja. Él había sido de los afortunados, logró sobrevivir al bombardeo del cuartel de marines en Beirut. Murieron más de un centenar de hombres mientras dormían, y a Romeo apenas le despertó el ruido de la explosión. Allí plantado, sudando junto a un vertedero en México, estaba convencido de que se había salvado por un motivo noble. Romeo se sacó la polla y meó en la zanja. Siguió allí un rato después de haber terminado, acariciándose, mirando cómo se alzaban los vapores. El aire olía a quemado.

LA MANO

—La isla de Petit Caribe, donde me crié —dijo Romeo—, tiene aproximadamente kilómetro y medio de largo por unos cinco de ancho. Por entonces, en Petit Caribe sólo había dos coches y, claro, un día uno chocó contra el otro. Adolfo se rió.

—Pero ¿cómo pudo pasar? —preguntó.

—Como pasa todo, Adolfo. De hecho, era imposible que no pasase. Así es como va el mundo.

Romeo y Adolfo estaban sentados en el escalón inferior del porche tomando unas cervezas Tecate. Perdita estaba dentro disponiendo las sillas y las velas.

—Mira, tengo una carta que acabo de recibir de Caribe. Es de mi primo Reggie, el que se ocupa de las viejas propiedades familiares.

Romeo sacó un sobre del bolsillo de atrás, lo abrió y extrajo un trozo de papel.

—Escucha —dijo.

Querido primo Romeo: Espero que al recibo de esta Carta estés bien. Hablé con tu abogado de cuánto costaría traer a gente para hechar a los dos hombres de nuestras tierras y me Dijo que 3000 dólares de Caribe debía de estar loco y luego llamé al despacho del Fiscal Jeneral a mi amiga Teresa. Ella es la que manda más después del Gefe. Teresa dijo que no avia nada que hazer asi que me ocupé yo personalmente del asunto y el problema está resuelto. Lo que pasa es que los tiburones se dieron un banquete aquel día. Asi que Buenas Noticias.

Espero que canbie el tiempo porque llebamos tres semanas de Mal Tiempo Romeo. Podías mandarme algo de dinero para sedal y la madera del torno y algunas erramientas y unos cubos tanbién. Quiero comprar una bomba tanbién para trabajar en los Terrenos Pantanosos y llegar hasta los terrenos del norte de los Rocky. Mi hermana Halcyan casi se aoga en el Lago la semana pasada pero aora está bien. Aquí todos te desean questés bien y mándanos algo. Tu primo y amigo, Reggie.

—En la isla siempre hay dificultades —dijo Romeo—, como en todas partes. La vida no tiene allí más sentido que aquí. Uno debe mantener su mano bajo control, Adolfo, ¡recuérdalo! Lo demás carece de importancia.

Adolfo asintió y se contempló la mano izquierda. Al cabo de unos segundos apuró la Tecate y, con la derecha, tiró la lata lo más lejos que pudo.

DESPERADO

—Hace unos años tenía un amigo en Tampa —le contaba Romeo a Adolfo mientras iban en la camioneta Dodge hacia la frontera—. Eddie Reyes, un cubano, de Marianao. Durante un tiempo vivió con mi familia, incluso después de que yo me fuera. No sé por dónde andará ahora. Eddie había sido policía pero dejó el cuerpo, y cuando le conocí asistía a la facultad de Derecho por la noche. De día trabajaba en una planta de envasado de carne.

»El tal Eddie tomaba varias duchas al día, unas duchas muy largas durante las cuales se restregaba una y otra vez y usaba grandes cantidades de jabón y champú. Luego pasaba un tiempo similar secándose. Eddie tenía el cuerpo muy peludo y abundantes rizos negros en la cabeza, y por supuesto llevaba barba. No exagero cuando te digo que empleaba la mayor parte del tiempo en lavarse y secarse.

Alfonso, que conducía, meneó la cabeza y se rió.

—Debía de estar mochales —dijo.

—Sí, probablemente estaba un poco pirado —dijo Romeo—, pero deja que te cuente por qué. Una noche, cuando Eddie era policía, le mandaron a investigar un robo y se le echó encima un yonqui. El yonqui hizo que Eddie se tumbara en el suelo y le puso el cañón de una automática del cuarenta y cinco entre los ojos. Le dijo a Eddie que le iba a matar y apretó el gatillo. Eddie se meó y se cagó en los pantalones, y la pistola se encasquilló. Acudieron otros policías y al yonqui le dominó el pánico, dejó la cuarenta y cinco encima del pecho de Eddie y trató de huir, pero los otros policías le atraparon.

»El yonqui no llegó a ir a la cárcel. Proporcionó a los policías cierta información que necesitaban sobre otro golpe que se preparaba y dejaron que se declarase culpable de la acusación de disparar un arma de fuego en un lugar público. ¡Y eso que la pistola no había hecho fuego! Le dejaron salir en libertad condicional. Cuando Eddie se enteró, dejó la policía y entró a trabajar en la planta de envasado de carne. Después empezó a estudiar derecho. Siempre supuse que todas aquellas duchas tenían relación con el yonqui que le intentó matar. Aquello le volvió un poco raro. Parecía que trataba de librarse de la mierda y los meados.

—A lo mejor hubiera sido mejor que la pistola no se encasquillase —dijo Alfonso—. Debe de ser difícil vivir de modo tan desesperado.

Romeo miró por la ventanilla al desierto por el que circulaban. No se movía nada, excepto las ondas de calor.

—Tal vez —dijo—, pero, con todo, es mejor estar desesperado que muerto.

LOS INCAUTOS

Perdita y Romeo miraban pasar a la gente. Estaban sentados a una mesa tras la cristalera del South Texas Barbecue tomando cerveza Lone Star. El plan de Perdita era localizar a un tipo apropiado, seguirle y arreglárselas para atraerlo al rancho Negrita Infante.

—¿Qué piensas decirle, cariño? —preguntó Romeo—. ¿Ven a la casbah conmigo? —se rió—. No somos exactamente Charles Boyer y Hedy Lamarr, sabes. ¿O le contarás todo lo que siempre quiso saber sobre el Lukumi Babalu-Aye? ¿Te presentarás como una sacerdotisa pitón de *Palo Mayombé* y le dirás que le quedarías muy agradecida si permitiese que Adolfo le rebanara la cabeza con un machete para que podamos desangrarle, luego hacerle pedazos, cocerlos y servirlos en la fiesta de los zombies?

Perdita daba caladas a su Marlboro.

—Será mejor que me lo señales, yo lo seguiré, le tumbaré de un garrotazo, lo cargaré en el jeep y me lo llevaré.

—Ése está bien —dijo Perdita, señalando a un tipo joven que cruzaba la calle en dirección a ellos—. Rubio, bronceado, hombros anchos.

—¿Vas a follártelo o a comerlo?

Perdita alzó una ceja en forma de cobra.

—A lo mejor las dos cosas.

—No va solo —dijo Romeo—. Hay una chica con él.

—Puede que los dos estemos de suerte, *macho*. Vamos.

Romeo y Perdita se subieron al Cherokee y circularon a poca velocidad por el Boulevard Botánica, sin perder de vista a los dos jóvenes, que se empapaban del abigarrado color local de la población fronteriza.

—Estudiantes —dijo Romeo—. De Austin, o puede que sólo de Southmost.

La pareja entró en un bar y Romeo aparcó el Cherokee delante. Como a los diez minutos aún no habían salido, Perdita dijo:

—Vamos dentro.

El local se llamaba El Loco's Round-Up, y la pareja se había sumado a un grupo de personas reunidas en torno a un gringo alto, de pelo blanco, que estaba apoyado en la barra y hablaba. Perdita y Romeo se acercaron a escuchar.

—Todo el que se dedica al negocio del cine aprende que es algo duro —decía el hombre. A Romeo le pareció conocido, pero no conseguía situarlo—. Cuando fui a Hollywood acababa de dejar la compañía de seguros de mi padre —continuó el hombre, puntuando su charla con tragos de J. W. Dant—. Casi ni sabía por dónde meaban las mujeres. Y que perdonen las señoras —dijo, sonriendo—, pero es la verdad.

—¿Quién es ese tipo? —susurró Perdita.

—Chist —dijo Romeo—. Estoy seguro de haberle visto en alguna parte.

—En aquella época yo era un chico guapo, del tipo de los que andaban buscando, como Coop McCrea, Johnny Mack, Randy Scott. No importaba que viniera de una compañía de seguros de Boston. Daba el tipo, conque me pusieron encima de un caballo y no me caí. Hice las cosas bien, ahorré dinero y no me olvidé de lo que me habían enseñado en Harvard, salvo aquello que nunca era capaz de recordar. Me enseñaron a hablar como si me hubiera criado en Montana. A algunos de los otros, sin embargo, no les fue tan bien. Lash, la última vez que oí hablar de él, estaba haciendo películas porno. A su edad eso es más un mérito que un demérito. Y Sunset es portero en el Thunderbird, en Las Vegas. Yo mismo le vi. En cuanto al Duque, por supuesto, todos sabéis lo que hizo. Venció a todos y a todo, excepto al cáncer. Y Randy no murió en la ruina. El único error que cometí fue casarme con un par de norteamericanas. Debería haberme limitado a las mexicanas y japonesas, o algo por el estilo.

Cuando el hombre hizo una pausa para servirse otra copa, Romeo dijo a Perdita:

—¡Ya lo tengo! ¡Es Happy Pard, el Protector del Pecos! Ese hombre es una leyenda viviente.

—Te he oído, colega —dijo Hap, asintiendo con la cabeza en dirección a Romeo—. Has acertado de pleno. Hice más de cien westerns antes de tener mi propia serie en la televisión. Se rodaba al mismo tiempo en Republic y Monogram. Empecé la serie cuando tenía cuarenta y cinco años, y duró nueve. Todavía la siguen poniendo en algunos lugares de Asia y Sudamérica. Mi auténtico nombre es Winston Frost, pero todo el mundo me llamaba Hap, de modo que me lo cambié legalmente. Los listillos incluso me hicieron firmar mis pagarés de ese modo. —Se rió—. Ésa fue mi perdición, amigos, el juego. Durante años apostaba por todo. Apostaba hasta en qué terrón de azúcar se iba a posar una mosca. Os lo aseguro, aquel hijoputa ruso, Fiódor Dostoievski, lo había entendido. Leed ese relato suyo, *El jugador*, y veréis de qué estoy hablando. El tipo fue el escritor más grande que haya existido jamás. Tenía exactamente el mismo problema que yo.

—¿De qué coño está hablando? —susurró Perdita.

—No importa —dijo Romeo—. Nuestros incautos se van.

Los dos jóvenes, ninguno de los cuales tenía más de diecinueve o veinte años, salieron de El Loco seguidos muy de cerca por Perdita y Romeo. Perdita alcanzó al chico en la calle y le cogió del brazo. Romeo se acercó a la chica y puso su 38 delante de las narices de los dos.

—*Amigos* —dijo—, vamos a dar un paseíto.

CARAS

—¿Qué significa esto? ¿Adonde nos llevan?

—Tranquilo, amigo —dijo Romeo—. Sólo a dar un paseo por el campo. Y oye, a propósito, *mil gracias* por no armar follón en la frontera.

—Aseguró que nos pegaría un tiro si lo hacíamos —dijo la chica.

—Sí, cariño, y hubiera podido hacerlo. Nunca se puede saber con seguridad si un hombre habla en serio o no, pero yo no tengo costumbre de bromear. ¿No es así, querida?

Perdita llevaba la escopeta. No respondió, y siguió con la cara inexpresiva, pensando en cuál sería la mejor manera de terminar con aquello. Lo mejor sería matarles antes de llegar al rancho. Pero el chico era guapo. Podía usarle, y luego liquidarle. Romeo sería capaz de meter su cosa por el ojo de una cerradura si pensara que lo iba a pasar bien. Podía tirarse a la puta blanca si le apetecía.

—Vamos a ser *compañeros* durante un tiempo, si os parece bien —dijo Romeo—. Por cierto, mi nombre es Romeo, y esa misteriosa mujer es Perdita. ¿Cómo os llamáis vosotros?

—No contestes —dijo la chica.

Perdita sacó la cabeza por la ventanilla y dejó que el viento le agitara el pelo. Esta chica es la adecuada, pensó. Habían secuestrado a la perfecta puta platino. Sería fácil tirársela, no cabía duda.

Romeo se rió.

—Será mejor que seamos amigos, señorita. De ese modo, todo será más fácil.

—¿Y por qué íbamos a ponerles las cosas más fáciles? —dijo la chica.

—¿Se imaginan que les van a pagar un rescate por nosotros? —preguntó el chico—. Sepan que mis padres no tienen mucho dinero. Mi padre es el encargado de un Luby's en El Paso. Mi madre es mecanógrafa en una agencia inmobiliaria. Y a los de Estelle tampoco les va mejor.

—¿Estelle? —dijo Romeo—. ¿Ese es tu nombre, princesa? Estelle. Casi como Estrellita, Little Star. Me gusta más así, mucho más. ¡Estrellita! Te llamaré así. ¿Qué opinas tú, Perdita? —Se rió—. Y ahora tú, chico. ¿*Cómo te llamas*?

—Duane.

—Vale, vale —dijo Romeo—. Me lo quedo. Un nombre corriente para un chico corriente. Pareces un chico corriente, Duane. Eres corriente, ¿verdad?

—Eso creo.

Romeo sonrió ampliamente.

—Bien, bien. Ahora todos sabemos cómo nos llamamos, y eso ya es algo. Duane y Estrellita. Romeo y Perdita. Pueden combinarse como se quiera. Duane y Perdita. Estrellita y Romeo. ¿Y qué tal Estrellita y Perdita? Podrían formar pareja. O Romeo y Duane. ¡Ja! Allá van, cogidos de la mano, como dos buenos muchachitos. Podríamos formar un buen equipo, poner nuestros cerebros en común.

—¿Adonde nos llevan? —preguntó Estelle.

—Vamos a enseñaros dónde vive el pueblo, Little Star. Es un sitio del que hablaréis. Tal vez en el próximo picnic familiar, ante todas las pequeñas Estrellitas y Duanes y todo lo demás, mientras bebéis matarratas y coméis tarta y melón. Podría ser el Cuatro de Julio, por ejemplo.

—Sólo que no lo será —dijo Perdita, sin volverse.

Romeo se rió.

—Duane y Estrellita, ¿habéis oído hablar de «voces»? Ya sabéis, como si vinieran del aire, no de una persona.

—¿Como incorpóreas? —preguntó Duane.

—Eso creo —dijo Romeo—. Nada de cuerpos, sólo voces. Como la de Dios.

—¿Y?

—Las vais a oír. —Romeo se volvió rápidamente, mirando al chico y a la chica maniatados en el asiento trasero.

—No será el Cuatro de Julio, pequeños —dijo Perdita—. Ni el día de Acción de Gracias.

—¿Y el *Cinco de Mayo*? —preguntó Romeo.

Perdita le sonrió, mostrándole sus pequeños y blancos dientes.

—¿Qué opinas de pasar las navidades en el infierno, chico? ¿Crees que tu coñito de ahí al lado lo soportaría?

Romeo golpeó el volante con las dos manos, aullando y balanceándose atrás y adelante mientras conducía.

—¡De vacaciones en el infierno! —gritaba—. ¡Felices jodidas navidades! ¡Tienes razón, cariño! ¡Eres la mejor! ¡Te quiero!

Perdita se rió.

—Bueno, me parece que yo también te quiero —dijo.

UNOS CUANTOS HOMBRES BUENOS

Tyrone «Rip» Ford había nacido y se había criado en Susie, Texas, y en sus cuarenta y tres años de existencia, nunca, excepto cuando hizo el servicio militar, había vivido más allá de Río Grande. Rip obtuvo el puesto de ayudante del sheriff del condado de Larry Lee a la edad de veintiún años, tres después de acabar la secundaria, y a las tres semanas de licenciarse del ejército. Ascendió a sheriff del condado diez años después y seguía conservando el cargo desde entonces.

El padre de Rip Ford, Royal Ford, había apodado Rip a su hijo en honor de su propio abuelo paterno, el coronel Rip Ford, uno de los primeros miembros de los rangers de Texas. Después de alcanzar el grado de capitán de los rangers, Rip Ford se ascendió a sí mismo al de coronel, reuniendo una partida de hombres del sur de Texas para que lucharan bajo su mando durante la guerra de Secesión. Compuesta en su mayoría por fugitivos de la ley y hombres a los que se consideraba demasiado viejos o demasiado jóvenes para ser reclutados por el Ejército Confederado, la partida de Ford se dedicó en principio a prepararse para resistir una supuesta invasión del sur de Texas por parte de una brigada de la Unión formada por soldados negros.

El harapiento grupo del coronel Ford mantuvo un campamento móvil a lo largo del lado mexicano de la frontera, evitando a los kickapoos y apaches hostiles y realizando incursiones contra instalaciones aisladas de los dos lados del río. Declarado fuera de la ley por el general Robert E. Lee, y sus seguidores catalogados de criminales y delincuentes, el Rip Ford original trató de llegar a un acuerdo antes de la rendición en Appomattox, según el cual su partida se pondría del lado del Norte y ayudaría a la Unión en una campaña contra México. Este acuerdo nunca tuvo lugar, pero el coronel Ford se las arregló para hacer de agente entre los armadores de barcos mercantes yanquis y los cultivadores de algodón sureños, convenciendo a los magnates navieros de que colocaran sus barcos bajo pabellón mexicano y llevaran el algodón a la flota de barcos europeos, principalmente ingleses, anclados en el golfo de México y el mar Caribe.

Royal Ford siempre había admirado el ingenio de su abuelo, y esperaba que su hijo —cuyo nombre, Tyrone, se lo había puesto la madre del chico, Louise, ferviente admiradora de la estrella de cine Tyrone Power— llegara a mostrar una tenacidad y resolución similares. A Royal lo mataron durante un atraco a la estación de servicio Gulf que poseía, y de la que se ocupaba, en Susie, desde que lo licenciara el ejército al terminar la segunda guerra mundial. Un vagabundo llamado Ulysses Neck le había pegado un tiro en la nuca a Royal Ford mientras éste estaba tumbado boca abajo en el suelo de la oficina de la estación de servicio. Ulysses Neck llevaba encima exactamente treinta y dos dólares y ocho centavos cuando le detuvieron dos rangers de Texas una hora después, a menos de quince kilómetros de distancia, en Fort Dudgeon. Neck se quitó la vida aquella noche ahorcándose con su cinturón, que sujetó a los altos barrotes de su celda en la cárcel del condado de Larry Lee, la misma

cárcel en la que el hijo de Royal, Rip Ford, mandaba ahora.

Rip no se había casado. Su vida era su trabajo; ningún habitante del condado de Larry Lee ponía en duda la dedicación del sheriff Ford. Desde Fort Dudgeon a Madre Island, pasando por Susie, Rip Ford era conocido y, en última instancia, respetado a regañadientes tanto por anglos como por hispanos. A lo largo de su siglo de historia, en el condado de Larry Lee no había residido un solo negro de modo permanente. Aquellas famosas tropas de yanquis negros tan temidas por el bisabuelo de Tyrone nunca se materializaron.

En el mismo momento en que Rip Ford se enteró de la desaparición de los dos estudiantes, Duane Orel King y Estelle Kenedy Satisfy, notó un agudo dolor en la parte inferior de la espalda.

—¿Qué te pasa, Rip? —preguntó su primer ayudante, Federal Ray Phillips, al notar la mueca del sheriff.

—Es como si me hubieran hincado una horca por encima de la nalga derecha, Fed —dijo Rip—. Nunca había notado nada igual.

—Esperemos que no haya nadie en los Mud Huts clavando alfileres en un muñeco que lleve tu nombre —dijo Federal.

Los dos hombres se rieron.

AVISO DE TORMENTA

—No ha pasado nada. ¡*Todavía!*

Fed Phillips miró al hombre que había dicho eso y lo identificó. Era Ramón Montana, uno de los más notables borrachos del condado.

—¡Hágame caso, *señor* Fed! Usted sabe que cuando digo algo sé lo que estoy diciendo. He *dicho*, no ha pasado nada. ¡*Todavía!*

—Ya te he oído, Ramón. Veo que has empezado a base de bien el fin de semana.

Ramón Montana se acercó titubeando al bordillo de la acera, donde cayó de rodillas y vomitó. Se sacudió como un perro mojado, aclaró la voz, echó atrás los hombros, levantó una pierna como si se dispusiera a subir una escalera, se escoró a estribor y cayó en la acera.

—Hala, vamos, Ramón —dijo Fed, ayudándole a ponerse en pie—. Trataremos de que vuelvas a casa antes de que te hagas tales heridas que ni tu hermana te reconocería.

—¡No quiero ir a casa! —gritó Ramón—. Usted no puede obligarme. De todas formas, mi hermana está muerta.

—Entonces será mejor que te lleve a la cárcel.

Ramón protestó pero dejó que Fed Phillips le acompañara durante media manzana hasta su pensión, donde Fed le ayudó a subir la escalera y le abrió la puerta.

—Y ahora te dejo, *amigo*. Que la duermas bien.

—Se lo digo yo, *señor* Fed, pasan cosas raras de verdad. Y no hablo por hablar. Van a matar a esos chicos, a los *gringos*, la *gringa*. Cuando oiga hablar de eso, recuerde que yo se lo advertí. Ese tipo echa el mal de ojo. El mal de ojo.

Fed cerró la puerta y volvió a la calle. ¿Quién va a matar a qué chicos?, pensó. Fed se dirigió hacia El Loco's a ver si podía averiguar algo.

En su despacho de la cárcel, Rip Ford contemplaba una fotografía de Ava Gardner que tenía en un marco de plástico encima de su mesa. Era un primer plano de la cara tomado en 1954 por un francés, Philippe Halsman. Rip lo sabía porque el nombre del fotógrafo y la fecha estaban impresos en el dorso. De hecho, era una postal, pero tal como estaba enmarcada resultaba más íntima, como si se tratara de su mujer o su novia. En la fotografía, el revuelto cabello negro de Ava Gardner le caía sobre el ojo derecho, y sus labios llenos, cerrados, se tensaban ligeramente hacia la derecha, en un tenue esbozo de sonrisa. Aunque la foto era en blanco y negro, su boca parecía sellada con un trazo de pintura roja. No era tanto una cara que decía fóllame como una mirada que declaraba estoy de vuelta de todo, el tipo de expresión que uno sólo ve en las putas más caras. Se trataba de Ava en todo su esplendor, justo después de *Mogambo*, que Rip había visto cuando era niño en el gallinero del Joy Río, en El Paso. Eran las diez de la noche del sábado y Rip contemplaba el rostro inmutable de Ava Gardner, el rostro de una época que había quedado muy atrás. Rip dejó que el teléfono sonara durante medio minuto antes de descolgarlo.

MALA CARRETERA

Mientras Romeo conducía, Estelle Satisfy pensaba en su madre, Glory Ann Blue Satisfy, y se preguntaba si volvería a verla alguna vez. Glory Ann había nacido y se había criado en Divine Water, Oklahoma, un lugar que adoraba y que lamentaba haber dejado. La casa de Worth Avenue, en Dallas, donde había crecido Estelle, a Glory Ann nunca le gustó, como tampoco Dallas. Glory Ann no dejaba de quejarse de la ciudad.

—Cuando me despierto por la mañana —le decía a Estelle—, me gusta saber a quién voy a ver ese día. En una ciudad tan grande como ésta, hay demasiadas sorpresas.

Hoy, Glory Ann pesaba ciento treinta y cinco kilos. Su marido, el padre de Estelle, Ernest Tubb Satisfy, al que habían puesto ese nombre en honor del famoso cantante, medía un metro sesenta y dos y pesaba noventa kilos. Conducía un camión de reparto de 7-Up y fumaba Larks, pero sólo les daba tres chupadas antes de apagarlos. Ernest Tubb aseguraba que los Larks perdían sabor después de las dos primeras caladas. Daba la tercera, decía, sólo para confirmarlo.

Estelle se acordó de su perro, Gopher, que murió después de comerse una pizza extra grande de anchoas y cebolla cuando ella iba a séptimo curso. Ernest Tubb enterró a Gopher al pie del ciruelo del patio trasero, y Estelle todavía ponía flores en la tumba en el aniversario de su muerte, el 5 de abril. Estelle pensaba en estas y otras cosas que le habían pasado en la vida mientras el Cherokee daba saltos por una mala carretera que llevaba a donde sólo el diablo sabía.

Romeo, si es que de verdad se llama así, parece el propio demonio, pensó Estelle. Y la mujer, Perdita, tiene un aire raro y peligroso también. Espero que no nos maten, al menos no antes de dejar de ser virgen. Sería el colmo después de todos los esfuerzos para conservar la virginidad. Debería haber dejado que me lo hiciera Stubby Marble. Grace dice que los hermanos Marble, Eugene y Stubby, lo hacen mejor que nadie, y ella debe de saberlo muy bien. Stubby anduvo tras de mí casi un mes entero antes de darse por vencido. En cuanto a Duane, se diría que no le interesa. No sé, a lo mejor es así. Me gustaría saber de qué va todo esto. Sólo soy una estudiante con un brillante porvenir en el campo del diseño publicitario que todavía no se ha acostado con nadie. Ya sé que la vida no es agradable y que tampoco se supone que deba serlo, pero esto es diferente.

Duane hacía como que dormía. Mantenía la cabeza baja y se esforzaba por no pensar, pero no podía evitar que los pensamientos acudieran a su mente. Aquello no era sólo el final de una diversión, sino el comienzo de una pesadilla. Si Estelle no hubiera insistido en que saliéramos a tomar una cerveza, pensaba Duane, ahora estaríamos en la habitación del hotel y a lo mejor me dejaba que se lo hiciera. Sería una pena morir después de haberlo hecho sólo con una chica, sobre todo si se trataba de Grace Jane Bobble, a la que los Marbles apodaban «El ancho Missouri», y no sin

razón. Con todo, esta mujer, Perdita, resulta fascinante. Me recuerda a una serpiente venosa de Sudamérica que aparecía en el libro de reptiles y anfibios de la clase de biología, una que tiene la cabeza triangular, roja y amarilla con ojos de un naranja glacial. Del tipo de las que muerden y nunca sueltan presa, y hay que cortarles la cabeza para librarse de ellas.

Duane abrió los ojos y miró a Estelle. Esta los tenía cerrados y se mordía el labio inferior y lloraba. A Duane también le entraron ganas de llorar, pero no lo hizo. Se aguantaría las ganas. A lo mejor se me ocurre un medio de escapar, pensó. Estelle me lo agradecería, apuesto lo que sea, y me dejaría hacérselo. Me pregunto con quién se habrá acostado, aparte de los Marble. Dijeron que merecía la pena. Desde luego, en esta vida no faltan los interrogantes, se los encuentra uno por todas partes, igual que si fuesen cagadas de perro en un descampado, como diría mi padre. Me parece que no me he fijado muy bien en dónde ponía los pies.

HÉROES

—Te voy a contar quiénes son mis héroes, Duane. Así te harás una idea mejor de la clase de tipo que soy.

Romeo y Duane estaban sentados en unas sillas en el porche de la construcción principal del Rancho Negrita Infante. Estrellita, como Romeo insistía en que se llamara a Estelle, dormía en una habitación cerrada con llave. Casi eran las doce de la noche.

—Te dejo las piernas libres a propósito, Duane. Lamento lo de las manos. Dime si el alambre está demasiado apretado.

—No, no lo está.

—*Bueno, bueno.* Hay que dejar que la sangre siga circulando. Ésta es mi lista: James Ruppert, George Banks, Howard Unruh, Pat Sherrill, Charles Whitman, R. Gene Simmons, padre, James Oliver Huberty y Joseph Wesbecker. Me la sé de memoria. ¿Conoces a alguno?

—No creo.

—¿Ni siquiera a Whitman?

Duane negó con la cabeza.

Romeo se rió.

—Me parece que no estás muy fuerte en historia.

—Saqué notable.

—A lo mejor no te han enseñado ese período. Te voy a decir lo que hicieron. Ruppert mató a once personas, ocho de ellas niños, durante una comida del domingo de Pascua en Ohio. Banks se llevó por delante a doce, incluyendo a cinco niños, en Pennsylvania. Uruh liquidó a tiros a trece personas en Camden, Nueva Jersey. Era un caso aparte. Dijo: «Hubiera matado a mil de tener suficientes balas.»

»Sherrill asesinó a catorce en una estafeta de correos de Oklahoma. Simmons, padre, también liquidó a catorce, todos ellos miembros de su familia, en Arkansas. Enterró a doce debajo de su casa. Huberty mató a veintidós en un McDonald, en San Diego, me parece. Wesbecker se cargó a siete a balazos e hirió a otros muchos en una imprenta de Kentucky. Y Whitman, claro, asesinó a dieciséis desde una torre del campus de la Universidad de Texas, en Austin. Me extraña que no hayas oído hablar de ellos.

—¿Y cuándo lo hicieron?

—Alrededor de 1966, más o menos.

—Yo no había nacido.

—Coño, chico, tampoco cuando Hitler, ¡y no me irás a decir que no has oído hablar de él!

—Sí, he oído hablar de él.

—¿Y Atila, el huno? ¿Sabes quién fue?

—Me parece que sí. Era una especie de turco, o algo así.

—Mira, no incluyo en mi lista a los que tenían un ejército o encargaban a otros que mataran por ellos. Los únicos que me interesan son los que lo hicieron con sus propias manos. Y tampoco cuento a los autores de los asesinatos en serie, llevados a cabo a lo largo de un dilatado período. No, yo sólo hablo de los que de pronto se dan cuenta de que ya no pueden soportar tanta mierda y deciden enviar el mundo al carajo. Hay más de los que he mencionado, pero éstos son los primeros que me vienen a la mente. Es un asunto que he estudiado personalmente.

Perdita salió al porche y frotó su muslo izquierdo contra el brazo derecho de Duane. Enredó la mano izquierda en su espesa mata de pelo rubio y se lo revolvió.

—¿Estás contándole cuentos para que se duerma, Romeo? —dijo.

—Sólo llenaba algunos huecos de la formación de Duane.

Perdita sonrió.

—Yo también tengo uno o dos huecos que necesito llenar. Vosotros, que sois tan intelectuales, ¿no haríais ese favor a una dama?

EL MURCIÉLAGO

Romeo abrió la puerta del dormitorio y entró. Se quedó quieto durante un minuto entero, escuchando la respiración de Estrellita. Emitía un agudo y breve silbido cada vez que expulsaba el aire. Romeo empujó la puerta, la cerró con llave y se guardó ésta en el bolsillo delantero derecho del pantalón. Avanzó hasta la cama y se sentó en el borde. Estrellita tenía un pelo largo color de miel, y Romeo se lo acarició lenta, suavemente, con la mano izquierda. La chica se movió un poco y él detuvo su gesto, dejando que se diera la vuelta hasta quedar boca arriba y con la cabeza hacia la derecha. Sus párpados aletearon y frunció los labios, luego volvió a relajarse, silbando levemente.

—Eh, Little Star —susurró Romeo—. Despierta, Estrellita, *niña*. Romeo está aquí.

La chica no se movió, y pareció que su respiración cesaba del todo. Romeo sonrió. Sabía que tenía que estar despierta.

—Little Star, no disimules —dijo Romeo, en un tono de voz normal—. Puedes abrir los ojos. Sólo me verás a mí.

Un rayo de luna penetraba en la habitación por una rendija de la segunda tabla, empezando por arriba, de las que cubrían la ventana. Estrellita no se movió, limitándose a entreabrir el ojo izquierdo. Distinguió la cara de Romeo en la sombra violácea; luego volvió a bajar el párpado.

—Crees que he venido a hacerte daño, ¿verdad? —dijo él—. ¿Por qué piensas eso? A tu amigo Duane nadie le hace daño. Probablemente lo esté pasando muy bien en este momento.

—¿Dónde está? —preguntó Estrellita—. ¿Ha muerto?

Romeo se rió.

—No, claro que no, señorita. Está ayudando a una damisela en apuros. Una chica guapa, lo mismo que tú.

Estrellita volvió la cara hacia él y abrió los ojos. Romeo parecía un murciélago gigante.

—¿Quiere decir que Perdita se lo ha ligado? —dijo.

—Sí, me parece un modo adecuado de expresarlo.

—Me recuerda a una serpiente.

Romeo sonrió.

—Una serpiente bastante guapa, en todo caso.

—Parece fría.

Romeo se acercó más al cuerpo de Estrellita y le tocó la mejilla izquierda con su mano derecha.

—Estrellita, mi flor blanca de la noche. Tú eres la luz de mi vida.

La chica apartó levemente la cabeza y los hombros hacia la derecha, fuera del alcance de la mano de Romeo.

—No tengas miedo, Little Star. Conmigo estás segura.

Estrellita se echó a reír, luego se interrumpió de repente y empezó a llorar. Romeo observó las lágrimas que salían de los ojos de Estrellita y se deslizaban por los lados de su cara hasta la almohada. Agachó lentamente la cabeza y su lengua lamió las lágrimas de aquellas mejillas. Estrellita no se movió. Era como si el gesto de Romeo la hubiera paralizado, como si la saliva le insensibilizara la piel. Nunca había sentido nada así.

—Vuelve a cerrar los ojos, Estrellita, *bonita* —dijo Romeo, y le besó la oreja izquierda, el pelo color de miel, la ceja derecha, la punta de la nariz—. Romeo se ocupará de ti.

PLACERES

—Bien, entonces ¿quién va a ser? —preguntó Romeo—. ¿Qué te parece el chico?

Perdita dio una patada en el polvo con su bota de piel de serpiente de cascabel. Soplaban un suave viento del sur y le agitaba el negro cabello, que llevaba suelto.

—No sé, cariño. Es una decisión difícil.

—Te gusta, ¿eh?

—De todos modos, sería más divertido quedarnos con él durante un tiempo. ¿Qué tal tu pequeña *vaca* Estrellita?

Romeo se quitó el Stetson de paja y se alisó el espeso cabello negro rojizo con la mano izquierda. Estaba sentado sobre la cerca del corral, no lejos de la cabaña de los sacrificios. El sol caía con fuerza, como siempre, pero el aire, amenazaba lluvia. Perdita se apoyó en la cerca, mirando hacia las escapadas colinas pardas del este.

—Ella era la chispa de la vida, chica, *una virgen*. Sangró mucho, como *crème de caramel* caliente.

Perdita se rió.

—Es una pena que no lo supiéramos antes. Sacrificar a una virgen nos habría convertido en unos *mayomberías* de verdad.

—A lo mejor es preferible utilizar a alguien de por aquí, se me ocurre ahora —dijo Romeo—. Alguien de Zopilote. Duane y Estrellita podrían sernos de utilidad más adelante.

—Dile a Adolfo que esta vez se asegure de que hay suficiente ajo.

Romeo se rió.

—Tendrías que haber visto su cara la vez que le dije que cuando el demonio salió del Jardín del Edén, brotaban ajos donde su pie izquierdo pisaba el suelo. Adolfo se santiguó y dijo: «*Madre de dios, ¿es verdad?*»

Perdita notó un picor entre las piernas, bajó la mano derecha, cerró el puño, y se frotó el clítoris con fuerza.

—Sabes, Romeo —dijo—, los dos únicos placeres que le quedan al hombre en este mundo son follar y matar. Cuando desaparecen, *guapito*, también desaparecemos nosotros.

BELLEZAS

Rip Ford estaba en la cama con una prostituta llamada Lupita Luján cuando telefoneó Federal Phillips.

—Sheriff, estoy aquí, en El Loco's Round-Up. Un par de chicos reconocieron a Romeo Dolorosa, el sacerdote serpiente y traficante de drogas de Zopilote, y a su novia, la sacerdotisa. Al parecer tomaron una o dos cervezas y de pronto desaparecieron. Nadie se dio cuenta de que se habían ido hasta que ya no estaban.

—¿Eso es todo?

—Por ahora. Voy a hacer más averiguaciones, a ver si puedo enterarme de si ese cabrón anda pasando algo por aquí. Me sorprendería bastante, porque no ha intentado ocultarse ni nada parecido. Y a propósito, ese viejo borrachín de Ramón Montana me contó algo sin sentido de unos que iban a liquidar a una pareja de anglos. A lo mejor tiene relación con Dolorosa, pues Ramón hablaba de un tipo que echaba el mal de ojo. Son cosas que tienen que ver con la *Santería*.

—Vuelve a llamarme en cuanto te enteres de algo más.

—Cuenta con ello.

Rip colgó y volvió a hacer objeto de sus atenciones a Lupita.

—Oye, guapo —dijo ella—, ¿dónde te hiciste esa cicatriz del hombro?

—Con aceite que saltó de la lámpara de Psique.

Lupita frunció el ceño.

—¿Cómo te iba a hacer eso una lámpara?

—Era una broma, cariño. Es una vieja herida de bala de Vietnam. Supongo que nunca te han contado cómo Psique despertó a Cupido en plena noche, cuando una gota de aceite le quemó el hombro, y cómo la mamá de él, Venus, le amargó la vida a la pobre chica.

Lupita se encogió de hombros y se dio la vuelta, subiéndose la sábana para cubrir su menudo y regordete cuerpo.

—Nunca he oído hablar de cosas así en este pudridero. ¿Quién era esa fulana?

—¿Psique?

—Sí.

—La más hermosa de las mortales que se hayan visto sobre la tierra. Le robaba todos los admiradores a su suegra.

Lupita soltó una carcajada.

—No me extraña que odiara a esa chica. Tú la conoces bien, ¿verdad?

—Lo cierto es que nunca nos hemos visto.

—Entonces, ¿cómo te interesas tanto por ella? Lo que pasa es que quieres darle por el culo, ¿a que sí?

Rip se levantó y se puso los pantalones.

—Es hora de separar la realidad del mito, Lupita. *Vámonos*.

Lupita apartó la sábana y se desperezó. En lo alto del muslo derecho tenía un

tatuaje de un escorpión negro con el aguijón rojo listo para clavar, posado en un rosa púrpura. Debajo, en una bandera azul, figuraban las palabras MALA CHICA.

—¿Tuvo hijos, esa *perfecta*? —preguntó Lupita.

—En realidad, sí —dijo Rip—. Una hija, que se llamaba Placer.

Lupita se rió.

—Si alguna vez hizo la calle, no tuvo que cambiarse de nombre, *es seguro*.

IL AFFARE

Romeo escuchaba los silbidos del tren en la distancia. Sonaban como las notas jadeantes de un órgano por cuyo teclado corriera un ratón. Estaba sentado al volante del Cherokee, fumando, con las ventanillas bajadas, esperando a su primo, Reggie San Pedro Sula, y a Marcello «Ojos de Loco» Santos. Casi eran las dos de la mañana. La luna creciente iluminaba parcialmente el desierto paisaje, al que daba un aspecto de terreno bombardeado, veinte años después, cuyos únicos habitantes eran roedores, insectos y reptiles.

El negocio parecía un tanto extraño, pensaba Romeo, pero si participaba Santos iba a ser, necesariamente, muy provechoso. Reggie ya había trabajado para Santos anteriormente, varias veces, por lo general de pistolero. Hacía su trabajo, cogía el dinero y volvía a las islas. El dinero duraba bastante en Caribe, pero antes o después necesitaba ganar más, y en tanto Santos siguiera vivo, Reginald San Pedro Sula tendría trabajo. Romeo estaba de acuerdo con este encuentro, aunque el procedimiento resultaba un tanto raro en un par de aspectos. Uno, Reggie casi nunca figuraba en primer plano de un negocio; y dos, Santos rara vez se aventuraba fuera de Nueva Orleans, su ciudad natal. Pero Romeo estaba dispuesto a escuchar. Sabía cómo y cuándo ser paciente.

Romeo oyó acercarse el coche. Tiró el cigarrillo y esperó, escuchando durante medio minuto cómo aumentaba el ruido del motor. El vehículo, largo y negro, se salió de la carretera, enfrente de Romeo, y se detuvo levantando mucho polvo. El motor seguía en marcha y Reggie, que iba en el asiento trasero, cerró la puerta tras de sí, y se dirigió hacia Romeo.

—*Hola, primo* —dijo Reggie—. *¿Qué tal?*

—Eso eres tú quien ha de decirlo —repuso Romeo, mientras se estrechaban la mano.

Reggie era muy alto, pasaba un poco del metro noventa, y corpulento. Tenía unos cincuenta años, la piel del color del chocolate con leche, y llevaba un traje de sport color azul claro. Su cabeza calva reflejaba la luz de la luna. Era raro, pensó Romeo, que Reggie no llevara su sombrero flexible. De hecho, no recordaba haberlo visto nunca sin sombrero, a no ser cuando se iba a dormir, desde que se había quedado casi sin pelo.

—Creo que será mejor que el jefe, el señor Santos, te lo diga él mismo —dijo Reggie—. Es un buen asunto, un bonito negocio, ya verás.

Reggie sonrió, enseñando sus numerosos dientes de oro.

—Debe de entrañar algún peligro, con todo —dijo Romeo—, para que haya conseguido que dejes la isla.

Reggie lanzó una breve carcajada.

—Normalmente siempre existe algo de peligro, ¿o no? —dijo—. De todas formas, el jefe me necesita para otro asunto, hacia el que nos dirigiremos desde aquí.

—Entiendo. ¿Cómo andan todos por casa? Danny Mestiza me escribió que a Rocky James le cayeron veinte años en chirona.

—Bueno, sí, pero ya le han soltado. Creo que para bien. Hubo algunos problemas, pero el señor Santos se las arregló para que saliera. Halcyan y Rigoberto están bien, y sanos. El dinero que mandaste les ayudó. Le hablé tan bien de ti al señor Santos que decidió que participaras en este asunto.

—¿De que se trata?

—Ven al coche y te lo dirá él mismo. Recuerda que no debes llamarle «Ojos de Loco». No le gusta cuando lo ve en los periódicos, lo ponen simplemente para fastidiarle.

Romeo se apeó, cruzó la carretera y se subió al asiento trasero de la limusina Mercedes-Benz. Reggie cerró la puerta y se quedó fuera. Dentro del coche había una tenue luz. Marcello Santos tenía un vaso en la mano derecha, con tres dedos de Glenmorangie, su whisky de malta favorito. Llevaba un traje gris oscuro, camisa azul y corbata roja; unos mocasines negros Cole-Haas, con borlas, y calcetines a rombos rojos, azules y amarillos; gafas de sol de dos dólares con montura amarilla brillante, y un gran anillo de oro o diamantes en cada dedo de ambas manos, excluidos los pulgares, uno de los cuales le faltaba. Llevaba un bisoné castaño oscuro pegado a la cabeza; algunas gotas de goma se le habían deslizado por la frente, y allí se habían secado. Santos tenía sesenta y ocho años y llevaba dirigiendo el crimen organizado del sur y el sudoeste de Estados Unidos desde hacía un cuarto de siglo, sin que nunca le hubieran podido inculpar de ningún delito.

—*Buona notte*, Mr. Dolorosa. Romeo —dijo Santos, tendiéndole la mano izquierda, la que carecía de pulgar, como haría el papa o una princesa—, me alegro de volver a verte.

Romeo le estrechó la mano.

—El placer siempre es mío —dijo.

—Este es un sitio poco corriente para celebrar un encuentro, Romeo, lo sé perfectamente, pero como vamos camino de otra reunión, y odio los aviones, se me ocurrió que así ganaríamos tiempo. Me alegro de que hayas venido.

—No hay el menor problema, Marcello, en ningún caso.

—*Bene*. Tu primo, Reginald, habla muy bien de ti, ya lo conoces. Me ha contado que te ocupas de tu familia y tus amigos de la isla. Es muy encomiable por tu parte.

—Hago lo que puedo.

Santos asintió con la cabeza y tomó un trago de whisky.

—¿Te apetece una copa, Romeo?

—No, gracias. Tengo que conducir y es muy tarde.

—Sí, muy bien. Mira, mi proposición es ésta. Se trata de algo muy sencillo. Dentro de cuarenta y ocho horas habrá aquí, en este mismo sitio, un camión refrigerado, en compañía de un coche. El camión llevará un cargamento de placentas humanas destinado a la industria cosmética. Se añaden a algunas cremas para la piel

que la gente cree que contribuyen a proporcionar un aspecto joven. No sé si es verdad. Este cargamento debe ser enviado lo más rápidamente posible a un laboratorio secreto de Los Ángeles. Quisiera que condujeras el camión hasta allí. Por lo que sé, dejaré la mercancía en buenas manos. El conductor del camión te cederá su sitio, si es que decides aceptar, y se largará en el coche que vendrá con él. Lo único que tienes que hacer es llevar el vehículo a la dirección de Los Ángeles que te dará el tipo. Ahora te entregaré diez mil dólares en billetes usados, de cincuenta y de cien. Cuando llegues sin problemas a Los Ángeles, tu primo, Reggie, te estará esperando con otros diez mil dólares, también en billetes usados y de los mismos valores.

—¿Por qué no dejas que sea Reggie el que conduzca el camión?

—Necesito que esté conmigo para resolver un asunto que tendrá lugar entre ahora mismo y el momento en que se haga la entrega. Irá en avión a California en cuanto este otro negocio quede resuelto. ¿Qué dices, podrás hacerlo?

Romeo asintió con la cabeza.

—Claro que sí, Marcello. Me alegra poder servirte de ayuda en lo que sea.

Santos se quitó aquellas baratas gafas de sol y miró a Romeo. Tenía unos ojos de un verde grisáceo con unas pupilas muy grandes y rojas que daban saltos y se agitaban como llamas. Ojos de loco. Romeo se estremeció, a su pesar.

—*Bene! Molto bene!* —dijo Santos, dando unos golpecitos en la rodilla de Romeo con los cuatro dedos de su mano izquierda. Volvió a ponerse las gafas de sol y terminó lo que le quedaba de whisky.

Santos abrió una trampilla del suelo, sacó un paquete y se lo tendió a Romeo.

—*Buona fortuna, amico mio* —dijo—. Y recuerda siempre que Dios y yo, los dos, estaremos contigo.

Romeo cogió el paquete.

—No lo olvidaré —dijo.

LA CASA DE LOS SUEÑOS

Cuando Adolfo abrió la puerta de la cabaña, el chico, aunque llevaba una venda en los ojos, alzó la cabeza, tendiendo el oído hacia el lugar de donde venía el ruido. Tenía la boca amordazada con un trapo negro, las manos atadas a la espalda, y los pies sujetos con una sólida cuerda de tender la ropa. No hizo el menor ruido.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Romeo.

—Diez —dijo Adolfo—. Lo eligió Perdita.

—¿Qué sabes de su familia?

Adolfo se encogió de hombros.

—Son pobres, como la mayoría de los de Zopilote. Tiene tres hermanos, creo. Supongo que dos, o los tres, serán chicas. Perdita dijo que tenía que ser un chico. Puede que ni le echen en falta.

—¿Está Perdita aquí?

Adolfo asintió con la cabeza.

—Preparando las cosas para la ceremonia.

—¿Has avisado a los demás?

—Llegarán todos a las diez. Carlos y Teresa vienen de Ciudad de México.

—¿Y qué pasa con la familia DeLeon? ¿Y con los Acosta?

—No hemos tenido noticias de Jorge Acosta, pero todos están avisados.

Romeo se dio la vuelta para salir, pero antes se volvió hacia el chico.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó.

—Un nombre poco original. Se llama Juan.

—Oye, *Juanito* —dijo Romeo—, esta noche a las diez te harás inmortal. ¿Sabes lo que quiere decir eso?

El chico no se movió. Romeo se fijó en la mancha oscura que le recorría la pernera izquierda del pantalón. En la tierra, junto a su pie izquierdo, descalzo, había una mancha de humedad del tamaño de un plato.

—No importa —dijo Romeo—. Es algo que ningún hombre vulgar llegará a conocer nunca. Entrarás en la Casa de los Sueños, Juanito, donde vivirás para siempre. Tu padre y tu madre, tus hermanas y hermanos, tus abuelos, tíos, tías, primos, a todos les irás a visitar en sueños. Y sólo tú, entre ellos, estarás a salvo.

Romeo salió y Adolfo le siguió, cerrando la puerta con llave.

UN MOMENTO DE CALMA EN EL RANCHO

NEGRITA INFANTE

—Así pues, estamos de acuerdo. Después de esto iremos en camión a Los Ángeles, para lo de Santos.

—Siempre quise conocer California —dijo Perdita.

—Duane y yo podemos conducir el camión por turnos, y tú y Estrellita os ocuparéis del Cherokee.

—¿Cuándo quiere Santos que lleguemos allí?

—Los más pronto posible. No me paga veinte mil dólares para que me pare a dar un paseo en burro por el Gran Cañón. Reúne las cosas que vayas a necesitar y mételas en el jeep. Quiero que estemos listos para largarnos nada más terminar.

Perdita se estaba pintando las uñas de los pies con una laca rosa chillón. Le picaba el coño pero sabía que Romeo no querría follar con ella, nunca antes de un gran espectáculo. Así es como pensaba ella en el asunto, como un número, igual que en el circo. Sólo había estado en el circo una vez, cuando tenía seis años, en Corpus. Era una compañía pequeña, con una media docena de carromatos; una sola carpa, una pista. Tenían una atracción poco corriente: un tigre albino. Perdita y su hermana, Juana, se habían parado delante de la jaula y contemplaron al hermoso animal blanco que daba vueltas sin parar. Cada treinta segundos o así, el tigre lanzaba un rugido sordo, una especie de gruñido lúgubre y grave que parecía deshacerse al alcanzar el aire. Este sonido, tenía la impresión Perdita, procedía de lo más profundo del animal, que sólo esperaba el momento justo para manifestar sus auténticos sentimientos, su frustración y su orgullo herido. Y cuando llegara ese momento, el rugido sería tan ensordecedor, tan potente, que las personas que estuviesen cerca quedarían paralizadas de miedo, y el gigantesco felino blanco se echaría sobre ellas y se las comería.

Durante semanas, después de que el circo dejara la ciudad, Perdita había soñado con el tigre. Éste se alzaba por encima de ella, a horcajadas sobre su flexible cuerpo infantil. Luego, la sujetaba contra el suelo con sus garras, mientras le bañaba la cara con su saliva, antes de meterse lenta, cuidadosamente su cabeza en las enormes fauces y arrancársela de un solo mordisco. Este sueño no asustaba a Perdita. Le proporcionaba una sensación cálida. La boca del tigre, imaginaba, estaría caliente y húmeda, y sus enormes dientes, que brillaban como espadas bruñidas, le desgarrarían la piel y le triturarían los huesos con limpieza, sin dolor. Y luego el tigre la devoraría, dividiendo a Perdita en trozos cada vez más pequeños, hasta que por fin, cuando el animal la hubiera tragado entera, ella se despertaría.

Perdita sólo le había contado este sueño a una persona en toda su vida, un viejo llamado Pea Ridge Day, que trabajaba en la estación de servicio Green Ace, de Corpus. Perdita y Juana iban allí a veces a comprar algún refresco en la máquina, y

Pea Ridge, que normalmente estaba sentado cerca en su silla color naranja, hablaba con ellas. Les contó que le llamaban Pea Ridge porque había nacido en Pea Ridge, Arkansas, pero que en realidad sus nombres de pila eran Clyde y Henry. Les dijo que cuando era joven había jugado de lanzador en la liga nacional de béisbol con equipos de St. Louis, Cincinnati y Brooklyn. Pea Ridge aseguraba que les había dejado una nota a su mujer e hijos treinta años atrás, diciéndoles que se dirigía a los Ozarks para suicidarse, pero que en vez de hacer eso, bajó a dedo hasta Texas, donde, como Perdita y Juana podían ver sin la menor duda, seguía vivo y coleando. Después de que Perdita le contara su sueño a Pea Ridge, éste casi dejó de hablar con ella, y una mañana, cuando Perdita y Juana fueron a la estación de servicio Green Ace a por un refresco, el tipo se había ido. Perdita decidió que Pea Ridge probablemente había vuelto a Arkansas para ver a su familia, antes de morir de verdad. Jamás creyó que su desaparición tuviera nada que ver con el sueño que ella le había contado, pero Perdita decidió entonces que no volvería a contárselo a nadie más, por si acaso.

—¿Bien, que te parece la cosa, cariño? —preguntó Romeo.

Perdita se sopló las uñas.

—Ya me conoces, cielo. Me gusta viajar ligera de equipaje.

LA OTRA ORILLA DEL RÍO

—Vivimos en una orilla del río, la orilla de la Gran Luz. A la otra orilla del río, la orilla de la Gran Noche, es adonde debemos ir. Tenemos que cruzar el río hacia la Gran Noche a fin de hacer acopio de fuerzas para vivir. Tenemos que cruzar el río y volver a esta orilla. Hemos de proveernos de fuerzas para dominar a los demás, nuestros enemigos, los que quieren mantenernos en el dolor, en la tristeza, en la miseria. Esta es la Verdad, la única Verdad Revelada, y ella nos permitirá seguir vivos, mantenernos fuertes, capaces de devorar a nuestros enemigos antes de que ellos nos devoren a nosotros.

Romeo estaba de pie, solo, en mitad del cuarto, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás. Ante él había un altar rodeado de velas oscilantes, la única iluminación de la estancia. En el suelo, en torno al círculo de luz, habían colocado docenas de cruces, bisutería, imágenes de santos enmarcadas, huesos de perro, gato, vaca y pollo, plumas de pájaro, tiras de tela negra, bolas de pelo, imperdibles, platos llenos de leche, monedas de oro y plata, y trozos de papel con nombres escritos en ellos.

Aproximadamente unas sesenta personas abarrotaban el cuarto, mirando a Romeo o sentadas muy quietas con los ojos cerrados, concentrándose en lo que decía. Muy cerca del altar, sentados en el suelo, estaban Perdita, Estrellita y Duane. Perdita se ceñía el cuerpo con los brazos y se balanceaba suave, lentamente. Estrellita y Duane, con las manos enlazadas a la altura de la cintura, tenían la parte superior de los brazos pegada al cuerpo mediante una cuerda de tender la ropa y los párpados sujetos con esparadrapo, de modo que les resultaba imposible cerrar los ojos e incluso pestañear.

Adolfo estaba sentado a la izquierda de Romeo, algo retirado, y golpeaba rítmicamente con las manos las dos caras de un tambor. Romeo se estremeció; su cuerpo se sacudió de pies a cabeza, se puso a ondular, a retorcerse como el de una serpiente y comenzó a gemir. Según sus gemidos se hacían más potentes y sus movimientos más espasmódicos, algunos de los asistentes también empezaron a gemir y a mover el cuerpo, girando y dando saltos de modo incontrolable. La temperatura ya asfixiante del cuarto se hizo infernal. El sudor corría por las caras de los presentes, lo mismo que por la frente, las mejillas y los brazos desnudos de Romeo Dolorosa, el *nanigo*, el *santero*, el mago, el Sacerdote Supremo de la Ceremonia del Macho Cabrío Sin Cuernos.

Romeo abrió los ojos y lanzó una ojeada por la habitación. Los ojos se le dilataron, se hicieron enormes, las pupilas eran tan grandes que llenaban el iris. Empezó a temblar. Ahora se agitaba con mayor violencia, tenía los ojos desorbitados y espantosamente hinchados, y parecía que iban a salirle despedidos de la cabeza. Su cuerpo se infló como el de un mosquito gigante que le chupara la sangre a un recién nacido. Adolfo golpeó con más fuerza el tambor, entonando unas notas interminables y gimiendo, lo mismo que la mayoría de los presentes.

La puerta de la calle se abrió y entraron dos hombres que llevaban camisa blanca, pantalones negros y unos capuchones también negros en la cabeza, y traían al chico, Juan, en unas parihuelas, que colocaron sobre el altar. Mientras los hombres se perdían entre los asistentes, Juan se mantuvo absolutamente quieto y con los ojos cerrados. Estaba desnudo por completo y le habían pintado el cuerpo de blanco, cubriéndoselo de aceite aromático y ajo. Romeo se inclinó sobre el chico y vomitó encima de su pecho. Juan seguía con los ojos cerrados. Romeo cogió un gran cuchillo del altar y lo levantó sobre el cuello de Juan.

—¡Shango! —gritó Romeo, y de un solo golpe le rebanó la garganta.

La sangre brotó de la herida como petróleo en bruto de un pozo recién abierto. Salpicó a Romeo, y cuando éste se la sacudió de encima, alcanzó a los que estaban más cerca de él. Los brazos y piernas de Juan se estremecieron y agitaron en el aire mientras Romeo daba saltos y bailaba, gritando:

—¡Shango! ¡Shango!

Ahora todos los presentes miraban a Romeo, que se volvió hacia el cuerpo y hundió el cuchillo profundamente en el pecho de Juan, desgarrándolo y abriéndolo hasta que consiguió arrancar el corazón del chico. Luego soltó el cuchillo y levantó el corazón, sanguinolento y todavía latiendo, y bebió de él, mientras cara, manos, brazos y pecho le brillaban rojos a la luz cobriza.

Dejando el corazón encima del altar, Romeo se volvió hacia el cuerpo una vez más y hundió las dos manos en él, extrayendo unas vísceras goteantes. Salió del círculo, con las entrañas de Juan colgándole de las manos, y paseó por entre los asistentes, muchos de los cuales se echaron hacia atrás y lanzaron gritos agudos mientras el *babalao* en trance les pasaba las manos por los labios, se las secaba en sus frentes, manchándolos con la carne y la sangre del sacrificio. Romeo volvió al círculo y cayó al suelo. Adolfo dejó de tocar el tambor. Los presentes se levantaron y salieron del cuarto lo más deprisa que pudieron, hundiéndose en masa en la noche, mientras evitaban mirarse unos a otros.

Sólo Perdita, Estrellita, Duane y Adolfo se quedaron con Romeo y el mutilado cadáver de Juan. Perdita y Adolfo se tumbaron en el suelo y parecieron caer en un profundo y pesado sueño. Estrellita y Duane, obligados a mantener los ojos abiertos debido al esparadrapo, siguieron allí sentados, inmóviles, con los dedos entrelazados, la mente perdida. Un gatito moteado, de ojos verdes, se coló por la puerta abierta, avanzó lentamente hacia uno de los platos llenos de leche, y bebió.

OJOS BIEN ABIERTOS

—¿Has hablado también con los padres de la chica? —preguntó Rip—. ¿O sólo con los del chico?

—Únicamente conseguí localizar a Mrs. Satisfy —dijo Fed—. Glory Ann. Dice que el FBI ya se ocupa del asunto. Llegaron a algún tipo de acuerdo con los de estupefacientes, que ya llevan detrás de Romeo Dolorosa bastante tiempo. Al parecer, los de estupefacientes le habían tendido una trampa en Del Río, pero se les escapó. Ahora que probablemente haya un secuestro doble al otro lado de la frontera, intervendrá también el FBI.

Rip se levantó de su sillón y anduvo hasta la ventana. Debido al calor, Calle Brazo estaba prácticamente desierta a las tres de la tarde.

—No infravalores a esos tipos, Fed. Ellos y nosotros siempre nos hemos llevado bien.

—¿Vas a tomarte en serio ese soplo de Ramón sobre una entrega en Junction?

—¿Y qué voy a hacer, si no? Pienso apostarme allí, junto a la carretera, esta noche.

—¿Quieres que te acompañe?

—Ven si quieres, Fed, aunque dudo que haya más movimiento del habitual, aparte de los inmigrantes ilegales y los coyotes.

—Si aparecen, les caeremos encima como una serpiente sobre una rata lisiada.

Aquella noche, a las nueve, Rip y Fed se dirigieron hacia Junction, que estaba en el extremo sur del condado de Larry Lee, a unos ochenta kilómetros al sur de Susie. Antes de convertirse en un borracho, Ramón Montana había sido un abogado famoso, y conservaba de su oficio una curiosidad constante por los acontecimientos más significativos del sur de Texas. Ahora la botella le dominaba, pero Ramón seguía escuchando atentamente lo que decía la gente y cómo lo decía, y se las arreglaba para recordar la mitad de lo que oía. Cuando escuchó casualmente a los hermanos Castillo, Eddie y Lou, en la barra de El Loco's, y oyó el nombre de Marcello Santos, Ramón, aunque ya estaba bastante borracho, prestó especial atención. Uno de los primos de los Castillo, Pete Armendariz, era un elemento de la familia Santos. Armendariz había llamado recientemente a los Castillo y les dijo que tenía que llevar un camión y su cargamento a la carretera de Junction, y que después pensaba ir a verles. A Eddie y Lou les alegró que Pete decidiera hacerles una visita.

—Con tipos como Armendariz —le comentaba Fed Philips a Rip—, a Santos no le hace falta contratar a un agente publicitario.

Rip se rió.

—Pete no es precisamente el genio del grupo —dijo, mientras conducía tranquilamente el Ford Crown Victoria blanco sin distintivos de la policía.

En Junction, tan sólo un cruce de carreteras que llevaban hacia McAllen, al norte, Reynosa al sur, Laredo al noroeste y Bronwsville y Matamoros al este, Rip se salió de

la calzada y siguió durante unos cientos de metros por el monte bajo. Cuando se encontró lo suficientemente lejos de la carretera para que no les vieran desde ella, paró el motor, y él y Fed se apearon.

—Volveremos a pie y buscaremos un escondite —dijo Rip—. Coge ese termo del asiento de atrás. He hecho café. Será interesante ver si esto nos lleva a alguna parte. Sólo espero que no sea algo que Ramón oyera mientras estaba demasiado pasado de Wild Turkey. ¿Qué más sabes de esa secta de magia negra que además trafica con droga desde Cándido Aguilar o Zopilote o donde sea?

—Sólo que el tipo que se ocupa del espectáculo, Dolorosa, se supone que es una especie de monstruo sobrenatural que se puede convertir en serpiente o jaguar. Por lo menos, eso es lo que dicen los mexicanos.

—Un nagual.

—¿Y eso qué es?

—Un nagual tiene el cuerpo de jaguar y la cabeza de hombre. Los indios creen que sólo un *brujo* se puede convertir en algo así.

—Bueno, pues sea lo que sea, lo cierto es que tiene acojonados a todos los peones entre Corpus y Tampico. Todo el estado de Tamaulipas tiene un miedo terrible a ese tipo y a su banda. Ejerce mucha influencia sobre ellos, eso es seguro.

—La religión es la fuerza más poderosa que existe, Fed. Es lo mismo que el sexo, con otro nombre. Piensa en todas las matanzas que se han cometido a lo largo de la historia en nombre de una religión u otra. Y a todas esas matanzas las llamaron guerras santas. Uno no puede hacer gran cosa para convencer a un tipo que cree a machamartillo que tiene a Dios de su lado, excepto liquidarlo y asegurarse de que no podrá volver a armar líos.

—Mi padre, Federal Lee Phillips, antes de morir, siempre solía decir: «Si Dios tuviera un poco de misericordia, me preservaría del pecado.»

—El hombre tenía una conciencia, Fed. Eso es algo en lo que se puede encontrar refugio.

—Lo que pasa es que no podía soportar ser un pecador y no poder hacer nada por evitarlo. Al final se metió un cuarenta y cuatro en la oreja derecha, que era por la que no oía. ¿No has visto esa Blackhawk que tengo en mi mesa de la oficina, en el primer cajón de la izquierda, con las revistas porno? Es la misma arma con la que se saltó la tapa de los sesos.

Rip dejó de andar.

—Este matorral probablemente sea el más adecuado para escondernos —dijo—. Desde él tendremos una buena vista del cruce.

—¿Rip?

—Dime, Fed.

—Tú no crees que un hombre se pueda convertir en jaguar, ¿verdad?

—Lo dudo, Fed, pero supongo que en esta época es posible cualquier cosa.

—A lo mejor Dolorosa es el propio diablo, Rip, al que han dejado suelto por la

tierra, no un hombre normal y corriente.

Rip sacó su revólver Smith & Wesson 357, comprobó que estaba cargado, y lo volvió a guardar en la cartuchera.

—Como te decía, Fed, no creo que haya ya nada que me sorprenda. Entre tanto, lo único que podemos hacer es mantenernos con los ojos bien abiertos vigilando esa carretera.

TIPOS DUROS

A Perdita no le gustaba la idea de tener que viajar en coche todo el camino hasta Los Ángeles con Estrellita.

—¿Por qué no viene Duane conmigo y tú llevas a Estrellita en el camión? —dijo.

—¿Y si te descuidas y nos roba el Cherokee? —preguntó Romeo.

—Podríamos atarle.

—No es una buena idea, *mi amor*. Si le ve alguien así, tendríamos problemas. Creo que te las podrás arreglar mejor con Estrellita. Se caga de miedo en cuanto te ve. No tratará de hacer nada. Y yo tendré controlado a Duane. Fíate de mí, *chica*.

—Tú sabrás lo que haces —dijo Perdita, mientras encendía un Marlboro—. Y no me gusta nada que me llames «*chica*». Puede que porque aquel tipo que conocía, y del que ya te hablé, Bobby Perú, me llamaba así. Ahora ya está muerto, claro, y la verdad es que no importa, pero preferiría que no lo hicieras.

Romeo cerró la parte trasera del jeep, se sacó un pañuelo rojo y blanco del bolsillo de atrás y quitó el polvo del empuñadura y la punta de sus botas de piel de lagarto moradas y negras con puntera metálica. Volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo y lanzó una sonrisa de actor de cine a Perdita. Sus grandes dientes blancos resplandecieron a la luz de la luna. Perdita le miró. Los dientes de Romeo eran muchísimo más bonitos que los de Bobby, pensó.

—No sabía que fueras tan susceptible, cariño —dijo Romeo—. Todavía no se te ha ido de la cabeza aquel tipo tan duro, ¿verdad?

Perdita dio una larga calada a su Marlboro, expulsó el humo en un delgado hilillo rosa y descabezó la colilla contra un cactus.

—¿Te conté cómo lo mataron?

—No, que yo recuerde.

—Trataba de robar en un almacén de piensos, en el oeste de Texas, y un policía le pegó un tiro.

—¿Viste tú cómo pasó?

—No. Lo oí después, por la radio.

Romeo se encogió de hombros y dejó de sonreír.

—A veces la vida nos juega malas pasadas —dijo—. Pero uno siempre tiene que seguir. ¿Sentías algo sincero hacia ese Perú?

—No era una persona agradable, la verdad. No resulta fácil decir lo que había entre nosotros. Lo cierto es que no me molestó especialmente que le mataran, si es a eso a lo que te refieres.

—Y si me mataran a mí, Perdita, ¿lo sentirías mucho?

Perdita estudió la cara de Romeo durante un momento, luego apartó la vista. Pensó en Tony, el marido de Juana, y en cómo una vez había tratado de obligarla a que le chupase la polla mientras Juana se estaba duchando. Perdita le habría mordido con todas sus fuerzas si Tony hubiera sido capaz de abrirle la boca, pero no pudo. Se

lo contó a Juana en cuanto ésta salió del cuarto de baño, y Juana agarró un cuchillo de la cocina y se lo clavó a Tony en el muslo izquierdo. Perdita todavía recordaba la cara de Tony retorciéndose de dolor, y cómo salió vacilante por la puerta principal hasta su Eldorado y se dirigió al hospital con el negro mango del cuchillo en la pierna. Ella y Juana se rieron un montón, entonces y siempre que lo recordaban. La idea de Tony dando saltitos hacia el coche todavía la hacía reír. Juana y Tony estaban muertos, así que ella era la única que podía recordar lo que había pasado y reírse de ello.

—¿No es hora de que nos vayamos? —dijo.

BON VOYAGE

Pete Armendariz adoraba las pastillas. No le importaba qué tipo de droga, medicamento o vitamina ingería, se limitaba a disfrutar del acto en sí mismo, notando la pastilla, grande o pequeña, en la lengua, y luego la exquisita sensación del agua o whisky que hacía pasar aquellas cosas redondas u oblongas por su garganta. Esa noche Pete había tomado seis anfetaminas, una cantidad suficiente para mantener incluso a un hombre corpulento como él —metro noventa y dos, ciento veinte kilos— a toda máquina durante cuarenta y ocho horas, junto con su complemento habitual de todas las tardes de doce mil miligramos de vitamina C; dos docenas de Stresstabs con cinc, calcio y magnesio; veintidós complejos vitamínicos Super Hy-Vite de efecto retardado, con veintiocho nutrientes bañados en zumo concentrado de alfalfa natural; y dieciséis Giant E-ze con extracto de ostras de tres ríos para mantener su libido en forma. Pete se enorgullecía de su enorme capacidad para follar, pelear y comer. Atribuía a las vitaminas el mantenerse en forma y con un aspecto más joven que los veintinueve años que en realidad tenía.

Al volante del camión, según se acercaba a Junction, Pete se iba poniendo más y más excitado ante la idea de una noche de diversión con sus primos, Eddie y Lou. No había sido precisamente ayer la última vez que los tres se lo habían pasado muy bien juntos. Pete estaba encantado de su corpulencia, sus músculos, sus irresistibles apetitos. Había sido un maestro del placaje cuando jugaba en la Universidad Baylor en Waco, pero le echaron del equipo por pegar al ayudante del entrenador, que sugirió con demasiada insistencia que Pete debía dejar de llamar «Labios de Coño» a uno de los defensas. Pete odiaba a los defensas, considerando que se llevaban toda la gloria mientras que los delanteros, como él, hacían el trabajo de verdad. Jugó parte de otro año con los Red Raiders del Texas Tech en Lubbock, pero le expulsaron por atacar sexualmente a una estudiante de enfermería que trataba de impedir que Pete robara un vial de Darvocet en el centro médico de la universidad. Después de dejar los estudios, Pete fue a Nueva Orleans, donde trabajó de camarero en tres o cuatro bares hasta que entró al servicio de la familia Santos.

Pete detuvo el camión en el lado noroeste de la carretera, paró el motor y saltó de la cabina. Dede Peralta venía justo detrás en el Lincoln Town Car. Pete se dirigió hacia él y Dede bajó la ventanilla.

—Hemos llegado algo pronto —dijo—. Le has metido caña de verdad al camión.

Pete sonrió, haciendo que su bigote de *bandido* se curvara un poco por los extremos.

—Tengo que encontrarme con unas personas —dijo—. Me preguntaba si podrías llevarme a Susie, que está a unos tres cuartos de hora de aquí. Ya volveré a Nueva Orleans por mis propios medios.

Dede asintió con la cabeza.

—No veo por qué no.

Romeo y Perdita, acompañados de Duane y Estrellita, que iban en el asiento de atrás, llegaron en el Cherokee y se detuvieron detrás del Lincoln. Romeo se apeó y se dirigió a Pete.

—Soy Romeo Dolorosa.

—Llegas a la hora justa, Dolorosa —dijo Pete—. Mr. Santos sabrá apreciarlo. Mr. Peralta, que está ahí en el coche, tiene tus instrucciones.

Dede le tendió un sobre de veintidós por treinta de papel marrón.

—Las indicaciones para llegar al punto de entrega de Los Ángeles son muy claras —dijo—. Si durante el viaje encuentra alguna dificultad, o una vez que haya llegado a Los Ángeles tiene problemas que no pueda resolver usted solo, hay un número al que puede llamar. Mr. San Pedro Sula le estará esperando cuando llegue a su destino, como sabe. Mr. Santos dice que tiene mucha confianza en usted, Mr. Dolorosa. Estoy seguro de que no le defraudará.

Romeo vio a Rip Ford y a Federal Ray Phillips que surgían de la oscuridad, con el arma en la mano, justo antes de que el sheriff gritara:

—¡Manos arriba, *amigos*! ¡Y mantenedlas lo más alto posible!

Pete se dejó caer hacia la izquierda y rodó detrás del camión antes de que Rip o Fed pudieran hacer ningún disparo. Romeo se echó al suelo y Dede se sacó del cinturón una Heckler & Kock semiautomática de nueve milímetros cargada con municiones israelíes, se volvió hacia los policías y recibió un balazo entre los ojos. El dedo índice de su mano derecha se crispó sobre el gatillo y disparó siete balas, que atravesaron el techo del Lincoln después de que ya estuviera muerto.

Pete reptó por debajo del camión, sacó su Browning automática del 45 y disparó. Romeo oyó que uno de los policías soltaba un grito, al que siguieron varios disparos más, y luego nada. Continuó cuerpo a tierra detrás del Lincoln a la espera de oír una voz, cualquier ruido. Desde donde se encontraba, Romeo no podía ver el interior del Cherokee. Varió de posición y miró por debajo del camión, pero no vio a Pete. Romeo esperó medio minuto antes de reptar por la parte de atrás del Lincoln. Levantó la vista hacia el parabrisas del Cherokee, pero no había ninguna cara visible. Supuso que Perdita y los otros dos estaban en el suelo y mantenían la boca cerrada.

Atisbo por un lado del coche y vio que los dos policías yacían perfectamente inmóviles en el suelo. Romeo avanzó a gatas hasta Rip y Fed, para asegurarse de que estaban muertos, y luego miró hacia la parte lateral del camión buscando a Pete. Estaba tendido de espaldas, con la cabeza en dirección a Romeo, y la 45 todavía en su mano derecha. Romeo se levantó y se dirigió hacia él. En el pecho de Pete había un agujero del tamaño de un dólar de plata. Estaba muerto también. Romeo cogió la pistola de la mano de Pete, luego volvió a donde se encontraban los policías y les quitó las armas y las cartucheras con municiones. Llevó las pistolas y las cartucheras al Cherokee y llamó con los nudillos en la ventanilla del pasajero. Perdita levantó la cabeza del asiento.

—Toma todo esto y guárdalo en la caja de atrás —dijo Romeo—. Todos los

demás están muertos. Duane, tú vendrás conmigo en el camión. Será mejor que nos demos prisa. Tenemos mucho camino por delante y no sabemos qué otras sorpresas nos tienen reservadas los dioses.

Perdita encendió un Marlboro. Estrellita, acurrucada en el asiento de atrás, temblaba y sollozaba.

—Escúchame bien, Romeo —dijo Perdita—, si esta puta tuya no se tranquiliza, nunca llegará a California.

GULES

Estrellita miraba fumar a Perdita. Ésta mantenía las dos manos en el volante del Cherokee y controlaba el cigarrillo con labios y dientes. Daba caladas al Marlboro mientras lo tenía entre los labios, y lo sujetaba con los dientes cuando expulsaba el humo. El largo pelo negro de Perdita caía suelto sobre los hombros de su camiseta magenta. Vestía pantalones negros de algodón y huaraches. Ocultos por el pelo, en las orejas llevaba dos grandes aros de plata, cada uno con una fina cinta roja atada. Romeo le había contado que un trozo de tela marrón o roja sujeta al cuerpo neutralizaba el poder de los enemigos, dejándolos sin fuerza, como una toma de tierra para la electricidad.

—¿Cuánto hace que fumas? —preguntó Estrellita.

Perdita no contestó. En realidad no le desagradaba Estrellita, más bien le traía sin cuidado.

—Yo sólo probé un par de veces —siguió Estrellita—. La primera fue el verano antes de empezar la secundaria. Estaba con Thelma Acker en su casa, y sus padres habían salido. Su madre tenía un paquete de Pall Mall empezado en un cajón de la cocina, de modo que fumamos uno.

Bueno, sólo la mitad de uno, en realidad. Di unas tres caladas y tosí como una loca todas las veces. Luego, hará como un mes, en una fiesta con unos compañeros de curso, probé un Sherman. ¿Los has probado tú? Son negros. Tenía un sabor dulzón. Tampoco me gustó, aunque no tosí tanto como la vez del Pall Mall.

Perdita dio una calada final a su Marlboro y lo apagó en el cenicero.

—Ya sé que sólo hablo por no estar callada, y que me odias —dijo Estrellita—, pero estoy tan asustada que la verdad es que no sé qué hacer. Siempre hablo sin parar cuando estoy nerviosa. ¿Hablas tú también sin parar cuando estás nerviosa? ¿Te pones nerviosa alguna vez? ¿Piensas dirigirme la palabra alguna vez?

Perdita lanzó una rápida mirada a Estrellita; luego volvió a clavar la vista en la carretera.

—Al final, también nos mataréis a nosotros —dijo Estrellita—. ¿No es así? Duane no es demasiado listo, la verdad. Espero que te hayas dado cuenta. Quiero decir, se las apaña para ponerse una pernera del pantalón después de la otra, pero no puede entender a la gente como vosotros.

Perdita sonrió levemente.

—¿Y tú? —preguntó.

—Yo creo que tú y Romeo sois unas personas completamente perturbadas, sin ninguna moral. Sois las criaturas más perversas que existen en el planeta. Sé que me vais a matar, por eso lo digo. Mi única esperanza es la vida venidera, que es lo que mi tía Crystal Rae Satisfy siempre dice. Ahora sé que ella tenía razón todo este tiempo, que eso es la única verdad. Hay demasiado horror en esta tierra, pues alberga a gules sin alma.

—¿Qué es un gul? —dijo Perdita.

—Lo que sois tú y Romeo. Personas dañinas. Alguien capaz de violar a un cadáver. Espíritus necrófagos.

Estrellita se mordió el labio inferior, pero no lloraba.

—¿Y quién te ha metido en la cabeza que tú eres una perfecta hija de Dios? —dijo Perdita—. ¿Es que Romeo te llama santa Estrellita cuando se la chupas? A él siempre le atraen los aspectos religiosos de las cosas. Voy a decirte una cosa, Miss Satisfy, cariño: tienes razón. Si fuera por mí, ya estarías enterrada en ese desierto con los demás. Lo que te mantiene con vida es tu jodido coño rubio, así que más vale que hagas buen uso de él. Las tías como tú tienen una especie de enfermedad, y el único modo de curarla es matándoos. Siempre hablando del amor y de lo que está bien, y todas esas paridas, cuando eres igual que yo, una mierda pinchada en un palo.

—¿De veras piensas eso? ¿Que somos iguales?

—No tengo pruebas que me hagan dudar.

—Bien, pues estás completamente equivocada. Y no me importa decírtelo. Puede que Dios cree a todas las personas iguales, pero después les toca a cada una de ellas portarse bien o mal.

Perdita se rió. Cogió otro Marlboro del paquete del salpicadero, se lo puso entre los labios y hundió el encendedor. Mantenía los ojos fijos en las oscilantes luces rojas de la parte trasera del camión.

—Una persona nunca sabe cómo es hasta que otra que la conoce mejor se lo dice —dijo Perdita—. Y una persona que no quiera escuchar, nunca llegará a saberlo. Romeo es muy bueno en lo de saber cómo es la gente.

El encendedor salió y Perdita lo cogió y encendió su cigarrillo.

—Es una especie de impostor, claro —siguió—, pero tiene un modo ilimitado de ver las cosas. Tiene el poder de hacer que la gente le crea.

—Es una persona horrible —dijo Estrellita—. Los dos sois tan horribles que apuesto a que ni siquiera Dios es capaz de creer que lo seáis tanto.

Perdita se rió y soltó el humo.

—Dios no se lo toma todo tan en serio, *gringa*. No tardarás en ver lo mucho que se preocupa por ti.

VIDAS DE SANTOS

Romeo puso la radio. Ernest Tubb estaba cantando *When a Soldier Knocks and Finds Nobody Home*.

—Esta canción es una de las favoritas de mi padre —dijo Duane—. Es triste de verdad. Solía cantárnosla cuando mi hermano Herschel Roy y yo éramos pequeños. Ésta y canciones de Jimmie Rodgers como *Why Should I Be lonely* y *Somewhere Down Below the Dixon Line*.

Romeo mantenía el camión a una velocidad razonable camino del oeste.

—Una que siempre me ha gustado es *My Darlin' Clementine* —dijo Romeo—. También vi la película^[2], donde el sheriff, Wyatt Earp, dice: «Desde luego, en esta ciudad es difícil jugar una partida de póquer tranquilo», después de que Doc Holliday eche a un tramposo del saloon de Tombstone. La mejor frase, sin embargo, es la de Walter Brennan, que interpreta a Pa Clanton, el padre de los chicos más malos del territorio. Después de que Earp les dé una paliza a los Clanton que están humillando a un actor ambulante, aparece Brennan y les pega unos latigazos y luego dice: «Cuando uno *saca* la pistola, es para matar a alguien.» Es genial, Duane.

»Y después, cuando san Henry Fonda, que es Wyatt Earp, sale del hotel bajo la intensa lluvia, a las tres de la mañana, la noche en que matan a su hermano menor, camina solo por los tablones que cubren la calle alejándose de la cámara, y todo son franjas grises y negras, como la vida misma.

Duane se mantenía en silencio, mirando las sombras que pasaban mientras el camión refrigerado, que llevaba casi una tonelada de detritus femeninos, dejaba atrás el este de Texas.

—Tío, me acuerdo de cuando estaba en Tampa, Florida —dijo Romeo—. Tenía diecisiete años, vivía en casa de mi abuela, y vi la película *Veracruz* en la televisión. Me cambió la vida la pinta de san Burt Lancaster y el modo en que hablaba. Por lo menos tenía 108 dientes, enormes y resplandecientes, y vestía polvorientas ropas negras y un sombrero negro también, una muñequera de cuero negro y una pistolera negra tachonada de plata, que contenía un revólver con cachas de nácar, sujeta al muslo derecho. ¿No viste esa película, Duane?

Duane negó con la cabeza y siguió mirando por la ventanilla. De noche el desierto parecía una alfombra de piel de tigre.

—San Burt es un forajido —continuó Romeo— que opera en el México de Maximiliano, y se une a san Gary Cooper, que interpreta a un ex coronel confederado de Louisiana que no tiene ganas de vivir bajo las leyes yanquis. La idea de san Coop es conseguir el dinero suficiente para reavivar la causa de los rebeldes. San Burt es el mejor pistolero vivo. Es capaz de disparar igual de bien con las dos manos, ¡y hasta de espaldas! Él y san Coop y su grupo se unen a Maximiliano en lugar de a Juárez porque el emperador paga mejor. Aceptan escoltar a una condesa francesa y su

diligencia hasta Veracruz. La cuestión, claro, es que en la diligencia va escondido un cargamento de oro, y todos lo quieren. Uno de los generales de Juárez, Ramírez, se lo monta muy bien cuando acorrala a san Burt y a sus hombres contra las paredes de la plaza de un pueblo. Burt vuelve su cabeza de león mientras aparecen docenas y docenas de los campesinos armados por Ramírez, y cuando nuestro santo ve que está atrapado, muestra su magnífica dentadura y el mundo se detiene, cegado por su brillo. La escena parece un cuadro de Velázquez.

»San Burt se llama Joe Erin; san Coop es Ben Train. Joe es astuto, tosco, presumido, y fue educado por Ace Hannah, el hombre que liquidó a tiros al padre de Joe. Y éste insiste en contarle a Ben cómo y cuándo le devolvió el favor a Ace. Ben Train es elegante, mayor que él, más amable. Es simplemente maravilloso cuando Joe dice de Ben: «No me fío de él. Le gusta la gente; uno nunca puede contar con un hombre así.» Joe se vierte el vino por encima cuando lo bebe en vaso. Ben habla francés y atrae a la condesa, para disgusto de Joe. Los dos juntos resultaban geniales.

»Joe Erin es el tipo de hombre que yo quisiera ser: violento, valiente y peligroso, combinado con la elegancia de Ben Train. El gran Burt se acerca a ello al final de Veracruz, cuando él y san Coop tienen su enfrentamiento definitivo. San Burt hace girar su revólver por última vez para metérselo en la pistolera, antes de caer al suelo con una sonrisa más deslumbrante que nunca, abatido como a regañadientes por la bala de Ben Train, mejor tirador que él. Es un final dramático, Duane, el final más perfecto para un hombre. Es la vía de la santidad.

—Usted nos va a matar, Mr. Dolorosa —dijo Duane, volviéndose hacia Romeo—, seguramente en cuanto lleguemos a la costa. ¿No es así?

Romeo silbó lentamente, rechinó los dientes y sonrió.

—Todavía no hemos llegado a esa parte —dijo—. Esto no es como una película, no hay guión. Es mejor ver cómo vienen dadas las cosas, *amigo*, ¿no te parece?

—Lo preferiría.

—Me lo imaginaba.

COMUNIÓN

—Cuando yo tenía doce años —dijo Estrellita—, una tarde de verano mi madre y yo y mi amiga Daisy Samples y su prima Cutie Lewis estábamos sentadas en el porche, charlando, cuando he aquí que llega el pastor y su mujer, y sus dos o tres hijos, y un par de parientes pobres, para enterarse de por qué nuestra familia no había ido últimamente a la iglesia.

»“Buenas tardes, Mrs. Satisfy”, dijo el pastor. “Buenas tardes, Estelle. Buenas tardes a todos”. Somos baptistas, más o menos. Lo que quiero decir es que ninguno somos de ir mucho a la iglesia. Cuando yo era más pequeña íbamos más, puede que dos o tres veces al mes. Pero en la época de la que hablo, me parece que no íbamos casi nunca.

»Total, que el pastor se puso a hablar de la humedad que hacía, y de cómo eso atraía a los mosquitos, y cosas así, y los idiotas de sus hijos se arañaban y se daban patadas, peleándose sin parar, y su madre les mandaba callar, y los dos parientes empezaron a alejarse en direcciones distintas. Conque el pastor le pregunta a mamá por qué no habíamos ido últimamente a la iglesia, y ella le cuenta que hemos tenido problemas con Ernest Tubbs, pero que a lo mejor iríamos el domingo siguiente.

»Luego el pastor le pregunta a Daisy Samples si también a ella le apetecería ir el domingo con nosotros, y Daisy va y dice: “Yo no puedo ir, soy católica”. Bueno, aquello dejó tieso al pastor, porque supongo que sabrá que en el sur los baptistas detestan a los católicos. Siguió sonriendo, sin embargo, y se volvió hacia la prima de Daisy, Cutie, pero antes de que pudiera preguntarle nada, mi madre, Glory Ann, dice: “No creo que usted la acepte tampoco, pues Cutie es medio católica y medio judía”.

»¡Bueno! En cuanto oyó la palabra *judía*, el pastor quedó como de piedra, y empezó a dirigir a los suyos hacia el coche, alzándose el sombrero flexible gris, ajado y con una cinta de cuero sudada, y nos dijo a mamá y a mí que nos vería en la iglesia. No recuerdo si aquella semana fuimos o no.

Perdita mantenía los ojos fijos en la carretera.

—Nosotros éramos católicos —dijo.

—¿Ibais mucho a la iglesia?

—Cuando era pequeña sí. Pero no me gustaba demasiado, por lo menos no tanto como a mi hermana Juana. Fue muy creyente durante un tiempo, hasta que un vecino nuestro, Cruz Fierro, le contó que las monjas se comían a sus propios bebés.

Estrellita miró a Perdita, luego contempló el paisaje por la ventanilla de su lado. Dientes de tiburón azul mordían el negro telón de la noche.

—¿Qué quieres decir con eso de que se comían a sus bebés?

—Era para que no hubiese pruebas, para que no los pudiera encontrar nadie. Era mejor que enterrar los cuerpos, pues así no los podrían encontrar. Cruz era chaperero, hacía la calle en Houston, y yonqui, pero no decía mentiras. Le mató la droga. Un día lo hizo con un cura que le dijo que si una monja tenía un niño debía comérselo, como

castigo. Eso hizo que Juana dejase de querer ser esposa de Cristo. En vez de eso, se casó con el mamón de Tony. —Perdita se rió—. Hubiera hecho mejor en no cambiar de idea —añadió—, aunque hubiera tenido que comerse a su propio hijo. Puede que así todavía estuviera viva.

EL MUNDO Y TODO LO QUE HAY EN ÉL

Woody Dumas, agente especial encargado de la oficina regional de Dallas de la Brigada Especial contra Estupefacientes de Estados Unidos, se repantigó en el sillón y puso los pies sobre la mesa de su despacho. Abrió un paquete tamaño gigante de cacahuets salados y se puso a cascarlos y comérselos mientras hablaba.

—Le estoy oyendo, Doyle, alto y claro —dijo Woody por el teléfono que tenía sujeto entre la mejilla y el hombro—, no necesita gritar. No hace falta ser un genio para suponer que Santos está metido en esto hasta el cuello. ¿Acaso es la primera vez que ustedes, los genios del FBI, oyen hablar de él? Vale, vale, Mr. Cathcart. En cuanto sepa algo de esos pájaros le pondré al corriente. Me inclino a creer que tienen una *maquila* en las cercanías de El Paso, pero tal vez estén llevando la mercancía a la Costa Oeste. Tengo a mis mejores hombres en danza, de modo que no hay que preocuparse. Sin duda, Doyle, amigo mío, cuente con ello. Hasta entonces, *adiós*, ¿de acuerdo?

Woody colgó, cascó otro cacahuete y se lo metió en la boca. Había cumplido cincuenta el día anterior, pero parecía diez años más joven. Todavía tenía un espeso cabello castaño claro, y una cara casi sin arrugas. Woody Dumas no se había casado, y nunca tuvo tentación de hacerlo. Desplazaba su metro ochenta y cinco y sus ochenta y tres kilos con facilidad, tomaba una pastilla de un complejo vitamínico todos los días con el zumo de naranja, no probaba las cosas dulces ni el café, iba a sudar tres veces por semana a un gimnasio, donde hacía pesas y pedaleaba enérgicamente, y dormía al menos seis horas cada noche. Su lectura favorita era la sección de deportes del periódico. Woody no creía necesario cultivar la mente con un montón de informaciones innecesarias. Consideraba que la vida ya era lo bastante liada, sin necesidad de añadirle ideas complicadas.

Woody sabía que Ojos de Loco Santos estaba detrás del asunto de los cosméticos, porque virtualmente siempre estaba detrás de todos los asuntos ilegales del sur y el sudoeste. Los mexicanos le confiaban la mayor parte de la cocaína y la marihuana que pasaba clandestinamente la frontera, y Doyle Cathcart, el agente especial encargado de la oficina del FBI de Houston, estaba seguro de que Santos utilizaba su red de distribución de droga a fin de transportar diversas materias primas experimentales para la industria cosmética. Además, en la frontera pasaban otras cosas desagradables, de las que Woody había oído hablar, todo tipo de tejemanejes supuestamente religiosos, incluyendo sacrificios animales y hasta humanos.

Exactamente a las cuatro y media de la tarde, Woody Dumas hizo girar su sillón y puso sus botas blancas Tony Lama en el suelo; dejó el paquete de cacahuets en la mesa y se levantó. Se cepilló la ropa, cogió su Stetson blanco del perchero y se lo encasquetó con firmeza en la cabeza. El mundo estaba más enfermo hoy día, creía Woody, que en cualquier otro momento de su historia. Al salir del edificio federal, pensó en un incidente sobre el que había leído en el *Morning News*, algo que había

sucedido en San Francisco poco después del reciente terremoto. Un tipo llamado DeSota Barker se había puesto a dirigir el tráfico en un cruce conflictivo después de que una avería general del servicio eléctrico hubiera dejado a la ciudad sin semáforos, y un conductor impaciente, sin duda un chiflado, había disparado contra él, matándole. Barker fue incluido posteriormente entre las víctimas del terremoto.

Cuantas más cosas hay por explicar, pensó Woody, más son las que se explican equivocadamente.

Se sentó al volante de su Malibu Classic marrón del 78 y lo puso en marcha. Woody esperó un momento a que se calentase el motor, mientras pensaba en Salty Dog, el airedale que había tenido de niño. Cuando Woody tenía catorce años y el perro cuatro, Salty había mordido a dos señoras —una estaba regando su jardín y la otra subía los escalones de su casa—, y en la misma semana. Anteriormente nunca había mordido a nadie, pero las autoridades del condado se lo llevaron y lo liquidaron. Woody no entendía por qué actualmente pensaba en Salty Dog casi todos los días. Ya hacía treinta y seis años que lo habían gaseado, se dijo Woody, y el mundo nunca había ido bien desde entonces.

EL GRAN DÍA

—¿No me dijiste que habías vivido por aquí? —le preguntó Romeo a Perdita.

Estaban parados en una estación de servicio de Rim City, llenando el depósito. Todavía no eran las seis de la mañana. Perdita miró a su alrededor. Soplaban un viento intenso cargado de arena, que le azotó la cara. Se puso las gafas de sol.

—No muy lejos —dijo.

Sacó un Marlboro del paquete que llevaba metido en la cintura de sus Wrangler y se lo puso entre los dientes, pero no lo encendió. Se dirigió hacia donde dormitaban una docena de camiones Mack y Peterbilt con el sudor nocturno brillando en sus costados metálicos. Dio una patada para quitar un pegote de barro rojo de uno de los gigantes neumáticos.

—¿Qué tal?

Perdita se volvió. Era Duane. Ella todavía tenía el cigarrillo sin encender en la boca, de modo que Duane se sacó una carterita de cerillas del bolsillo y le dio fuego. Observó que el viento agitaba hacia atrás el negro cabello de Perdita, como la cola de un pura sangre en la recta final de Ruidoso Downs, dejando al descubierto sus pómulos de chiricahua. El débil sol destacaba unas mechas rojizas.

—¿Vamos a hacer todo el camino de un tirón o qué? —preguntó Duane.

—Romeo probablemente querrá dormir de día y conducir de noche. ¿Te figuras que tú y la pequeña Miss Veneno podréis libraros de nosotros?

Duane rió sin ganas.

—No lo creo —dijo.

Perdita se apoyó en el neumático al que le había pegado una patada.

—¿Nunca se te ha ocurrido que hay alguien que nos vigila todo el tiempo? —preguntó.

—¿Quién? —dijo él.

Perdita dio una profunda calada a su cigarrillo, luego lo tiró.

—Me refiero a una especie de inteligencia superior. Alguien invisible, como un espíritu. Alguien que sabe todo lo que pasa.

—Imagino que es posible. Pero suena como si estuvieras hablando de Dios.

Perdita negó con la cabeza.

—No, no es ningún dios.

—Entonces, ¿por qué no podemos verlo?

—Aparecerá en el momento que considere oportuno. Cuando llegue el gran día, que no tardará.

—¿Y qué ocurrirá ese gran día?

—Una lluvia de serpientes y arañas caerá sobre la gente.

—Me contaron que después del huracán de Carolina del Sur del mes pasado, había serpientes por todas partes. De cascabel, víboras, de todas clases, que el viento había hecho salir de los pantanos.

—Esto sería peor. Sabe lo que hacemos, todos. No hay nadie que sea inocente. Ni tú, ni yo, ni Estrellita.

—Ni Romeo.

Perdita asintió.

—El cielo le caerá sobre la cabeza, también. Puede que incluso especialmente a él.

El sol se alzó y cortó en dos el fresco de la mañana.

—¡Eh, tortolitos! —gritó Romeo desde el surtidor de gasolina—. Vamos a entrar en la cafetería a desayunar.

Los cuatro se sentaron a una mesa. Bill Monroe estaba cantando *A Fallen Star* en el jukebox. Después de que pidieran, Romeo se dirigió a la caja, compró el *San Antonio Light*, volvió y se sentó nuevamente.

—Aquí hay algo bueno —anunció—. Es sobre un tipo llamado Bubba Ray Billy. Un preso de Angola, Louisiana, al que frieron ayer. Al parecer, el tal Billy tenía veintiséis años y había violado y asesinado de diecisiete puñaladas a una chica de dieciocho que se llamaba Lucy Fay Feydaux. Pone que Bubba Ray había recogido a Lucy Fay cuando ésta hacía autostop, en su Oldsmobile Holiday azul y blanco del 54, en una carretera rural, a las afueras de Opelousas, una noche de hace cuatro años. «Debió de obligarla a subir al coche contra su voluntad», dijo Irma, la madre de la chica. Mr. Archie Bob Feydaux, el padre de Lucy Fay, asistió a la ejecución y dijo a los periodistas que él y su mujer estaban de acuerdo con la pena de muerte y llevaban cuatro años esperando a que mataran a Billy.

La comida había empezado a llegar mientras Romeo leía, y tomó de un trago su zumo de naranja y media taza de café antes de continuar comentando y citando lo que venía en el periódico. Perdita no se había quitado las gafas de sol y comía sin dejar de fumar. Duane y Estrellita mantenían la cabeza baja mientras tomaban sus huevos, tostadas, salchichas y cereal.

—Total, que los buenos chicos de Angola sujetaron a Bubba Ray Billy a la Terrible Gertie —siguió Romeo—, la gran silla eléctrica de roble, y pusieron fin a la espera de Archie Bob e Irma Feydaux. Billy era un tipo pirado de verdad, según dicen. Hizo que le tatuaran a la Parca en el pecho mientras estaba en el pabellón de los condenados a muerte, y confesó al menos otros dos crímenes, aparte del secuestro e intento de asesinato de un adolescente de Poplarville, Louisiana, y la violación de la novia del chico.

»“Yo no me echo atrás ante nada”, dijo Billy. “La gente dice que soy una bestia, pero no me lo dirían cara a cara. Yo no me considero una bestia”, declaró a los periodistas, “sino una persona fría”. El tipo era un caso típico, ¿no te parece, Perdita? Escucha esto: su padre, Guinn “Boss” Billy, pasó veintiocho de sus cincuenta y cinco años en la cárcel por cuatrero, con los agravantes de agresión y homicidio involuntario. Cuando la prensa quiso conocer su reacción ante la inminente ejecución de Bubba Ray, Boss Billy se limitó a decir que no le quitaría el sueño y que su hijo

merecía la muerte.

Romeo emitió un prolongado silbido entre dientes.

—Tíos, el padre del chico es un caso todavía peor. Esto último es lo más fuerte. Al parecer Bubba Ray no habló demasiado durante el gran día. Cenó ostras fritas y gambas, aunque, según dijo, no tenía demasiadas ganas de comer. Cuando un periodista le comentó que, a pesar de eso, había dejado limpio el plato, Billy sonrió un poco y dijo: «Imagino que algunas viejas costumbres son difíciles de romper.»

Romeo dejó el periódico a un lado, cogió una nuez de mantequilla con el cuchillo y la dejó caer en su tazón de cereal, echó medio vaso de leche encima e hizo una seña a la camarera, una mexicana mayor y coja con un ojo medio cerrado.

—Señora —dijo cuando la mujer se acercó renqueando—, le agradecería mucho que pudiera traerme un poco de melaza para endulzar este cereal. Los copos de avena no tienen el mismo sabor sin melaza.

UNA VISITA A SPARKY & BUDDY'S

—¿Qué va a ser? ¿Lo de siempre, Mr. Dumas?

—Con un poco más de helado, Sherry Louise, si no te importa. Hace calor.

Woody se aflojó la corbata y arqueó la espalda. No le gustaba sentarse en los taburetes, pero esa tarde, por alguna razón, se sentía inusualmente cansado. Normalmente se quedaba de pie junto a la barra. Era una tarde tranquila en Sparky & Buddy's; en el local sólo había otros dos clientes.

—Aquí lo tiene, Mr. Dumas, zumo de arándanos y soda con una rodaja de naranja, dos cerezas al marrasquino y doble ración de helado, un vaso largo.

—Sherry Louise, me cuidas muy bien y quiero que sepas que lo aprecio.

Woody deslizó un billete de cinco dólares hacia ella por encima de la negra caoba de la barra.

—Es para ti —dijo.

—Gracias, Mr. Dumas. Siempre es un placer atenderle.

Woody contempló a Sherry Louise, que se alejaba hacia el otro extremo de la barra. Ondulaba como una jirafa. Debía de medir algo más de metro ochenta, pensó Woody, con sus zapatillas deportivas New Balance verdes y blancas que siempre llevaba puestas en el trabajo. Llevaba los brillantes cabellos rojos recogidos en lo alto de la cabeza, lo que le añadía ocho o diez centímetros de estatura. Alta y *mucho* delgada, demasiado delgada para su gusto, decidió Woody, Sherry Louise parecía un trozo de tubería plantada verticalmente con un nido de pájaro en la parte de arriba. Era muy amable, pensó, y Sparky decía que era la camarera más seria y honrada que había tenido jamás. Su marido, Eddie Dean Zernial, ex piloto de coches de carreras preparados, era instalador de moquetas. Sherry Louise siempre contaba lo destrozadas que tenía la espalda y las rodillas Eddie Dean, debido a los golpes y al roce con las moquetas, pero una noche le contó a Woody que eso no interfería en su vida sexual, puesto que ella prefería subirse encima de él a estar debajo. A Woody le costaba imaginar cómo sería hacer el amor con Sherry Louise. Tal vez era mejor así, pensó; una cosa menos en la que pensar.

Un hombre bajo y fornido de unos cuarenta años entró y se sentó dos taburetes más allá, a la izquierda de Woody. Sudaba copiosamente y utilizó una servilleta de papel de la barra para secarse el sudor de la cabeza, casi calva. Sherry Louise sonrió a Woody cuando pasó por delante de él.

—¿Qué le sirvo, guapo? —le preguntó al hombre.

El tipo alzó la mano y extendió tres dedos horizontalmente.

—Un Wild Turkey —dijo—, solo. Y un vaso de agua aparte, con mucho hielo.

—Parece que esta tarde todos los caballeros necesitan refrescarse —dijo Sherry Louise—. No me parece, con todo, que haga tanto calor.

Sirvió el whisky en un vaso bajo, llenó otro de hielo y agua del grifo, y puso los dos delante del cliente. El hombre dejó algo de dinero en la barra, Sherry Louise lo

cogió, se dirigió a la caja registradora, y volvió con el cambio.

—Llámeme si necesita algo más —le dijo, y volvió a sonreír a Woody—. ¿Todo bien, Mr. Dumas?

Woody le devolvió la sonrisa.

—Perfectamente, Sherry Louise.

—Esos hijos de puta nunca la van a encontrar —dijo el hombre bajo y calvo.

Woody se volvió hacia él.

—¿Cómo dice?

—Una vez al otro lado de la frontera, no se pueden esperar favores, es lo que siempre digo.

—Soy Woody Dumas —dijo Woody, tendiéndole la mano derecha al hombre.

—Ernest Tubb Satisfy —dijo éste, dándole un húmedo apretón. Después cogió el vaso y sorbió ruidosamente.

—¿A qué frontera se refiere? —preguntó Woody.

—A la de México, claro. Cuando los chinitos hacen Rolex falsos, elementos para ordenador, mierdas así, el gobierno se les echa encima como si estuvieran poseídos. Pero a una pobre chica de Texas la secuestran en plena calle, y no saben si deben mover el culo hacia el norte o hacia el sur. Ayer, en la Blaupunkt de mi Mark IV, oí que unos policías habían detenido a una red de Hong Kong que fabricaba salsa de soja falsa. Cogieron más de cien mil botellas de soja falsa, además de a los culpables. Sólo cuenta la economía, es lo que siempre digo.

Ernest Tubb terminó el resto de sus tres dedos de whisky, tomó un largo trago de agua y masticó un cubito de hielo.

—Voy a perseguirles yo mismo —dijo—. Glory Ann cree que me matarán, pero un hombre tiene que hacer lo que en el fondo de su corazón cree que debe hacer, es lo que siempre digo. Conque voy en busca de Estelle. Es mi hija.

Ernest Tubb se levantó del taburete.

—Encantado de haber hablado con usted —le dijo a Woody, y salió.

Sherry Louise se acercó.

—¿Por qué estaba tan enfadado? —preguntó.

—El tipo tiene que llevar a cabo una especie de misión —dijo Woody—. No cabe la menor duda.

—En este mundo solitario no quedan muchas cosas sobre las que no quepa la menor duda —dijo Sherry Louise.

Woody se rió.

—Me imagino que ser consciente de eso no debe de consolar demasiado.

Sherry Louise recogió los vasos de Ernest Tubb Satisfy y pasó una bayeta por la barra.

—A veces se diría que no vale la pena ser un poco inteligente, Mr. Dumas. ¿Entiende lo que quiero decir?

CRÍTICOS

—He pensado que sería una buena idea que fuéramos al cine —dijo Romeo—. Nos podría distraer a todos un poco.

Romeo, Perdita, Duane y Estrellita estaban en una habitación del Orbit Motel de Buck's Bend, Nuevo México, a medio camino entre El Paso y Las Cruces. Eran las cuatro de la tarde; habían dormido ocho horas.

—Podremos volver a coger la carretera en cuanto termine, cuando se haga de noche. Al entrar en la ciudad me fijé en que había uno de esos multicines en el centro comercial. ¿Qué tipo de películas te gustan, Estrellita, cariño?

Estrellita estornudó y tosió.

—¿Te has resfriado? —preguntó Romeo.

—Me encuentro bien —dijo Estrellita—. Me da lo mismo la película que veamos.

—¿Y a ti, Duane?

—También me da igual.

—Oídmelos todos, ¡haced el favor de animaros! —dijo Romeo—. Después de todo os invito yo.

Perdita no hizo ningún comentario.

Romeo llevó a todo el mundo hasta el Cherokee, dejando el camión aparcado bajo el rótulo de Orbit, un planeta de neón naranja con una nave espacial púrpura, unida por un lado por medio de una varilla de metal. Varias estrellas amarillas y blancas parpadeaban alrededor del planeta, y unas cuantas que no funcionaban, emitían un zumbido.

Una vez en el cine, Romeo dijo:

—Esta que se titula *Shocker* parece divertida. Según ese cartel, es sobre un tipo que cometía asesinatos múltiples y es condenado a la silla eléctrica, sólo que, en vez de matarle, la descarga le proporciona energía y le vuelve más loco y más fuerte. Vamos a verla.

Romeo sacó las entradas y se metieron en la sala. La película resultó aún más extraña de lo que prometían los anuncios. Un asesino demente y sádico, que reparaba televisores y otros aparatos electrónicos, es condenado a muerte, y lo último que pide en la cárcel es un televisor. Conecta las manos a los tubos del aparato mediante unos cables de empalme y recibe una transfusión de corriente eléctrica. Los guardias se precipitan al interior de la celda y le desconectan, y en la pelea que sigue el tipo arranca prácticamente de un mordisco el labio inferior de uno de ellos y le rompe los dedos a otro. Cuando por fin le ejecutan, la silla eléctrica y toda la cárcel sufren un cortocircuito, y el asesino electrocutado se escapa en forma de partículas fantasmales, y vuelve a sembrar el terror. La película pasa sin cesar del sueño a la realidad, y el monstruo consigue conectarse a un satélite y transmitir su imagen a los receptores de televisión de todo el país. Sobrevive en un paisaje de cables y redes hasta que el protagonista consigue programarle para que desaparezca, después de una persecución

por las ondas.

—Tíos, apuesto lo que sea a que ese tipo era de Louisiana —dijo Romeo cuando salieron del cine—. Bubba como sellame, al que frieron el otro día, habría pedido un televisor, en lugar de gambas y ostras, de haber visto antes esta película.

—Era bastante interesante —admitió Duane.

—Yo he disfrutado como un loco —dijo Romeo—. Demuestra que la pena de muerte en realidad no importa tanto, después de todo. ¿Que os ha parecido a vosotras, chicas?

—Muy desagradable —dijo Estrellita—. Este tipo de películas son para subnormales.

—¿Has oído eso, Duane? —dijo Romeo, riéndose—. Tu novia te está llamando subnormal.

—Por lo menos tiene compañía —dijo Perdita, encendiendo un Marlboro.

—Bien, Duane *amigo*, ya ves lo que pasa —dijo Romeo—. Todos se meten a críticos. No es extraño que el mundo esté tan liado. Nadie está de acuerdo en nada.

LA ELECCIÓN

Marcello Santos se sentía desdichado. Dede Peralta llevaba mucho tiempo asociado con él, era un amigo en un ambiente donde pocos hombres podían considerarse verdaderamente amigos. Dede había muerto, lo mismo que su brazo derecho Pete Armendariz, y Ojos de Loco estaba enfadado. Había convocado una reunión, que se iba a celebrar en la granja de su propiedad de tres mil hectáreas al oeste de Nueva Orleans. Situada en medio de un pantano, con sólo una carretera de acceso fuertemente vigilada, era el único sitio donde Santos se sentía a salvo por completo. Había llamado a este refugio «*Il Giardino d'Infanzia*», la Guardería. Era así como conocían el lugar Santos y los demás, incluidos los policías locales y federales. Un cartelito escrito a mano que colgaba a la entrada de la casa decía: «Tres pueden mantener un secreto si dos de ellos están muertos.»

Asistían a la reunión, convocada para las ocho de la tarde del martes: Santos; Alfonse «Johnny el Tigre» Ragusa, el jefe del crimen organizado de Houston y El Paso; Beniamino «Jimmie el Narices» Calabrese, un capo de la familia Gambino, de Nueva York; Nicky «Pies Grandes», DeAngelis, el rey de la droga de Alabama y el oeste de Florida; Reggie San Pedro Sula, que estaba de pie detrás de Marcello, y los guardaespaldas de cada uno de los demás: «Papaya Phil» Romo, con Regusa; Provino «El Puño» Momo, con Calabrese; y Vincent «Bulldog» Deserio, con DeAngelis.

El aire acondicionado libraba una batalla perdida de antemano contra los treinta y cinco grados de temperatura y el noventa y nueve por ciento de humedad que reinaban aquella noche en el sur de Louisiana. Santos se quitó la chaqueta y se secó la frente con un pañuelo negro de seda.

—Gracias, caballeros —dijo—, por venir a la Guardería. Todos conocéis la tragedia de Dede, que tanto me ha afectado. No consigo reponerme desde que recibí la noticia. El motivo por el que os he reunido a todos es porque tenemos un problema, un problema muy serio que necesitamos resolver, si es que vamos a proseguir lo que hasta ahora era una provechosa asociación en el negocio de los cosméticos.

»El problema es ese tal Dumas, el agente especial de la brigada contra estupefacientes de Dallas. Nuestro amigo de Dallas, Joseph Poca, al cual todos conocéis como «Joe el Lunares», se encuentra, desgraciadamente, en prisión en este momento. Sin embargo, estamos facultados, con el permiso que me ha concedido recientemente Joe el Lunares, para actuar por nuestra cuenta con respecto al agente Dumas. Espero vuestras sugerencias.

—Marcello —dijo Johnny el Tigre—, me gustaría encargarme de ese cabrón. Después de todo, está en Texas, mi estado. Puedo hacer que coloquen una bomba en su coche y le liquiden. Concédame ese privilegio.

—Es una idea —dijo Jimmie el Narices—. Pero tal vez sería mejor contar con alguien de fuera para que hiciese el trabajo. ¿Por que no dejamos que se ocupe de esto El Puño, que no es de Dallas? Liquidar a un agente federal es algo que no va a

olvidar el gobierno, pero en este caso no creo que sospechen de alguien de Nueva York.

—Nicky Pies Grandes —dijo Santos—, ¿cuál crees tú que es la mejor solución?

A sus setenta y nueve años, Nicky DeAngelis era el más viejo del grupo. Llevaba ocupándose de la zona del golfo de Florida cuarenta años, y Marcello respetaba sinceramente su opinión. Como Santos, Nicky Pies Grandes, que se había ganado ese apodo porque su paso había dejado una huella profunda y duradera a lo largo de toda su carrera, casi siempre llevaba gafas oscuras. Sin embargo, a diferencia de Santos, que las llevaba para ocultar sus extraños ojos, Nicky las usaba para poder descabezar un sueñecito de vez en cuando sin que nadie se diera cuenta. Su guardaespaldas, Bulldog Deserio, protegía con fiereza a su jefe, y escuchaba todo lo que se decía en su presencia por si Nicky necesitaba que le susurrara al oído cualquier información que se hubiera perdido. Fue lo que hizo ahora, por lo que pasaron unos momentos antes de que Nicky respondiera a la pregunta de Santos.

—Yo estoy con Jimmie el Narices —dijo Pies Grandes—. Comprenderéis por qué se le llama Jimmie el Narices. No porque tenga una nariz enorme, que no es el caso, sino por su olfato. Si él dice que uno de los suyos puede hacer el trabajo, debemos confiar en él. Con todo el respeto hacia ti, Johnny Ragusa, será mejor que quien lo liquide no sea de Texas.

—Entonces, todos de acuerdo, ¿no? —dijo Santos—. Provino Momo, el hombre de Jimmie, se ocupará del agente Dumas. Ahora podemos divertirnos y echar unas manitas. Reggie, tráele al signore DeAngelis otro café exprés para que no diga que le gano a las cartas porque está dormido. Los demás tienen a su disposición vino, whisky, lo que quieran. También hay un montón de comida, espaguetis y ostras. ¡Ya sabéis que en Louisiana nos gusta comer bien!

Santos alzó una copa en la mano derecha.

—A ti, *Il Pugno*, nuestra bendición. Y a todos los demás, *salute!*

LIQUIDADO

—Gracias, especialmente por haberme mandado los expedientes de Dolorosa y Durango, Doyle. Forman una buena pareja.

Woody Dumas había terminado de leer los informes del FBI sobre los contrabandistas del asunto de los cosméticos que Doyle Cathcart le había enviado por fax la noche antes, y Doyle acababa de telefonarle para asegurarse de que la información había llegado.

—Al principio no podía recordar de quién se trataba —dijo Woody—, pero el nombre de Perdita Durango me sonaba muchísimo.

—Estuvo implicada en aquel atraco que tuvo lugar hace algún tiempo en un almacén de piensos de Iraaq —dijo Doyle—. ¿Lo recuerda? A uno de los atracadores le volaron la cabeza y al otro le detuvieron y lo mandaron a Huntsville. Esa chica, la Durango, era la que conducía el coche, y consiguió escapar.

—Entonces, ¿supone que está mezclada con ese traficante de drogas?

—Exacto. El tipo también es una especie de sacerdote de la *santería*. Parece ser que mataron a un chico en una ceremonia, y los mexicanos andan detrás de él.

—Muy bien, voy a ensillar mi caballo, amigo mío, y me pondré a seguirles la pista. Se dice que su destino es Los Ángeles, de modo que iré al oeste.

—Tenga mucho cuidado, amigo. También matan a los caballos, ¿no? Estoy seguro de que tratarán de terminar con usted.

Woody se rió.

—Es muy amable al preocuparse por mí, hijo. Tenga cuidado también usted, ¿me oye? —dijo, y colgó.

Provino Momo, mano derecha de Jimmie el Narices, estaba sentado en un Ford Thunderbird alquilado, color gris oscuro, enfrente del edificio federal. El Puño era especialista en permanecer sentado y esperar. De niño había tenido tuberculosis y tuvo que pasar cerca de dos años en reposo. A lo largo de esos dos años, desde los once a los trece, El Puño había pasado la mayor parte del tiempo durmiendo y leyendo tebeos. Hijo único, durante su enfermedad no le dejaban jugar con otros niños, y tenía que seguir un régimen alimenticio muy estricto, sin sal ni grasas. No se dio cuenta de la cólera que había acumulado durante aquel período hasta cinco años más tarde, cuando, durante una pelea en unos billares del barrio de Red Hook, en Brooklyn, el ahora adulto Provino Momo mató a un hombre de cuarenta años con sus propias manos. Había recibido su apodo debido a ese incidente. Corrió el rumor de que aquel chico gigantesco, duro, tenía un puño de acero —a los dieciocho años medía un metro noventa y dos y pesaba ciento diez kilos—, y El Puño empezó a trabajar para los Gambino, la familia más importante del crimen organizado de Nueva York. Finalmente, se ganó la confianza de Jimmie el Narices y se convirtió en la mano derecha del capo.

Ahora, mientras El Puño seguía sentado en su Thunderbird alquilado, esperando

al agente de la brigada contra estupefacientes cuya fotografía tenía junto a él en el asiento, pensaba en los hombres y mujeres que había liquidado personalmente por cuestiones de negocios. Normalmente, El Puño evitaba ese tipo de pensamientos, pero por algún motivo, tal vez porque al día siguiente cumplía cuarenta años, la misma edad que tenía su primera víctima, se permitía pasar revista a ese aspecto de su vida. En total, pensaba El Puño, se había cargado al menos a veinte personas, a la mayoría de ellas sin otra arma que sus propias manos. No eran tantas, se dijo, sobre todo en veinte años. No sabía si eso le gustaba o no, pero sus pensamientos se interrumpieron un momento después, en cuanto distinguió a Woody Dumas, que salía del edificio.

El Malibu de Woody estaba aparcado justo enfrente del Thunderbird de El Puño. El agente abrió la puerta de su coche, se subió, lo puso en marcha y se alejó. Ni siquiera había comprobado si había alguna bomba, pensó El Puño mientras le seguía, preguntándose por qué tendría un coche tan imponente un tipo que se ganaba bien la vida. A lo mejor, a esos agentes federales no les pagaban tan bien. En cualquier caso, decidió, Dumas podía conducir algo mejor que aquella chatarra color mierda. Parecía demasiado el coche de un policía para ser de verdad el coche de un policía. El Puño tenía un par de Cadillac Sedan de Villes del 88 idénticos. Los conducía en días alternos, y cuando uno de ellos estaba en el taller, siempre podía usar el gemelo. Aunque era un poco pequeño para un hombre de su tamaño, no le importaba conducir aquel Thunderbird. Tenía un buen reprise y se agarraba bien a la carretera. No dudaría en volver a alquilar otro.

Woody conducía lentamente entre el tráfico del centro en dirección a su gimnasio, que estaba en un barrio de almacenes recientemente rehabilitado. Quería hacer ejercicio antes de su viaje a Los Ángeles. Tras aparcar el coche en la calleja de detrás del gimnasio, Woody abrió el maletero para sacar sus cosas. Cuando se inclinaba para coger la bolsa de deportes, la tapa del maletero se abatió con fuerza sobre sus riñones, haciéndole perder pie. Woody cayó al suelo. Lo único que podía ver era un par de grandes zapatos marrones muy brillantes. Se llevó la mano derecha al sobaco izquierdo y trató de sacar su revólver Charter Arms Bulldog Pug del 44 de cañón corto. Al mismo tiempo notó que le levantaban del suelo y le agarraban con fuerza. De repente le resultaba difícil respirar y comprendió que un individuo tremendamente fuerte trataba de asfixiarle. Woody acercó la pistola de reserva a su cabeza tanto como pudo y, justo cuando estaba a punto de perder la conciencia, distinguió la cara de su atacante. Apretó el gatillo, esperando que el cañón estuviera apuntando en la dirección correcta.

El Puño cayó hacia atrás, sujetando todavía con sus manos inmensas los brazos del policía, de modo que cuando Woody volvió a abrir los ojos, vio que se encontraba encima de un hombre enorme que no tenía nariz. El arma había disparado en plena cara de El Puño y el proyectil blindado Grazer le había destrozado la nariz, dejando un feo y enorme agujero rojo encima del labio superior y entre los ojos inyectados en

sangre, que seguían abiertos y miraban a Woody sin verle.

Una imagen de Salty Dog surcó de inmediato la mente de Woody, que, cerrando los ojos, rodó sobre sí mismo para librarse del cadáver de El Puño. El perro perseguía a una vieja que llevaba un impermeable negro, que el airedale sujetaba entre los dientes.

—¡Atácala, Salty! —decía Woody—. ¡Atácala!

COSAS DEL PASADO

Mona levantó la cabeza buscando aire y Santos le gritó:

—No, no, *cara mia*, ¡no pares ahora! ¡Enseguida me corro!

—Necesito un respiro, Marcello, por favor. Se me cansa la boca y, además, mira, está *fiacco*.

Santos lanzó un potente gruñido.

—En estos tiempos no hay nada fácil. La vida es *una pioggia continua*.

Mona, que estaba de rodillas, se levantó y se dirigió a la barra. Puso una cucharadita de azúcar en un vaso, lo llenó hasta la mitad de Bombay Sapphire, lo revolvió con un agitador rojo que tenía grabado en oro RIZZO'S SOCIAL CLUB - NEW ORLEANS, y tomó un largo trago.

—Relájate, Marcello —dijo—. Me voy a bañar.

Ojos de Loco Santos miró a su amante desde hacía diez años, Mona Costatropo, que se dirigía al cuarto de baño. Oyó cómo el agua llenaba la bañera. Mona, que tenía treinta años, todavía era guapa, pensó Santos, aunque ya no resultaba tan esbelta. Cuando la vio por primera vez, trabajaba de cajera en la banca Grimaldi, en Gretna, y se parecía a Claudia Cardinale, pero en más delgado. Grandes ojos castaño oscuro, una boca generosa con gruesos labios rojos, unos pechos erguidos y perfectos. Ahora Mona tomaba demasiados bombones de licor y bebía demasiada ginebra cara. Dentro de dos años, se dijo Santos, tendría el mismo aspecto que su mujer, Lina. Y por lo menos Lina le había dado cuatro hijos.

—Marcello —llamó Mona desde el cuarto de baño—. Sé una *costata di agnello* y tráeme otra copa, ¿quieres?

Santos se levantó, se metió el pene dentro del pantalón y se subió la cremallera. Salió del apartamento y cerró la puerta suavemente tras de sí.

—¡Marcello! —gritó Mona—. Marcello, ¿es que no me la vas a traer? ¡Y no te olvides del azúcar!

RODEO

A unos cuantos kilómetros de Tucson, Romeo dejó la interestatal y se dirigió al sur. Echó una ojeada al retrovisor exterior para asegurarse de que a Perdita no se le había pasado por alto el inesperado desvío a la luz del crepúsculo.

—Una cosa sobre nuestra princesita apache, Duane —dijo Romeo—. Puede conducir cualquier vehículo tan bien como un hombre, y mejor que la mayoría.

—¿Por qué hemos tomado esta carretera de dos carriles tan de repente?

—Hay un *hombre* en Nogales, en el lado mexicano, al que quiero ver, y como pasamos cerca... Me debe pasta. Se llama Amaury «Gran Jefe» Catalina. Se puso él mismo eso de Gran Jefe porque presume de ser descendiente directo de un rey azteca. Cojones, todos somos descendientes de un rey u otro. Tiene un restaurante que se llama La Florida. Casi seguro que estará allí, a no ser que haya muerto, como debiera. No está nada bien que la gente deba dinero, Duane. Es malsano.

En el Cherokee, Perdita encendió los faros.

—¿Qué coño hace ahora nuestro héroe? —se preguntó en voz alta, siguiendo al gran camión frigorífico blanco por la carretera estatal de Arizona número 82.

—¿Que decías? —preguntó Estrellita, que estaba medio dormida.

Perdita le lanzó una rápida ojeada, luego volvió a clavar la vista en la estrecha carretera cada vez más oscura. Detestaba el brillante pelo rubio de la chica.

—¿Sonoita? ¿Patagonia? ¿Dónde estamos? —preguntó Estrellita, leyendo un cartel indicador en la distancia.

Perdita hundió el encendedor del salpicadero, se puso un cigarrillo entre los dientes, y lo encendió en cuanto el encendedor volvió a salir.

—Fumas como una condenada, desde luego —dijo Estrellita.

—Es algo que no te seguirá molestando mucho tiempo, puedo asegurártelo. Así que deja de preocuparte.

Circularon en silencio hasta que Romeo dejó atrás la desviación a Sonoita y se dirigió a Patagonia. Perdita no tenía otro remedio que seguir el camión blanco.

—Debe de ir a ver a alguien que le debe dinero —dijo—. Otro rodeo en nuestro viaje camino de ninguna parte.

En Patagonia, un pueblo de una sola calle a unos treinta kilómetros de la frontera, Romeo frenó el camión y aparcó a un lado. Perdita hizo avanzar el Cherokee y lo estacionó detrás de él. Romeo se apeó de un salto y se acercó a la ventanilla de Perdita; ésta bajó completamente el cristal.

—Apuesto lo que sea a que os estabais preguntando adonde iba, ¿a que sí, señoras mías? Bien, pues hay un tipo siniestro en Nogales, en el lado mexicano, al que voy a hacer una breve visita, para ver si consigo recuperar lo que me debe. No tardaremos nada en volver a ponernos camino de Los Ángeles. Perdita, cariño, en Nogales estacionaré este trasto a este lado de la frontera, en el aparcamiento del supermercado Safeway. Dejaremos los dos vehículos allí y cruzaremos la frontera a pie. Creo que la

Estrellita y el bueno de Duane se comportarán como es debido, ¿no te parece? Ahora tengo que hacer una llamada desde una cabina que hay ahí, junto a la antigua estación del tren. No tardaré.

En la cabina telefónica Romeo abrió el sobre marrón que le había dado Dede Peralta. Encontró la hoja del papel que buscaba y se la llevó a la altura de los ojos para leer el número mientras lo marcaba. Romeo metió las monedas precisas y descolgaron al cabo de tres timbrazos.

Un hombre dijo, en voz muy baja:

—Industrias Bayou.

—Soy Romeo Dolorosa. Por favor, quisiera hablar con Mr. Santos.

—Mr. Santos está fuera de la ciudad. ¿De qué se trata?

—Sólo quería decirle que llegaré a la fiesta con un poco de retraso. El coche me venía dando problemas, pero ya me lo están reparando. Por favor, ¿podría transmitirle esta información a Mr. Santos cuando hable con él?

—Naturalmente. Nos mantenemos en contacto. ¿Algo más?

—No, es todo. Dígale que estaré allí lo más pronto que pueda.

—Estoy seguro —dijo el hombre, y colgó.

Romeo también colgó, y volvió hacia Perdita. Le sonrió y se inclinó hacia adelante, con una mano a cada lado de la puerta.

—Santos no es un tipo al que se le pueda putear, Romeo —dijo ella—. Espero que no le andes jodiendo.

—Sé lo que me hago, Perdita, cariño. Ya me conoces.

Perdita enarcó las cejas, las cobras se agitaron, pero no dijo nada mientras miraba a Romeo, que volvía al camión y subía a él.

—Estoy segura de que a veces preferirías no conocerle —dijo Estrellita.

Perdita arrancó el Cherokee y siguió a Romeo. Media hora después se detenía detrás de él en el aparcamiento del Safeway de Nogales. Se apearon todos.

—Chicos, haced lo que yo os diga y no os pasará nada —les dijo Romeo a Duane y Estrellita—. Como cualquiera de los dos les diga algo a los aduaneros, os liquidaré allí mismo y al aduanero también. Muy bien, *vámonos*.

Atravesaron el torniquete y entraron en la parte mexicana. Romeo abría la marcha mientras pasaban por delante de hileras de mendigos y una multitud de chulos y sus protegidas, llegando a un callejón lateral que en comparación estaba desierto, para terminar entrando en un patio. Un rótulo de neón blanco que decía BILLARES parpadeaba y crepitaba sobre una de las dos puertas. Encima de la otra había un globo luminoso de un amarillo mortecino con LA FLORIDA escrito en él con letras negras.

—Mi memoria no es tan mala —dijo Romeo, riéndose—. Por lo menos han pasado cuatro o cinco años desde que estuve aquí. Venga, todos adentro.

Había una barra alargada a la derecha de la entrada, y como una docena de mesas a la izquierda, delante de un pequeño escenario. Junto a la barra estaban sentados varios hombres; ninguno de ellos bien vestido. Sólo dos de las mesas se hallaban

ocupadas. Un hombre con un raído esmokin negro y un fajín rojo se acercó a Romeo y le preguntó si iban a cenar.

—Es posible —dijo éste—. Ya veremos.

El encargado sonrió y les señaló una mesa.

—¿*El señor Catalina está aquí?* —preguntó Romeo, cuando se sentaron.

—Vendrá como en unos diez minutos —dijo el encargado, que les dio una carta a cada uno—. ¿Es usted amigo suyo?

—Claro que lo soy —dijo Romeo—. Y desde hace mucho.

—Le diré que está usted aquí en cuanto llegue. ¿Cuál es su nombre?

—Dolorosa. Dígale sólo Dolorosa.

El encargado siguió sonriendo y dijo:

—Como usted desee. El camarero les atenderá enseguida.

Cuando llegó el camarero, Romeo pidió margaritas para todos. Llevaba bebida la mitad de la suya, cuando distinguió a Amaury Catalina que se acercaba, avanzando como un tiburón entre las otras mesas. El Gran Jefe no sonreía.

—Romeo, *amigo*. ¿*Qué tal?* ¡Qué sorpresa tan maravillosa el volverte a ver! —exclamó Catalina, que ahora sonreía con todas las partes de su redonda cara morena excepto los ojos, que eran duros y apagados, como perdigones negros inmóviles.

Romeo se levantó y le abrazó.

—No lo dudaba —dijo Romeo, sonriendo también sin ganas.

El Gran Jefe Catalina era corpulento y llevaba bien sus noventa kilos para medir uno setenta y cinco. Con su bigote en forma de oruga y el escaso pelo negro peinado hacia atrás, y pegado con gomina a la cabeza ancha y aplastada, Catalina parecía diez años mayor de los treinta y cuatro que tenía.

—Oye, Jefe, ¿por qué no vamos a alguna parte donde podamos hablar tranquilos?

—Claro, claro. Podemos ir a mi despacho.

—Enseguida vuelvo, Perdita —dijo Romeo—. No pierdas de vista a los chicos. Y asegúrate de que se comen la ensalada.

Catalina hizo seña al camarero, que se acercó de inmediato.

—Atiende bien a estos señores —dijo el Gran Jefe—. Todo corre por cuenta de la casa.

El despacho de Catalina era una especie de caja de dos metros y medio de lado, sin ventanas, con una mesa, dos sillas y un archivador. En la pared, a un lado de la mesa, había una postal con la foto de Pancho Villa a caballo al frente de su ejército en 1914. Catalina sacó una botella de mezcal Gusano Rojo y dos vasos de un cajón y los dejó encima de la mesa, luego sirvió dos dobles para Romeo y para él.

—Antes de que me hables de tu dinero, *amigo*, tomemos un trago, ¿de acuerdo? Es un buen mezcal, de Oaxaca.

—¡*Cómo no!*

—¡A tu salud!

Vaciaron los vasos de un trago y volvieron a dejarlos en la mesa.

—Y ahora, señor Dolor, ya puedes preguntarme por el dinero.

—¿Lo tienes?

—No. Tengo dinero, claro, pero no para ti, por desgracia.

—¿Quieres decir que no tienes dinero para mí ahora, o que nunca lo vas a tener?

Catalina soltó una carcajada pero no sonrió.

—Es una decisión que dejo en tus manos. Elige la respuesta que más te guste.

—¿Puedo tomar otro trago?

—Claro, sírvete tú mismo.

Romeo se puso de pie, cogió la botella de Gusano Rojo y la estrelló con todas sus fuerzas en la cara del Gran Jefe. El vidrio se rompió e hizo cortes en la nariz, mejillas y mentón de Catalina. Romeo recogió del suelo el trozo mayor y lo hundió en los ojos del otro, luego le hincó el afilado borde en la garganta y lo degolló. La sangre salía a chorros de la cara y cuello del Gran Jefe, pero éste no hizo el menor ruido a no ser un leve gorgoteo antes de derrumbarse en el suelo, al otro lado de su mesa. Romeo se inclinó sobre él y vio el gusano del mezcal en el suelo. Lo cogió y se lo metió a Catalina en la boca.

—Ahí tienes, *macho* —le dijo—. Ya has demostrado lo valiente que eres.

Fue a reunirse con los demás.

—No nos vamos a quedar a cenar —dijo, mientras cogía a Estrellita por el brazo y la obligaba a ponerse de pie—. Perdita, Duane, vámonos de aquí. Me han dicho que la comida no es buena.

VUELO

Debido a las quemaduras de la pólvora, Woody Dumas llevaba casi todo el lado izquierdo de la cabeza cubierto por un vendaje. El haber disparado tan cerca de la cara le había dejado sordo, al menos temporalmente, el oído izquierdo. Woody iba en avión a Los Ángeles, hundido en un asiento de ventanilla tomando naranjada y pensando en su vida, que había estado en un tris de quitarle Provino «El Puño» Momo en un callejón de Dallas.

En realidad no era tan terrible, se decía. Fíjate en la situación en la Europa del Este, donde hay tantas personas desesperadas por escapar al Oeste y dispuestas a dejar sus pertenencias, a sus padres e incluso a sus hijos en su huida desenfrenada hacia la libertad. O en China, donde los soldados liquidan a tiros a los estudiantes como si fueran perros en la plaza de Tiananmen. Aquí el gobierno también lo había hecho, claro, allá en los años sesenta, y los mexicanos asesinaron a docenas en el 68, poco antes de los Juegos Olímpicos. En último término, decidió Woody, la violencia de un hombre para con otro nunca es tan espantosa como las matanzas anónimas y sistemáticas. Por absurdos y horribles que sean los asesinatos individuales, se dijo, la impersonalidad de las masacres en masa es lo más sórdido y perverso que cabe imaginar.

Woody se acordó de un viejo al que llamaban El Buitre que andaba por el barrio cuando él era niño. El Buitre era casi un vagabundo, pero no del todo. Arreglaba cremalleras y cosía un poco para unos y otros, de modo que Woody suponía que en algún momento de su vida había sido sastre. El Buitre siempre llevaba barba de diez días en su alargado rostro caballuno, y al caminar agitaba los brazos como si tuviera alas: por eso le llamaban El Buitre. Llevaba una chaqueta de leñador a cuadros rojos y negros que evidentemente nunca había lavado, y una gorra azul con las orejeras sujetas en la parte de arriba. Sus ojos, recordaba Woody, eran de un verde claro salpicados de manchitas negras. Nadie sabía dónde dormía hasta que lo encontraron muerto por envenenamiento dentro de un cubo de basura que no se utilizaba, detrás de la biblioteca pública. Había tomado un líquido para limpiar zapatos negros, utilizando una rebanada de pan como filtro antes de servirlo en un bote de café. El otro único objeto que se encontró en el cubo de basura junto al cadáver de El Buitre fue un ejemplar, encuadernado en tapa dura y con una página doblada, de la edición publicada en 1914 por A. L. Burt Company de *Tarzán de los monos*, de Edgar Rice Burroughs, que tenía colocado como almohada debajo de la cabeza.

Una azafata pasó por el pasillo con un carrito y le dijo algo a Woody. Éste volvió la cabeza para poder oírla por el oído bueno y le preguntó qué había dicho.

—¿Quiere que le traiga otra naranjada? —dijo la azafata.

—Desde luego, gracias —dijo Woody, tendiéndole el vaso de plástico. Luego pensó otra cosa—. Señorita, ¿podría añadirle un poco de vodka?

La chica asintió, llenó el vaso de zumo, y se lo devolvió con una botella en

miniatura de Wolfschmidt. Woody se la pagó, la descorchó y vertió su contenido en la naranjada, que luego agitó con el dedo índice de la mano derecha. Llevaba casi diez años sin probar el alcohol, y no estaba seguro de por qué lo iba a tomar ahora; simplemente le pareció que era lo adecuado. Woody alzó el vaso.

—Por El Buitre —dijo.

SALAMANDRAS

A Perdita no le gustaba lo que estaba pasando. Le había parecido muy bien lo de ir a Los Ángeles, pero ya sabía que entre ella y Romeo todo había terminado. Todavía no quería decir nada, se limitaba a dejar que el asunto siguiera su curso, y cuando llegasen a su destino, cogería el dinero que le correspondiera y se largaría. Puede que antes de eso arreglara cuentas con aquella puta de Estrellita.

—¿Qué tienes en tu indecente cabecita esta noche, cariño? —le preguntó Romeo—. Últimamente estás muy callada.

Romeo y Perdita estaban en el Round-Up Drive-in de Yuma, esperando en el mostrador de comida para llevar a que les trajesen lo que habían pedido. Habían dejado a Estrellita y Duane atados el uno al otro en la habitación del motel.

—No demasiado, la verdad. Sólo disfrutaba de este hermoso atardecer.

Coches y camiones pasaban zumbando por la calle, frente al restaurante. El aire era cálido y malsano y pegajoso; y apestaba a gasolina. Una neblina grisácea colgaba del cielo como un trapo sucio. La brisa soplaba brevemente de vez en cuando, agitando la neblina lo justo para que se pudieran distinguir unos puntos platino que adornaban aquel cielo de un fucsia intenso. Un tipo de unos treinta años, delgado, con pinta de vaquero, se acercó a la ventana del mostrador.

—¿Cómo van las cosas esta noche? —dijo.

—No demasiado mal —dijo Romeo—. ¿Y a ti?

El vaquero se quitó su Stetson negro, buscó dentro de él y sacó un paquete medio vacío de Lucky sin filtro. Ofreció un cigarrillo a Romeo y Perdita, pero ambos declinaron la invitación. Él se llevó uno a los labios, volvió a meter el paquete en su sitio y se puso el sombrero sobre el espeso cabello castaño oscuro en desorden.

—No me puedo quejar —dijo, y sacó una carterita de cerillas del bolsillo de su camisa granate con botones de nácar, encendió el pitillo y se inclinó sobre el mostrador, mirando por la ventana.

—Oye, Betsy —llamó—. ¿Qué tal si me sirves un par de hamburguesas con queso dobles, con chiles y ensalada de col?

—Lo tendrás en cinco minutos, Cal —le gritó una mujer desde el otro lado—. ¿Quieres también patatas fritas?

—¿Por qué no? —dijo Cal—. Tomaré todo lo que tú me sirvas. Betsy, ya lo sabes. La mujer se rió y contestó gritando:

—¡Cállate, tragón! Ya sabes que esas tonterías no me van.

Cal sonrió y se irguió. Se quedó inmóvil a un lado del mostrador, separado de Romeo y Perdita, fumando el Lucky Strike.

—¿Qué hay de nuevo por Yuma? —preguntó Romeo.

Cal le miró y dijo:

—¿Es tuyo ese Cherokee de ahí con matrícula de Texas?

—Así es.

—Entonces, ¿sois de Texas?

—Exacto.

—De paso, supongo.

—Eso mismo.

—Camino de California. Apuesto lo que sea a que de Los Ángeles.

—Esta noche no fallas una, vaquero.

Cal se rió, dio una última calada y tiró la colilla.

—Aquí no hay demasiadas cosas para que la gente se quede —dijo—. No es la ciudad más animada del mundo.

—Hay calma y tranquilidad, supongo que es bastante para los de aquí.

—Tampoco creas que abunda mucho eso. El calor cabrea a la gente, le fríe los sesos y la vuelve peligrosa. Es jodido para todo el mundo, excepto para las salamandras.

—¿Las salamandras? —dijo Perdita.

—Eso mismo —dijo Cal—. Ya sabes, esa especie de lagartos que aguantan el fuego.

Un trailer de dieciocho ruedas eructó al pasar, lanzando una nube marrón de gasóleo hacia donde ellos estaban. Perdita tosió y se dio la vuelta.

—Aquí tiene lo que ha pedido, señor —le dijo Betsy a Romeo desde la ventana—. Son diecisiete dólares con setenta y cinco.

Betsy era una mujer asiática de mediana edad con el pelo mal teñido de rubio.

Romeo puso un billete de veinte dólares encima del mostrador, cogió la bolsa y dijo:

—Quédese con el cambio.

—Muy agradecida, y vuelvan cuando gusten. Lo tuyo viene enseguida, guapo —le dijo a Cal.

—No tengo ninguna prisa.

—No te quedes conmigo —dijo ella, y se rió.

—Y a cuidarse, amigos —dijo Cal a Romeo y Perdita.

—Haremos lo que podamos —dijo Romeo—. Lo mismo te digo.

Cuando volvían en el jeep al motel, Perdita dijo:

—¿Te has fijado bien en esa mujer?

—¿Te refieres a Betsy?

—Tenía un pelo espantoso, Dios santo. Jamás había visto a una oriental rubia.

—Habrá muchas más sorpresas cuando lleguemos a donde vamos, Perdita. Sólo necesitas esperar. Tengo grandes planes para nosotros.

Perdita se volvió y miró fijamente a Romeo. Éste sonreía, confiado, seguro de sí mismo.

—No hagas promesas que no puedas cumplir —dijo Perdita—. Para una mujer no hay nada peor que un hombre que la engañe. Y cuando pasa eso, nunca se sabe cómo va a reaccionar ella.

—No se me olvidará, cariño —dijo Romeo, asintiendo con la cabeza y sonriendo—. Puedes estar segura de que no se me olvidará.

LECCIÓN DE HISTORIA

—E. T. Satisfy, ¿verdad? De Dallas, ¿no?

—Exacto.

El recepcionista levantó la vista de la ficha de registro y miró a Ernest Tubb desde el otro lado del mostrador.

—¿Cómo va a pagar?

—En metálico —dijo Ernest Tubb, tendiendo un billete de cien dólares al recepcionista.

Éste lo miró, lo examinó por los dos lados, entró en otro cuarto y salió al cabo de unos momentos, dándole a Ernest Tubb el cambio, además de un recibo y la llave del cuarto.

—Tiene la 237. En el piso de arriba, doblando a la derecha. Hay máquinas automáticas de hielo y soda en el pasillo. Si necesita algo más, llámeme.

—Muy agradecido.

En la habitación, lo primero que hizo fue telefonear a casa.

—¿Glory Ann? Soy yo, Ernest Tubb.

—¿Dónde demonios estás? —preguntó ella—. Estaba muy preocupada.

—Tranquilízate, mujer. Estoy en el Holiday de Madre Island. Conseguí una pista en el condado de Larry Lee, y pienso que a lo mejor Estelle y Duane Orel andan por aquí. Los estudiantes suelen cruzar a menudo la frontera. Me dijeron que la semana pasada habían secuestrado a dos. Puede que se trate de ellos. Iré a México en cuanto cuelgue.

—¡Secuestrados! ¡Dios del cielo! Rita Louise Samples está aquí conmigo, y Marfa Acker vendrá después. Son mi único consuelo desde tu desaparición.

—No desaparecí. Te dije que iba en busca de Estelle.

—Si también te pierdo a ti, no sé lo que voy a hacer.

—No has perdido nada de nada, Glory, ni siquiera peso. ¿Continuarás con ese régimen a base de frijoles que te puso el doctor Breau?

—¡Ernest Tubb, no digas tonterías! ¿Quién va a preocuparse de seguir un régimen en una situación como ésta?

—Hablo en serio, Glory Ann. ¡Sigue atracándote de comida por ahí, y explotarás! Rita Louise y Marfa tendrán que recoger tus tripas de las paredes de la cocina antes de meterlas en una caja y enterrarte. Y no toques los pasteles, ¿entendido?

Glory Ann se echó a llorar.

—Oh, Ernest Tubb, eres un hombrecillo malvado.

—Frijoles, Glory Ann, frijoles —dijo él, y colgó.

Ernest Tubb sacó su Continental marcha atrás del aparcamiento, se dirigió a la salida y dobló a la derecha. Pensaba en la última vez que él y Glory Ann habían hecho el amor. Ella insistió en ponerse encima y estuvo a punto de aplastarle. Se sintió como imaginaba que lo hicieron aquellas personas a las que les cayó la

autopista encima durante el gran terremoto de California.

Pasaron unos cuantos segundos antes de que Ernest Tubb se diera cuenta de que su Mark IV iba en sentido equivocado por una calle de dirección única. Cuando vio el morro del camión blanco y oyó sonar el claxon, ya era demasiado tarde para que pudiera hacer nada.

—¡Oh, Glory! —dijo Ernest Tubb, y luego se convirtió en historia.

DE NUEVO EN LA GUARDERÍA

—¿Entiendes lo que debes hacer?

—Perfectamente.

—¿No tendrás ningún problema?

Reggie dudó, luego negó con la cabeza.

—Bien.

Santos se sirvió más Glenmorangie en el vaso, e hizo girar el líquido color ámbar mientras lo miraba.

—Tú y tu primo os lleváis bien, ¿no?

—Nos hemos criado juntos, pero luego Romeo y su madre se fueron de Caribe. Desde entonces nos mantenemos en contacto.

Santos se quitó las gafas de sol con montura amarilla y las dejó en la mesa. Se frotó los ojos con su mutilada mano izquierda y después se alisó el pelo. Miró a Reginald San Pedro Sula, que tuvo ganas de volver la cabeza para no ver a los dos pequeños animales enloquecidos, aprisionados en la cara de Marcello, pero Reggie se mantuvo firme y ni siquiera pestañeó. Los ojos de Santos tenían el color de un árbol de Navidad en llamas.

—Personalmente no tengo nada contra él —dijo Santos—, pero Romeo ha hecho cosas espantosas, tan espantosas que ni siquiera las autoridades mexicanas van a permitirle proseguir sus actividades allí. He mandado a unas personas para que se hagan cargo de la situación en Zopilote. A partir de ahora nos ocuparemos nosotros del asunto. Era preciso alejar a tu primo de la zona para realizar el cambio. Entretanto, nos está haciendo el favor de transportar otras mercancías nuestras, por lo que será debidamente recompensado. Después de que haga la entrega, te ocuparás de darle el resto de lo que hemos acordado, y luego le matarás.

Santos alzó su vaso entre los cinco dedos de la mano derecha y bebió casi todo el whisky que contenía.

—Cuando Romeo esté muerto, el dinero, claro, ya no le servirá de nada —dijo—, de modo que te lo puedes quedar tú como pago por este favor.

—Muy generoso por su parte —dijo Reggie.

Santos cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No es generosidad, Reggie, sólo es algo justo. Hay una diferencia.

Volvió a abrir los ojos y depositó el vaso en la mesa. Reggie dejó de estar tenso, se quitó el sombrero flexible azul claro y se secó el sudor de su calva cabeza con un pañuelo verde.

—La traición sólo es uno de los aspectos de la ingeniosidad —dijo Santos—. ¿Has oído hablar del capitán Philippe Legorjus?

—Creo que no, señor.

—Bien, pues es el jefe de las fuerzas antiterroristas francesas. No hace mucho su gobierno le mandó a Nueva Caledonia, en el Pacífico Sur, para que reprimiera una

rebelión de los canacos en la isla de Ouvea. Nueva Caledonia forma parte de los territorios franceses de ultramar, y era preciso proteger a los ciudadanos franceses que viven allí. También es el sitio desde donde Francia lleva a cabo sus pruebas nucleares.

»En cualquier caso, los rebeldes secuestraron al capitán Legorjus, junto con otras veinte personas. El líder del Frente Socialista de Liberación Nacional Canaco, creo que se llama así, era una especie de fanático religioso, y había aprendido las técnicas de la guerra de guerrillas en Libia, gracias a Gadafi. Este tipo había jurado mantener los territorios franceses del Pacífico Sur en un estado de inseguridad permanente si no se cumplían las exigencias independentistas de los separatistas. Una historia conocida. Recuerdo una fotografía suya de un periódico, en la que llevaba puesto un capuchón y sujetaba un fusil en la mano, y los bolsillos de su guerrera rebosaban de municiones. Amenazó con matar a un blanco diariamente en tanto el gobierno francés siguiera ocupando Noumea, capital de Nueva Caledonia.

»Mientras el líder canaco seguía haciendo declaraciones a la prensa, Legorjus organizó a los rehenes, y no sólo consiguió liberarlos, sino que se apoderó del cuartel general de los separatistas, desarmó a los soldados rebeldes, y apresó a su dirigente, permitiendo que unos pocos cientos de soldados franceses de infantería de marina invadieran la isla y restauraran el orden. A su regreso a París, se celebró un desfile en honor de Legorjus en los Campos Elíseos y le declararon héroe nacional.

Santos hizo una pausa y miró a Reggie, que sonrió y dijo:

—Ese capitán debe de ser un hombre muy valiente.

Santos asintió con la cabeza.

—Valiente y astuto, Reggie. Me interesa mucho el estudio de ese tipo de hombres extraordinarios. Se puede aprender mucho de cómo se comportan. Creo firmemente que la vida se debe vivir de acuerdo con los principios que uno mismo se ha fijado, pues en caso contrario no merece la pena vivirla.

—Estoy seguro de que tiene usted razón, Mr. Santos.

Marcello se pasó la lengua por el muñón donde había estado su pulgar izquierdo.

—Sé que harás un buen trabajo —dijo, dirigiéndose a la ventana y mirando el cielo—. *Ya si sta facendo scuro* —añadió—. Se hace de noche. Sabes, Reggie, tengo casi setenta años, y pese a todas las cosas que sé, no puedo hacer nada por remediarlo.

OLAS

Woody miró la piscina. Dentro había tres niños y un perro, un perdiguero dorado. Parecía que a los del motel no les molestaba que el perro se bañase. Ya llevaba allí un cuarto de hora por lo menos y nadie había dicho nada. California era un mundo distinto, en cualquier caso, pensó Woody. A lo mejor la asociación para la defensa de los animales había conseguido que aprobaran una ley que permitía que los perros se bañaran en las piscinas de los moteles.

El Wild Palms Motel, donde se alojaba Woody Dumas, estaba en pleno Hollywood, una manzana de casas al sur de Sunset. No era el tipo de sitio al que Woody pensaba que podría acostumbrarse, y mucho menos que llegara a gustarle. El tiempo era bastante bueno, pero los de Los Ángeles hablaban de un modo que le fastidiaba. Era como si estuvieran convencidos de que todo lo que decían tenía un sentido más profundo o significaba algo más de lo que Woody creía. Puede que se tratara del fantasma de la industria cinematográfica, que hacía que todos tuvieran la sensación de que pertenecían a ella, igual que a un club, y formaran parte del funcionamiento del lugar. Woody no conseguía determinar exactamente lo que era, pero, fuera lo que fuese, no lo entendía.

Tampoco le importaba mucho, la verdad. Estaba en la ciudad para llevar a cabo un trabajo y esa noche iba a ponerse a vigilar un almacén que había en la calle Ivar, cerca del Hollywood Boulevard, a unas cuantas manzanas del Wild Palms, a la espera de la llegada del cargamento de productos ilegales. Según sus informaciones más fiables procedentes de diversas autoridades, Ojos de Loco Santos dirigía unas fábricas de productos cosméticos en la Costa Oeste, utilizando a inmigrantes clandestinos como mano de obra. Interceptar un envío de la magnitud prevista para esa noche o mañana, supondría un golpe importante para dismantelar el asunto.

Woody decidió comer y luego volver al motel a echar una siestecita. Pasó junto a la piscina camino de su coche y se fijó en una mujer bastante guapa que estaba en una tumbona aplicándose delicadamente crema bronceadora. Tenía un pelo rubio largo, un tipo esbelto y piernas muy largas. Llevaba un bikini de rayas como de tigre color naranja y unas enormes gafas de sol azules con la montura en forma de alas de mariposa. El perdiguero dorado tenía las patas en el borde de la piscina y ladraba todo excitado en dirección a la mujer. Apareció un hombre tremendamente gordo que sólo llevaba unas bermudas verdes para tapar una inmensa superficie de piel muy pálida, se tiró a la piscina y desplazó gran cantidad de agua, gran parte de la cual salpicó a la joven, interrumpiendo lo que estaba haciendo.

—¡Marv, eres un saco lleno de mierda! —gritó, poniéndose en pie de un salto—. ¿Tenías que hacer eso?

El perdiguero salió de la piscina y se sacudió junto a la mujer.

—¡Maldita sea! —dijo ésta, tirándole el frasco de plástico al perro y fallando por más de metro y medio—. ¡Valiente comienzo de vacaciones!

Woody continuó hasta el aparcamiento, abrió la puerta del coche oficial que le habían dado y lo puso en marcha. Decidió dirigirse a Santa Mónica, hacia el mar. Podría ser agradable, pensaba Woody, tomar un sandwich mientras miraba el agua.

Había terminado la mitad de un sandwich de beicon, lechuga y tomate y estaba bebiendo con una pajita un Cañada Dry, cuando un hombre alto, de rostro demacrado, que parecía tener unos cuarenta y cinco años, se sentó en el banco al lado de Woody. Se parecía al actor John Carradine, pensó Woody, aunque marcado por la mala suerte y los reveses de la vida; más bien con el aspecto que tenía Carradine en el papel del ex predicador de *Las uvas de la ira*. Llevaba unas ropas gastadas, y necesitaba un buen afeitado, pero se mantenía muy tieso y con aspecto de sentirse cómodo.

—¿Le importa si hablo con usted? —dijo el hombre.

—No —dijo Woody.

El hombre miró a Woody y examinó los vendajes. Tenía los ojos negros, sin vida. Al hablar, Woody se fijó en que le faltaban varios dientes.

—¿Se ha herido?

—Son quemaduras.

—Espero que no le molesten mucho.

—No me duelen casi nada, gracias.

El hombre volvió su cara hacia el mar.

—Las olas son los latidos del corazón de la tierra —dijo.

—No está mal —dijo Woody—. Me gusta eso.

—Antes yo era poeta. Y también cantaba, en los clubs nocturnos. Cantaba las canciones que yo mismo componía. Pero ya no lo hago.

—¿Por qué lo dejó?

—Probablemente piense usted que soy alcohólico o drogadicto, pero no es así. Me gusta tomar un martini de vez en cuando, claro, y he probado algunas drogas, pero ninguna de esas cosas tienen la culpa de mi situación actual, que, como puede ver, no es demasiado buena. Perdí el interés por la vida, eso fue lo que pasó. No puedo echarle la culpa a nadie, ni siquiera a mí mismo. Tampoco estoy loco. Al menos, no creo estarlo. Un día el tren se detuvo y yo me bajé.

—¿Quiere comer algo? —preguntó Woody—. Puedo pasarle la mitad de mi sandwich, si le apetece.

El hombre cogió lo que quedaba de sandwich de la mano de Woody y lo dejó en su regazo.

—Es usted muy amable —dijo—. ¿Es creyente?

—En realidad, no.

—Yo tampoco. Nunca lo he sido. La religión organizada es algo indecoroso.

—Tome, también puede tomar lo que queda —dijo Woody, tendiendo al hombre la lata de Cañada Dry.

Woody se puso de pie.

—Tengo que irme.

—Me hago cargo, le está esperando el tren.

Woody se rió.

—Creo que sí.

—Sabe —dijo el hombre—, no es como si yo no tuviera elección.

—Le creo —dijo Woody, viendo que el hombre daba un mordisco al sandwich.

CAMISADO

—¿Qué hay, colega? Hace mucho tiempo que no te echaba el ojo encima.

—Demasiado, me parece.

Doug Fakafo y Romeo se abrazaron el uno al otro, sonriendo.

—Me alegré mucho al enterarme de que habías venido —dijo Doug—. ¿Qué te trae por aquí?

—Los negocios, ya sabes. En estos días, ¿qué otra cosa se puede hacer? Aunque eso no quiere decir que no me quede tiempo para que nos divirtamos un poco juntos —dijo Romeo, riendo.

—¡Eso es estupendo, tío!

—Pero tengo que pedirte un favor, Doug. Traigo a unas personas conmigo y quisiera dejarlas aquí mientras me ocupo de unas cosas. No será mucho tiempo, puede que sólo un par de horas. Hemos rodado casi sin parar y probablemente se queden dormidos.

—Oye, no hay ningún problema. Aquí estarán seguros. Mételes en casa.

—Gracias, amigo. Sabía que podía contar contigo.

—Siempre que quieras.

Romeo había hablado con Lily Fakafo, la mujer de Doug, desde una cabina telefónica de El Centro. Doug no estaba en aquel momento, pero Lily le dijo a Romeo que les encantaría verle. Los Fakafo vivían en Hacienda Heights, una zona de Los Ángeles habitada en su mayor parte por una población de origen samoano. La comunidad samoana era muy cerrada y desconfiaba de los norteamericanos; solían relacionarse únicamente entre ellos. Ni siquiera la policía estaba muy al tanto de lo que ocurría en la zona, y Romeo pensó que sería un sitio perfecto para que se quedaran Estrellita y Duane, mientras él y Perdita entregaban el cargamento a Reggie, en Hollywood.

Doug «Big Brown» Fakafo había estado en los marines con Romeo, y habían seguido en contacto. Los Fakafo eran grandes consumidores de marihuana y apreciaban mucho los kilos que les mandaba Romeo por servicio postal urgente desde Texas con motivo de su cumpleaños y en Navidades. Tanto Doug como Lily eran corpulentos. Doug pesaba unos ciento veinticinco kilos, y Lily unos noventa y cinco. El hermano de Lily, Tutu Nukuono, al que Romeo sólo había visto una vez, pesaba más de ciento treinta y cinco kilos. Tutu, que había trabajado de fontanero con Doug hasta unos meses antes, se cargó a un policía con una cadena durante una pelea en el aparcamiento del Moonlight Lagoon, un bar de la zona cuya clientela la constituían básicamente inmigrantes de las islas del Pacífico. Tutu cumplía ahora una condena a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional en Folsom.

—Cuando me enteré, sentí mucho lo de tu hermano, Lily —dijo Romeo—. Es un buen tío.

Lily se encogió de hombros.

—Tenía que haber sido más listo y saber que no se puede andar liquidando a tipos con uniforme. Él y una pandilla de motoristas se pelearon con unos que se llaman los Dragones del Diablo, me parece, a los que no querían ver por el barrio.

—Unos blancos que andaban a la caza de coños de colores exóticos —dijo Doug—. Se liaron a hostias con la pandilla de Tutu, apareció la policía, y uno de los agentes se echó encima de Tutu, el resto ya te lo puedes imaginar. Sólo se salvó de ir a la cámara de gas porque nadie pudo demostrar que hubiera habido premeditación.

—Me consta que Folsom no es precisamente una merienda campestre.

Doug asintió con la cabeza.

—Ya lo sé, pero Tutu se ha hecho unos cuantos amigos allí dentro. Si hay alguien que sepa arreglárselas en un sitio así, ése es él. Haz entrar a esas personas.

Lily le dijo a Romeo que ella misma se encargaría de que Duane y Estrellita comieran, y que luego los encerraría bajo llave en el dormitorio de atrás, el que antes utilizaba Tutu. Doug se ofreció voluntario para acompañarle en el camión. Perdita les seguiría en el Cherokee y luego todos volverían en él a Hacienda Heights.

—Parece una mujer dura, esa Perdita, aunque resulta sexy de verdad —dijo Doug a Romeo cuando se dirigían a entregar la mercancía.

Romeo sonrió torcidamente.

—Crees que tiene un buen polvo, ¿eh?

Doug se rió.

—No necesitaría concentrarme demasiado para pasar una o varias horas con ella en la cama, la verdad —dijo.

—No tengo la menor duda, Big Brown. Perdita Durango es algo serio. Me la ligué en un puesto de bebidas de Nueva Orleans. Con todo, no resulta demasiado fácil de tratar, ya sabes lo que quiero decir.

—Asegúrate de que se duerme antes que tú, parece enfadada por algo. A algunas mujeres nunca se les debe dar la espalda. Lily siempre está de mi lado, y desde hace mucho.

—Eres un tipo con suerte, Doug. Sigue así.

—Trataré de hacerlo. ¿Qué planes tienes para esos chicos?

—Es una buena pregunta. Me parece que ya los hemos exprimido todo lo posible. Han visto demasiadas cosas para soltarles, así sin más. Me ocuparé de ellos muy pronto, en cuanto termine con esto.

Romeo no perdía de vista a Perdita a través del retrovisor. Se mantenía detrás de ellos todo el tiempo. Cuando Romeo detuvo el camión delante del almacén de la calle Ivar, Perdita les adelantó y aparcó una manzana más allá. Doug y Romeo se apearon, y Romeo llamó a una de las puertas laterales del edificio.

—¡Hola, primo! Veo que no has tenido problemas —dijo Reggie, una vez que hubo abierto la puerta—. Entra.

—Vengo con un amigo. Te presento a Doug Fakafo. Ya te he hablado de él, Reggie. Big Brown. Estuvo conmigo en Beirut.

—Claro que sí —dijo Reggie, estrechando la mano a Doug—. Entrad.

En cuanto se cerró la puerta, Woody Dumas se apeó del coche e hizo seña con la mano derecha a los hombres que estaban en el tejado del edificio contiguo al almacén. En ese mismo momento, una docena de vehículos, cargados tanto de agentes federales como locales, convergieron en la calle, entrando por sus dos extremos. Dos hombres usaron un ariete para forzar la puerta, que cedió con facilidad y por la que se precipitaron en fila india la mayor parte de los restantes, precedidos por Woody Dumas.

Woody vio cómo Reginald San Pedro Sula, que llevaba un traje de verano azul y una gorra de béisbol de Los Ángeles Dodgers, hacía fuego en dos ocasiones con una automática del 45; el primer disparo alcanzó a Romeo Dolorosa en la frente, el segundo la sien izquierda de Doug Fakafo, matándolos instantáneamente.

—¡Agentes federales! —gritó Woody, en cuanto los hombres rodearon al que acababa de disparar.

Reggie dejó caer su arma y alzó las manos. Iba a sonreír, pero antes de que pudiera hacerlo unos cuantos hombres le agarraron y le tiraron al suelo, haciendo que su cabeza golpease contra el cemento.

Woody se arrodilló junto a los hombres contra los que acababan de disparar, comprobando que estaban muertos. La herida de la frente del más bajo de los dos parecía lo suficientemente grande para que entrase por ella una rata de alcantarilla de tamaño respetable. El hombre tenía abierta la boca y Woody no pudo por menos de admirarse ante aquellos dientes extraordinariamente grandes, de forma perfecta, que incluso después de la muerte continuaban reflejando una intensa luz blanca.

AVANZADA LA NOCHE

Era muy tarde, pero Lily Fakaofa seguía levantada, sentada a la mesa de la cocina leyendo el periódico y oyendo las noticias en una emisora de radio, mientras fumaba un cigarrillo y estaba a punto de terminar la segunda caja de wafers de vainilla que había abierto después de que Doug, Romeo y Perdita se fueran, hacía dos horas y media. Estrellita y Duane dormían en el cuarto de Tutu.

—De Harare, Zimbabue, nos llega la siguiente información —decían en la radio—. La federación de fútbol de Zimbabue sancionó ayer de por vida a cuatro jugadores después de que mearan públicamente en el estadio de Harare. El presidente de la federación, Nelson Chirwa, dijo que su organización estaba horrorizada ante el comportamiento del pasado domingo de cuatro jugadores del equipo de Tongogara. «Es una indecencia pública que un jugador orine abiertamente en el terreno de juego», dijo Chirwa. «Todos sabemos que sólo es una superstición, y que la creencia en el juju, arraigada en casi todos los equipos, es algo que esta federación deplora profundamente.» Dijo también que los brujos habían aconsejado a los cuatro que measen en el campo para conseguir la victoria. No ganaron. Tongogara perdió por dos a cero.

Lily se rió y dio una calada a su Bel-Air largo mentolado. Doug le había contado que Romeo Dolorosa andaba mezclado en una especie de culto vudú allá en México o Texas, pero no se quiso enterar. Ya había bastantes misterios en el mundo, pensaba Lily, sin necesidad de participar en esa magia negra de pega. Como aquel extraño asunto de Rusia que estaba leyendo.

Un francés de origen armenio de cuarenta y dos años, marchante de arte, multimillonario, y también conocido poeta, había desaparecido en Moscú cinco meses antes. Celebraba una reunión con tres socios suyos soviéticos en un hotel cerca de la Plaza Roja, cuando recibió una llamada telefónica. Habló brevemente con el que llamaba, colgó, y les dijo a sus socios que le esperaran allí, que estaría de regreso antes de una hora. Los socios le vieron subir a su limusina negra Zhiguli y alejarse, y es lo último que vieron o supieron de él. Tampoco su familia, en París, volvió a tener noticias suyas.

La policía, el KGB y el gobierno soviético, en especial el Departamento de Bellas Artes del Ministerio de Cultura, con el que mantenía relaciones desde hacía años, investigaban el caso. Se especulaba que, con la reestructuración de la sociedad soviética y el creciente clima de apertura a una economía de mercado, el marchante había iniciado la exportación ilegal de iconos ortodoxos rusos y otros objetos artísticos, en asociación con varias organizaciones criminales que operaban por toda la Unión Soviética. Las autoridades moscovitas prestaban una atención especial al caso porque tenían la sensación de que podía llevar al descubrimiento de una especie de mafia local.

Según un funcionario del Departamento de Asuntos Culturales, este marchante de

arte era un hombre listo que hablaba con fluidez varios idiomas, tenía multitud de amigos en muchos países, se sentía muy seguro de sí mismo y pensaba que era capaz de arreglárselas con cualquier asunto. Había hecho sus millones en un período de tiempo muy breve, diez años o así, después de haber empezado casi de cero con una pequeña galería en París. Su familia estaba convencida de que no tenía tratos con gánsters.

Los que participaban en las investigaciones mantenían la teoría de que el marchante de arte se había encontrado implicado en una lucha por el poder entre las siete familias mafiosas más importantes de Moscú, y no pudo controlar la situación; o que simplemente había sido víctima de un doble juego y lo habían quitado de en medio. Otro rumor que circulaba en Armenia y París sostenía que había estado vendiendo obras de arte al propio gobierno soviético, y que se demostró que algunas de ellas eran falsas, por lo que le habría liquidado el KGB, abandonando su cadáver en un bosque de las afueras de Moscú. Esta versión afirmaba que habían encontrado el cuerpo cinco días después de su desaparición, y que la familia fingía no estar al corriente de nada y no saber nada de él, en un esfuerzo por no desacreditar la galería o su reputación. Se trataba, en suma, de un misterio que no se resolvería jamás.

—¡Ja! —dijo Lily, pasando la página—. Otro que no supo montárselo bien.

Lily tomó otro wafer de vainilla y estiró la espalda. Imaginaba que Doug lo estaría celebrando con Romeo y Perdita después de que hubieran hecho la entrega, y pensó que lo mejor sería que se fuera ya a la cama, cuando la radio interrumpió sus pensamientos.

—Esta noche, durante un tiroteo, en Hollywood, dos hombres resultaron muertos y otro detenido por agentes federales de la brigada contra estupefacientes, el FBI y el departamento del sheriff del condado de Los Ángeles. Una fábrica ilegal de cosméticos, especializada en la utilización de productos no autorizados y que funcionaba en el corazón de Hollywood bajo la dirección del crimen organizado, fue objeto de una intervención de la policía esta medianoche, cuando recibían un cargamento de una tonelada de placentas humanas. Las autoridades identificaron a los muertos como Romeo Dolorosa, de Tampa, Florida, y Douglas Fakaofu, de Los Ángeles. El detenido fue identificado como Reginald San Pedro Sula, ciudadano de la república centroamericana de Caribe. Todos los hombres son presuntos miembros de una organización criminal dirigida por Marcello «Ojos de Loco» Santos, que tiene su base en Nueva Orleans, Louisiana, y Dallas, Texas. Según el agente especial de la brigada contra estupefacientes Woodrow W. Dumas, que dirigió la operación, el decomiso de un cargamento de una tonelada de placentas, que se iban a utilizar para la fabricación de cremas antiarrugas, y el descubrimiento de la fábrica ilegal, constituyen un gran éxito policial. Se espera que haya más detenciones. Bien, amigos, se trata de un tipo de fábrica un tanto peculiar, ¿no creen?

Lily dejó el cigarrillo y la galleta que acababa de sacar de la caja y se puso bruscamente de pie, derribando la silla. Corrió al dormitorio de atrás, abrió la puerta y

encendió la luz.

—¡Arriba! ¡Levantaos inmediatamente! —les gritó a Estrellita y Duane, que estaban acurrucados en la cama uno contra otro—. ¡Arriba y fuera de aquí! ¡Fuera de esta casa! ¡Fuera! ¡Fuera!

Estrellita y Duane se lanzaron a correr en la noche, bajando por la calle lo más rápido que podían. Lily se derrumbó en el suelo del cuarto de Tutu.

—¡Doug! —gritó—. ¡Doug, mi grandullón moreno! ¡Mi pobre, mi hermoso, mi muerto grandullón estúpido! ¿Qué va a hacer ahora tu vieja y fea chica samoana?

LIGUE A ÚLTIMA HORA

En cuanto Frankie Toro distinguió a la mujer, detuvo su Lexus color cereza metalizado junto a la acera, bajó el cristal de la ventanilla del pasajero, y se inclinó hacia ella. La chica estaba apoyada en un jeep negro cubierto de barro, estacionado en el lugar más cercano a la calle del aparcamiento de un Oki-Dog de Santa Monica Boulevard, con un refresco en la mano y fumando un cigarrillo.

Era con mucho la chica más sexy que Frankie Toro había visto en toda la noche. Veintidós o veintitrés años, imaginó, un metro setenta más o menos, unos cincuenta kilos, ni un gramo de grasa, y con un pelo negro muy brillante que le llegaba casi hasta el culo, y la piel color *café con leche*. Una auténtica muñeca *chicana*. A Frankie le recordó a Tura Sultana, aquella chica de pómulos acerados, ojos de *naqual*, medio japonesa medio cherokee, vestida de cuero y con grandes tetas, que había visto en una persecución por el desierto en una película de Russ Meyer, *Faster Pussycat, Kill! Kill!*

—Oye, *guapita* —le gritó Frankie—, ¿quieres que te invite a algo?

Perdita cogió su bolso y se lo colgó del hombro izquierdo, luego se dirigió lentamente hacia el Lexus y miró al excitado idiota que enseñaba los dientes. Le sonrió, abriendo mucho los ojos. Frankie abrió la puerta del coche.

—Me moría de ganas de que me lo pidieras —dijo, deslizándose al interior.

UNA LUZ EN EL BOSQUE

—¿Mamá?

—¿Estelle? ¿Eres tú? Soy Rita Louise.

—Oh, Mrs. Samples. ¿No está mi madre?

—No, querida, no, está en la funeraria, haciendo los arreglos necesarios. Estaba muy inquieta por ti. ¿Dónde has estado? ¿Te encuentras bien?

—¿Qué arreglos, Mrs. Samples? ¿Por qué está en la funeraria?

—¡Oh, Dios mío, Estelle! Claro, tú no podías saberlo.

—¿Saber qué? ¿Qué es lo que no podía saber?

—Tu padre, Estelle, querida. Ernest Tubb. Se mató en un accidente de coche en Madre Island. El cuerpo ha llegado hoy.

—¿Un accidente de coche? ¿Papá muerto?

Estelle soltó el auricular, cayó al suelo de la cabina telefónica y perdió el sentido.

—¿Estelle? Estelle, ¿estás ahí? —la voz de Rita Louise salía por el auricular que colgaba al borde del cable.

Duane semiincorporó a Estelle con el brazo derecho y se llevó el teléfono al oído izquierdo.

—¿Mrs. Samples? Soy Duane Orel. Estelle se acaba de desmayar. Dígale a Glory Ann que ya estamos a salvo, que hemos escapado, y que por favor nos mande un giro telegráfico con el dinero para unos pasajes de avión, y así podremos volver a casa.

—Haré lo que dices, Duane, claro, pero ¿dónde estáis?

—En Los Ángeles, California. Que nos lo mande a la estafeta central de la Western Union. Nos pondremos en marcha en cuanto Estelle se recupere un poco. Llevamos toda la noche escondidos en un bosque.

—¡Dios santo, Duane! La vida a veces es un auténtico lío.

—Así es, señora. Y perdone que se lo diga, pero hay días que son realmente una mierda.

EL ANTIGUO TESTAMENTO

Santos colgó pero mantuvo la mano derecha apoyada en el teléfono. Soltó un gruñido y apretó los labios con fuerza.

—Malas noticias, ¿verdad, Marcello?

Se sentó en una butaca de cuero y miró a través de los cristales oscuros de sus gafas a Mona Costatropo, que estaba subida a un sofacito tapizado de raso blanco, con las piernas recién depiladas y untadas de loción, recogidas debajo de su culo cada vez más voluminoso. Llevaba puesto un vestido negro muy escotado y un hilo de perlas que Santos le había comprado en Cartier, en Nueva York. Le habían costado nueve mil dólares, recordó Marcello. Mona tenía una copa en una mano, un cigarrillo negro sin encender en la otra. Siempre tenía una copa en la mano, pensó Santos.

—*Una pioggia continua* —dijo éste.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Que qué pasa ahora? Lo mismo que las veces anteriores. Que se ha jodido todo. Primero fue Dede. Luego *Il Pugno*, El Puño, al que mandamos para que liquidase a un tipo y le liquidaron a él. Y ahora Reggie, y encima la fábrica de la Costa Oeste.

—¿Qué Reggie? ¿Te refieres al tutsun de Puerto Rico?

—De Caribe, no de Puerto Rico. De Caribe.

Mona tomó un trago de ginebra.

—Bebes demasiado —dijo Santos—. Y te estás poniendo gorda.

—¿Como Lina, quieres decir? —replicó Mona—. Tienes una mujer gorda y no quieres tener una novia gorda, es eso, ¿no? ¿Te vas a librar de mí, Marcello? ¿Es lo que te apetece hacer?

Santos levantó la mano del teléfono, le dio forma de pistola, con el anular y el meñique recogidos, el pulgar levantado y el índice y el medio apuntando a Mona. Ésta quedó paralizada.

—Bang —dijo Santos.

REGRESO DE LA ETERNIDAD

—Oí que habían tenido buen viaje.

—Lo de bueno es mucho decir, Doyle. En todo caso, rentable. Conseguimos lo que queríamos. Los Ángeles es un mundo aparte.

—Pero no tuvieron bajas, me dijeron.

—No las hubo, pero hubiera preferido echarles el guante a los cabecillas que hacían el envío. El pistolero de Santos ya había liquidado a los dos antes de que llegásemos nosotros.

—¿Por qué cree que se cargaron a Dolorosa?

—Santos quería su piel. Ojos de Loco controla la frontera y Dolorosa tenía muy agitada la zona con sus números de *santería*. Para Santos, el asesinato de ese chico fue la gota que colmó el vaso.

—También había secuestrado a dos estudiantes. Aparecieron en Los Ángeles, ¿sabía eso?

—Me enteré después de mi regreso a Dallas. ¿Y qué se sabe de Perdita Durango?

—No parece que a los chicos les apetezca hablar demasiado de ella, se limitaron a decir que era muy rara y muy peligrosa. El asunto les ha dejado trastornados. El padre de la chica se mató en un accidente de coche mientras ella andaba desaparecida, lo que enturbia todavía más las cosas. Al parecer, el accidente tuvo lugar mientras él iba en su busca.

—Un golpe duro, desde luego. ¿Cómo se llama esa chica?

—Satisfy. Estelle Kenedy Satisfy. Y el chico, Duane Orel King.

—Satisfy es un nombre que me suena, pero no sé de qué.

—Bueno, Woodrow, tengo que colgar. Ha sido un buen trabajo. Enhorabuena.

—*Gracias, señor.*

—A propósito, ¿cómo va su oído?

—Ya he vuelto a funcionar en estéreo.

—*Bueno.* Ya hablaremos.

QUINCE GRADOS Y LLUVIA EN TUPELO

En el bíceps izquierdo de Shorty estaban tatuadas las palabras UNA VIDA UNA ESPOSA, y en el derecho un nombre: CHERRY ANN.

—¿Es ella? —le preguntó Perdita.

—¿Quién? —dijo Shorty.

—¿Cherry Ann es el nombre de tu mujer?

—Lo era.

—¿Se lo cambió?

Shorty se rió y negó con la cabeza.

—Cambié de mujer —dijo.

—Eso desmiente a tu otro brazo, ¿no?

Shorty bostezó y cerró los ojos. Los abrió, cogió el vaso y tomó un largo trago de Pearl.

—Nada sigue igual siempre, guapa, todo cambia. ¿Es que todavía no te has dado cuenta?

Perdita Durango y Shorty Dee estaban sentados en unos taburetes de la barra del Dottie's Tupelo Lounge. Eran las ocho y media de un viernes por la tarde, el 30 de diciembre. El Oklahoma State jugaba un partido de fútbol contra el Wyoming en el Sea World Holiday Bowl, que transmitía el televisor de encima de la barra.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de todo? —dijo Shorty.

—No te conozco lo suficiente para saberlo, es decir, que no lo sé en absoluto —dijo Perdita—. Y nunca me atrevería a preguntártelo.

—Ver una buena carrera.

—No me digas.

—Sí. Para algunos son los pases. Para mí una buena carrera. En el fútbol me gustan los avances, los placajes, los choques. Pero siempre hay algo especial en un jugador que ha cogido el balón y corre como una bala.

Shorty tomó otro trago de cerveza.

—¿Llevas mucho en la ciudad? —dijo.

—Unos cuantos días.

—¿Y qué tal te va?

—No para de llover desde que vine. ¿Siempre hace este tiempo?

—En esta época del año sí. Quince grados y lluvia es lo normal en Navidad.

—¿Qué otra cosa se puede hacer en Tupelo?

—¿Aparte de visitar la casa natal de Elvis Presley, te refieres?

Perdita se rió. Se echó hacia atrás el largo y negro pelo con una mano y cogió su vaso con la otra.

—No sabía que Elvis hubiera nacido en Mississippi —dijo, y tomó un trago de cerveza.

—¿De dónde eres? —preguntó Shorty.

—De aquí y de allá. De Texas, sobre todo.

—¿Qué te ha traído por aquí?

—Ando buscando algo, creo.

Shorty le tendió la mano derecha.

—Shorty Dee. Me hará feliz ayudarte en lo que pueda.

Ella se la estrechó.

—Perdita Durango. Encantada de conocerte, Shorty. ¿Estás casado?

Shorty se rió.

—Creía que habíamos empezado hablando de eso.

Perdita sonrió.

—¿Por qué no me invitas a otra cerveza?

—Eso sí que es hablar en serio, guapa —dijo Shorty, haciendo seña de que les sirvieran otra ronda—. ¿Hay alguna otra pregunta embarazosa que me quieras hacer?

—¿Eres rico?

El camarero dejó otras dos botellas en la barra, delante de ellos.

Shorty se volvió a reír.

—No mucho, tengo lo suficiente para ir tirando —dijo.

—No está nada mal para empezar —dijo Perdita—. Además, si uno tiene amigos, puede considerarse rico de verdad.

Los dos cogieron las nuevas botellas de cerveza y las entrechocaron.

—A la tuya —dijo Shorty.

Perdita sonrió.

—A la mía —dijo.

Notas

[1] Las palabras en cursiva aparecen así en el original. (*N. del T.*) <<

[2] Estrenada en España como *Pasión de los fuertes*. (N. del T.) <<